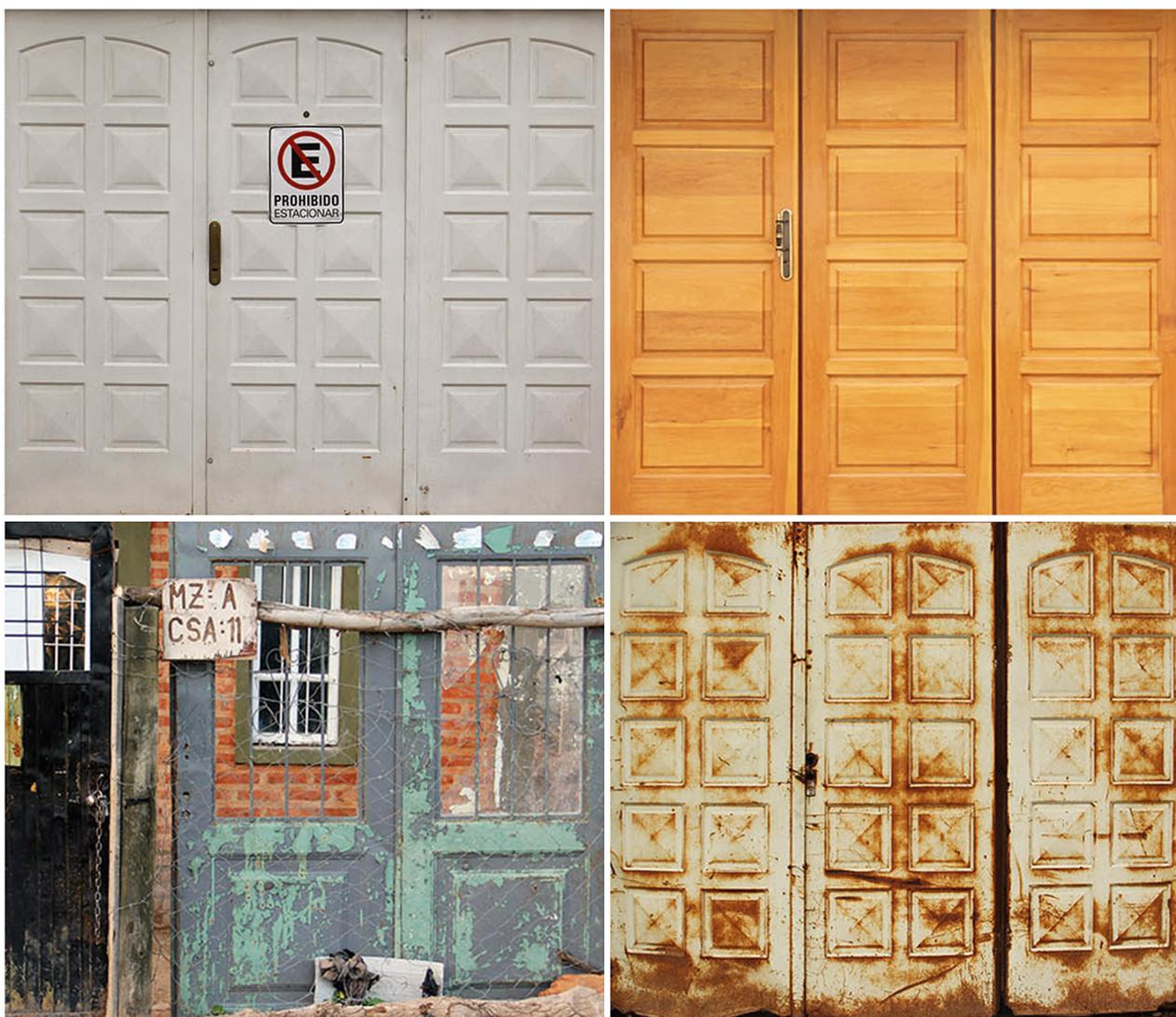




Desigualdad, calidad de vida y neoliberalización

La ciudad de Neuquén en la década de 1990



Joaquín Perren (Dir.)

Laura Lamfre | Germán Pérez | María Emilia Soria | Paula Guinder



educo
Editorial Universitaria
Universidad Nacional del Comahue

CiN REUN
Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina

Desigualdad, calidad de vida y neoliberalización



Desigualdad, calidad de vida y neoliberalización

La ciudad de Neuquén
en la década de 1990

Joaquín Perren (Dir.)

Laura Lamfre

Germán Pérez

María Emilia Soria

Paula Guinder

EDUCO

Editorial de la Universidad Nacional del Comahue
Neuquén - 2022

Desigualdad, calidad de vida y neoliberalización: la ciudad de Neuquén en la década de 1990 / Joaquín Perren ... [et al.] ; dirigido por Joaquín Perren. - 1a ed. - Neuquén: EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-604-627-5

1. Urbanismo. 2. Desigualdad. 3. Hábitat Urbano. I. Perren, Joaquín, comp.

CDD 305.510982

El **Consejo Editorial de la Universidad Nacional del Comahue** avaló la publicación del libro “Desigualdad, calidad de vida y neoliberalización. La ciudad de Neuquén en la década de 1990”, de Joaquín Perren (Dir.), Laura Lamfre, Germán Pérez, María Emilia Soria y Paula Guinder, presentada por la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue.

Miembros académicos: Dra. Adriana Caballero - Dra. Ana Pechén - Dr. Enrique Mases

Presidente: Mg. Gustavo Ferreyra

Director Educo: Lic. Enzo Canale

Secretario: Com. Soc. Jorge Subrini

Disposición N° 196/22

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

©2022 – **EDUCO**- Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Buenos Aires 1400 – (8300) Neuquén – Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin el permiso expreso de EDUCO.

Agradecimientos

Una primera línea de gratitud debe ir dirigida a la Universidad Nacional del Comahue. Sin su apoyo, materializado en los proyectos de investigación «Segregación residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén» (E-104-UNCO) y «Producción de (des) igualdades en la conurbación de Neuquén. Una aproximación multidimensional» (E-117-UNCo), hubiera resultado imposible organizar reuniones de trabajo, presentar avances en congresos nacionales e internacionales, y enfrentar los costos de edición de la presente obra. No menos importante fueron los aportes financieros que la Secretaría de Ciencia y Técnica brindó a nuestro equipo, en particular los fondos provenientes de la Secretaría de Políticas Universitarias, que permitieron a nuestrxs investigadorxs¹ participar de seminarios, cursos y talleres dictados por referencias de los estudios urbanos latinoamericanos.

Un agradecimiento especial merece los ámbitos institucionales que volvieron operativo nuestro deseo de estudiar las desigualdades en la Patagonia norte. En primer lugar, debemos mencionar al Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS), unidad ejecutora de pertenencia compartida entre la Universidad Nacional del Comahue y CONICET, que brindó condiciones óptimas para el desarrollo de las investigaciones de María Emilia Soria, Germán Pérez y Joaquín Perren. Resulta también necesario agradecer al Centro Universitario de Estudios en Salud, Economía y Bienestar (CUESEB), dependiente de las Facultades de Ciencias Médicas y de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue, al interior del cual Laura Lamfre desarrolla sus labores investigativas.

Merecen también una mención aquellos organismos que financiaron el desarrollo de las líneas de trabajo cuya síntesis fue volcada en el libro. En ese sentido, es necesario resaltar los fondos provistos por la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica a través del PICT «Calidad de vida en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén», con sede en la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue, así como el respaldo brindado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) a través del Proyecto de Unidad

¹ De esta manera se incorporará el lenguaje inclusivo (o no binario) en este libro, pretendiendo evitar toda utilización de lenguaje que, ya sea por sexista, discriminatorio o cualquier otro motivo, no sea acorde con una perspectiva de género. A su vez, cabe destacar que se priorizará la utilización de sustantivos colectivos para enunciar a grupos. Por otro lado, cabe aclarar que en los casos en que no se utiliza la “x” es porque se hace referencia a sujetxs femeninos o masculinos en particular.

Ejecutora (PUE) «La (re)producción de la desigualdad en la Patagonia Norte. Una mirada multidimensional». De la misma manera debemos señalar el respaldo de la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue, que permitió sufragar gastos corrientes asociados a la movilidad del equipo y la compra de los insumos necesarios para llevar adelante una investigación en el marco de las ciencias sociales.

Por último, aunque no por ello menos importante, no podemos dejar de agradecer a lxs integrantes de nuestro equipo de investigación. Sus comentarios a cada uno de los manuscritos que presentamos en nuestros ateneos de lectura fueron el combustible que echó a rodar este proyecto editorial. Va por ello un reconocimiento para Jorgelina Bizai, Carolina Gallardo, Fernando Casullo, Sergio Cabezas y muchxs invitadxs a nuestras reuniones que enriquecieron con su mirada nuestra aproximación al complejo (y apasionante, claro) mundo de lo urbano.

Neuquén, verano de 2022

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	
Estudiar las desigualdades en una ciudad ordinaria	
Algunos puntos de partida	13
Capítulo 1	
Calidad de vida a debate	
Deriva, definición y operacionalización de una categoría sugestiva	29
Capítulo 2	
Una pizca de historia	
Las desigualdades urbanas a lo largo del siglo XX	41
Capítulo 3	
Polanyi en la Patagonia.	
La desigualdad durante la "gran transformación"	59
Capítulo 4	
El rompecabezas urbano	
Calidad de vida y territorio en la década de 1990	75
Capítulo 5	
Giro espacial	
Calidad de vida y migraciones en tiempos de neoliberalización	93
Capítulo 6	
Juegos de escala	
Neoliberalización, calidad de vida y hábitat popular	109
Postfacio	
A modo de epílogo... o de pensar nuevos inicios	133
Bibliografía	138
Autorxs	154

Prólogo

En un estudio, ya clásico, Perry Anderson, señalaba que el neoliberalismo, surgido en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, constituyó una “reacción teórica y política vehemente contra el Estado intervencionista y de Bienestar” (2003: 15). Sus postulados se basaban, entre otras características, en la búsqueda de un renovado “progreso” a través de la reducción del Estado a su mínima expresión y en la conformación de una sociedad regida por la libertad económica y por las leyes del mercado. El progreso económico, según este planteo, se vinculaba naturalmente a la desigualdad.

En efecto, la desigualdad constituía un valor positivo —e imprescindible en sí mismo— que precisaban las sociedades occidentales. Al respecto, tal vez el más importante teórico que sentaría las bases del neoliberalismo, Friedrich Hayek, sostenía que: “el rápido progreso económico con que contamos parece ser en gran medida el resultado de la aludida desigualdad y resultaría imposible sin ella” (1996: 62). Así, en este esquema, se hacía necesario que este proceso se desarrollase, más que un frente social unificado e igualitario, “en forma de escalón, con algunos [algunxs] más adelantados que el resto” (Hayek, 1996: 63).

Una vez imperante en áreas capitalistas de Europa y América del Norte, las ideas del neoliberalismo muy pronto se propagarían por buena parte del mundo. América Latina ciertamente constituyó un escenario privilegiado de la experiencia neoliberal, sobre todo a partir de la década de 1990 cuando se aplicó con más fuerza y rigidez aquel “recetario” de políticas neoliberales en países como México, Perú, Brasil y Argentina. Bajo la presidencia de Carlos Menem (1989-1999), en nuestro país se llevaron a cabo profundas transformaciones que tendrían significativas implicancias en la sociedad argentina.

Las políticas implementadas durante esta etapa, en general, tendieron a debilitar al Estado como ente de regulación y control, favoreciendo en este proceso a los grupos más concentrados de la economía. A estos, asimismo, se les facilitó la posibilidad de hacer negocios a través de las privatizaciones, las cuales, el gobierno, con la excusa creíble de la ineficiencia estatal, puso en práctica de modo acelerado y sumamente desprolijo. Los efectos negativos de estas políticas se plasmaron, entre otros aspectos, en un crecimiento notable de la desocupación, la pobreza y la desigualdad.

Cuando se profundizaron las políticas neoliberales en la Argentina, la voluntad de integración comenzó a diluirse frente a las tendencias claramente excluyentes. Sin dudas este período dejaría una huella indeleble en la economía y en la sociedad argentina, pero también en sus ciudades. Los fuertes contrastes que se perciben en ellas son, en buena medida, evidencia de los efectos (y en no pocos casos de la permanencia) de dichas políticas, reflejadas en una notoria desigualdad en el ámbito urbano. Constituyen el resultado de un proceso donde las diferencias sociales, cada vez más acentuadas, se plasmaron en formas específicas de segregación.

Las ciudades, consideradas como parte de los rostros de las sociedades, dejaban ver así sus rasgos neoliberales. Sus habitantes, por su parte, se encargaron de producir sus propias estrategias en defensa y resistencia de su propio “derecho a la ciudad.” La discusión por el espacio físico, entonces, se vinculó con la construcción del espacio social, la que buscó configurarse sobre la base de una “doble operación de historización y espacialización de la desigualdad y las diferencias” (García Vargas, 2009: 391). Es así como la desigualdad urbana constituyó uno de los fenómenos característicos del nuevo modelo de acumulación en el país y una preciada veta a explorar, sobre todo en las regiones del interior del país, alejadas del centro político bonaerense.

Desigualdad, calidad de vida y neoliberalismo. La ciudad de Neuquén en la década de 1990 tiene, precisamente, esa primera virtud; centrar su observación sobre un núcleo urbano poco explorado por la historiografía argentina tradicional, interesada por lo general en las grandes metrópolis. De allí la relevancia de concentrar el estudio en una ciudad intermedia dentro de la región patagónica argentina: Neuquén. En este centro urbano, a partir de una destacada vocación interdisciplinaria y de un enfoque multidimensional, el análisis de indicadores de corte educativo, sanitario, habitacional y otros ligados a la cuestión ambiental, permite una sugestiva aproximación a una calidad de vida que da cuenta de las complejas tramas que dan forma a la desigualdad.

Sin dudas, la desigualdad social se torna mucho más palpable dentro del ámbito urbano pues es allí donde se reproduce e intensifica con mayor intensidad y notoriedad. En tal sentido, resulta evidente como muchas familias con deficientes niveles de ingresos tienen restringidas sus posibilidades de residir en ciertas áreas de la ciudad, al igual que quienes viven en espacios segregados muestran dificultades en el acceso a puestos laborales bien remunerados debido a los límites vinculados al propio entorno urbano en el que residen. De allí que este libro muestra como las desigualdades urbanas,

entendidas como causa y efecto de la desigualdad social, constituyen asimismo una sugerente puerta de entrada para ahondar sobre procesos políticos, sociales y culturales, vinculados a la misma, tanto pretéritos como actuales.

El recorte temporal propuesto en este estudio, corresponde a la etapa neoliberal en la Argentina y comprende el período que se extiende entre 1991 y 2001. Como se ha dicho, a lo largo de estos años se implementó un régimen de acumulación que implicó un recorte del gasto social, una decidida posición estatal orientada a la privatización y desregulación, así como una mayor subordinación del territorio a la especulación de negocios inmobiliarios a expensas del valor de uso. Para abordar este fenómeno a nivel local, el concepto adoptado es el de neoliberalización, una útil herramienta conceptual que permite profundizar la observación en los efectos que la lógica del mercado impuesta en este período tuvo en los territorios.

En un espacio regional donde, por entonces, su rol de oferente energético (gas, petróleo) fue potenciado -al igual que los negocios inmobiliarios que involucraron tierras públicas y comunitarias-, todas aquellas transformaciones tuvieron sus implicancias en la dinámica urbana de Neuquén. Desde esta perspectiva local, y a través de un revelador trabajo estadístico de fuentes censales, esta investigación permite apreciar con mayor nitidez las transformaciones socio-espaciales que experimentó la ciudad de Neuquén a lo largo de esta etapa neoliberal. Con ello, se logra exponer en toda su complejidad los resultados de una mirada analítica que, con eficacia, entrecruza y articula la desigualdad, el territorio y el neoliberalismo.

Este libro se estructura en seis capítulos que a modo de círculos concéntricos, desplazan su lente de observación a partir de la desigualdad urbana en Neuquén durante un complejo proceso de neoliberalización -y el cruce en esta tarea entre calidad de vida y condición étnica-, hacia el estudio particular de las desigualdades al interior de un barrio periférico (Villa Ceferino), recurriendo para ello, entre otras fuentes, al testimonio oral. Planteada así, esta disposición ofrece un interesante ángulo desde donde indagar la producción de la desigualdad, en general, y la pobreza urbana experimentada en primera persona, en particular.

En definitiva a partir de esta articulación de las escalas de análisis, aumentando y disminuyendo con pericia el foco del objetivo, *Desigualdad, calidad de vida y neoliberalismo. La ciudad de Neuquén en la década de 1990* nos invita a reflexionar

críticamente sobre fenómenos urbanos que permiten una mayor comprensión de las diferencias socio-territoriales, de los procesos de segregación residencial, sus manifestaciones y huellas en las ciudades. Un interesante recorrido que se preocupa por desentrañar esa particular configuración de las relaciones entre sociedad, economía y territorio, en una ciudad intermedia -como Neuquén-, en un período sugerente y conflictivo para el desarrollo y la reproducción de la desigualdad.

Dr. Marcelo Jerez

Unidad Ejecutora en Ciencias Sociales
Regionales y Humanidades (UE CISOR)
Universidad Nacional de Jujuy-CONICET

Introducción

Estudiar las desigualdades en una ciudad ordinaria

Algunos puntos de partida

En 2005, cuando el siglo XXI estaba dando sus primeros pasos, Giovanni Levi, acaso el mayor referente de la microhistoria italiana, arribaba a tierras patagónicas. Había sido invitado a participar de las *XIX Jornadas de Historia Económica*, organizadas por la Asociación Argentina de Historia Económica y llevadas a cabo en la ciudad de San Martín de los Andes, al pie de la cordillera de los Andes. Entre conferencias y mesas redondas, el reconocido académico recibió a un grupo de jóvenes historiadorxs neuquinxs. El formato elegido era el que mejor se ajustaba a un intelectual de su envergadura: una breve entrevista que -luego de algunos retoques- formaría parte del número aniversario de una revista científica de alcance regional (Casullo *et al.*, 2005). Ese encuentro de tan solo media hora debió suponer un desafío para lxs veinteañerxs profesionales. Por aquel entonces, tiempos en los que internet aún estaba en pañales, la figura de Levi inspiraba respeto: su currículum acreditaba invitaciones a algunas de las más reputadas universidades del mundo y textos -como la *Herencia Inmaterial* (1990)- que se habían vuelto clásicos de la historiografía. Pero la cita tuvo condimentos adicionales que ameritarían una mirada antropológica: la apariencia catedrática de Levi, con su frondoso bigote e infaltable pipa, debió erigir una barrera para quienes acababan de terminar sus estudios superiores y cultivaban una sociabilidad más bien parroquiana.

A poco de comenzar, los miedos e incomodidades parecieron quedar atrás. Levi no solo se mostró abierto a responder cada uno de los interrogantes que lxs entrevistadorxs habían cuidadosamente preparado, sino que, a sabiendas del abismo de trayectorias que lo separaba de sus interlocutorxs, mostró una actitud casi paternal para con sus jóvenes colegas. El diálogo se hizo fluido y los tópicos conversados se dispararon en múltiples direcciones. Luego de recorrer su biografía, desde su infancia en la Turín de la inmediata segunda posguerra hasta sus tiempos de militancia universitaria, el entrevistado se refirió a aspectos de coyuntura que lo habían tenido como protagonista, especialmente el cierre de la exitosa colección *microstorie*, decisión que se había precipitado con el desembarco de Berlusconi en el mundo editorial italiano. Con todo, lo más interesante de la entrevista llegó cuando el experimentado investigador realizó una serie de reflexiones cuyas implicancias ciertamente trascienden la historia moderna

europea, su tribu historiográfica, y que nos interesa recuperar en la introducción de un libro encasillable dentro de los estudios urbanos contemporáneos.

La primera preocupación planteada por Levi podríamos presentarla como una auténtica apología del trabajo transdisciplinario. Cuando se le consultó sobre los caminos que debería seguir la historia económica en las siguientes décadas, su respuesta fue sorprendente. Sin dudarlo, afirmó que esa área de conocimiento no existía, “como tampoco existe la historia” (Casullo *et al.*, 2005: 188). A su criterio, solo “existían ciencias sociales que se esfuerzan por entender la sociedad” (Casullo *et al.*, 2005: 188) y cualquier intento de fragmentar su objeto de estudio se parecía mucho a un “acto criminal”, algo superfluo que solo respondía a intereses académicos, en particular a la creación de cátedras. Prefería, en todo caso, aprovechar los instrumentos generados por diferentes disciplinas o subdisciplinas para construir explicaciones robustas del funcionamiento social. Gracias a estas ecologías de saberes, con las que esperaba promover el diálogo entre la historia, la economía, la sociología y la antropología, sería posible “mostrar que las cosas son más complejas que lo que indica el sentido común y lo que la presión política sugiere” (Casullo *et al.*, 2005: 188). Resumía su posicionamiento con una paráfrasis a Mao Tse Tung cuya aplicabilidad al estudio de las ciudades es llamativa: “lo uno se corta en dos” o, lo que es igual, “las cosas son mucho más complicadas de lo que aparentan” (Casullo *et al.*, 2005: 189).

Pero es en la segunda reflexión donde entendemos que se encuentra la base sobre la que esperamos sostener la introducción a la presente obra. La apuesta transdisciplinaria deslizada por Levi tenía un costado metodológico que la complementaba (y enriquecía). Su dilatada experiencia parecía indicarle que cualquier investigación debía comenzar por una lectura concentrada de un determinado elemento que sirviera de palanca para algún tipo de generalización. Lo llamativo de su propuesta era que ese mayor nivel de abstracción no debía operar sobre los resultados de la pesquisa, sino sobre aquellos interrogantes que oficiaban de punto de partida. Desde su mirada, anclada en un inductivismo heterodoxo, lo fundamental estribaba en “generalizar preguntas y no respuestas” (Casullo *et al.*, 2005: 186). O, más claro aún, la clave residía en “ensayar problemas generales y luego cada lugar dará sus contestaciones particulares” (Casullo *et al.*, 2005: 186).

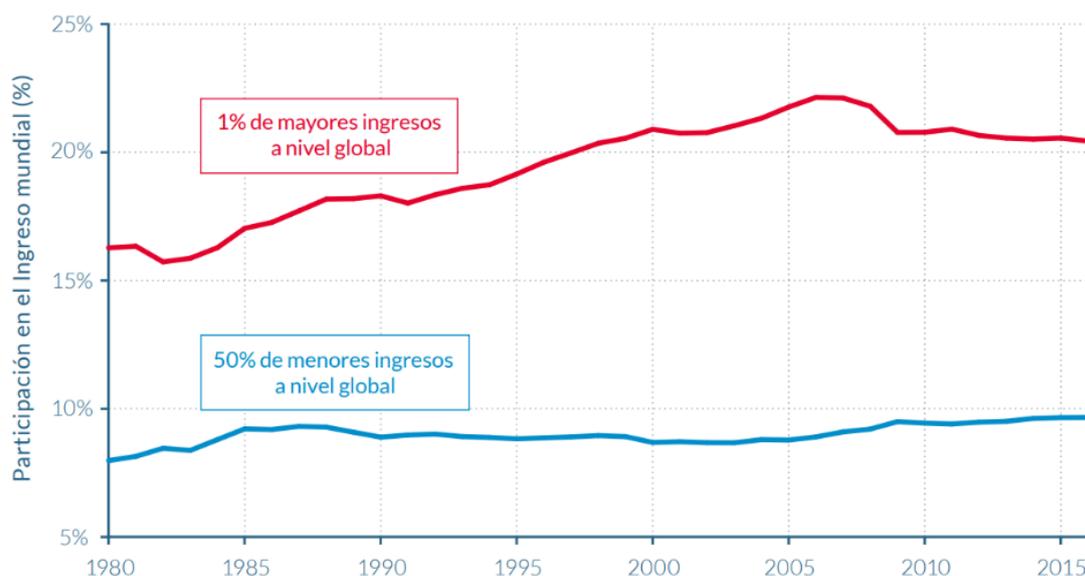
La capacidad epistémica de las preguntas es un recurso crucial para introducir el presente libro. Como el título lo indica, nuestra investigación aterriza en una ciudad en

particular, Neuquén en la Patagonia argentina, pero no nos anima el deseo de estudiar “lo neuquino por lo neuquino mismo”, tal como Levi recomendaba a sus entrevistadorxs. Por el contrario, y siguiendo el sabio consejo del microhistoriador italiano, lo importante es demostrar “cómo para un chino podría ser interesante Neuquén” y, desde esa plataforma, “formular preguntas que puedan realizarse a Shanghái o a otras realidades” (Casullo, 2005: 189). Así las cosas, parece oportuno hilvanar un hilo de interrogantes que no solo permitan fundamentar la relevancia del tema escogido, sino que hagan de *Desigualdad, calidad de vida y neoliberalización. La ciudad de Neuquén en la década de 1990* algo más que un estudio local(ista).

1.

Comencemos con una pregunta elemental: ¿Por qué prestar atención a las desigualdades? ¿Cuál es el valor social de investigar en torno a esta problemática?

Gráfico 1
Participación porcentual en el ingreso mundial, por estratos (1980-2015).

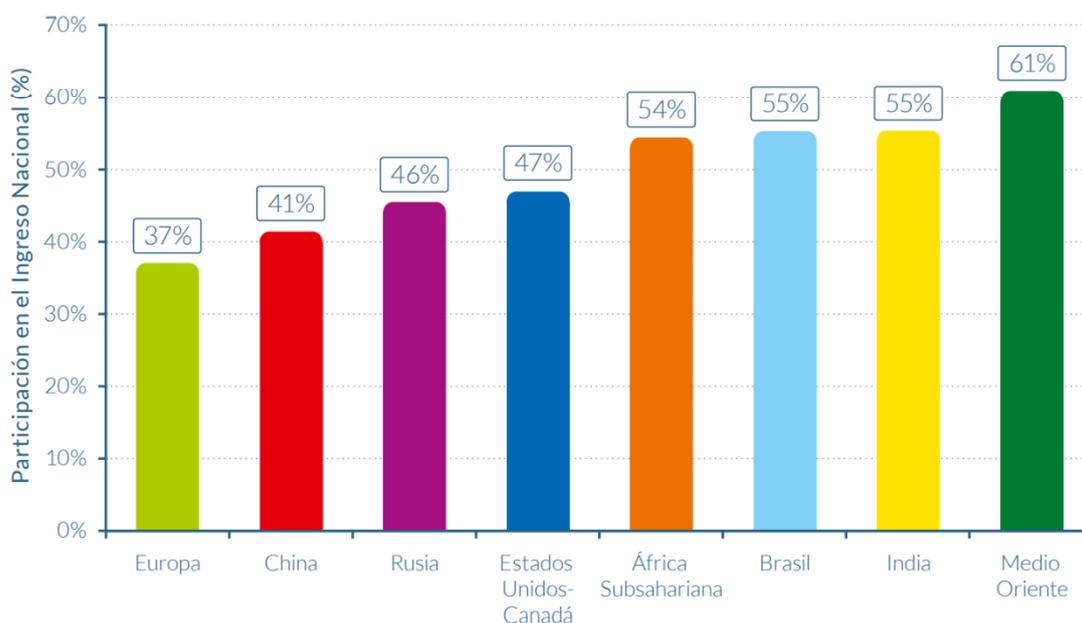


Fuente: Alvaredo *et al.*, 2018.

Básicamente, porque en los últimos cuarenta años el mundo se ha vuelto más injusto que nunca. Lejos quedaron los años dorados del capitalismo, ese modelo que permitió, en las décadas centrales del siglo XX, combinar crecimiento económico y cierto nivel de equidad social. La mercantilización de las cosas de la que habla Immanuel Wallerstein en su *Capitalismo histórico* (1988) exhibe un saldo bastante más modesto: la economía global crece a un ritmo lento y deja a su paso brechas sociales cada vez más extensas. Basta repasar un dato para cobrar dimensión de esta realidad: en 2018, el

1% más rico se apropiaba de un quinto de la riqueza mundial; mientras que la mitad más pobre se debía conformar con un décimo del total de los ingresos (Alvaredo *et al.*, 2018). Este virtual abismo se explica más por el despegue de los superricos que por la caída de los ingresos de quienes ocupaban la parte baja de la estructura social. Como podemos apreciar en el Gráfico 1, los ingresos populares en las últimas cuatro décadas mostraron una enorme estabilidad; mientras que “por arriba” advertimos una curva que se empina conforme nos acercamos al presente.

Gráfico 2
Participación del 10% de mayores ingresos, 2016 (por países)

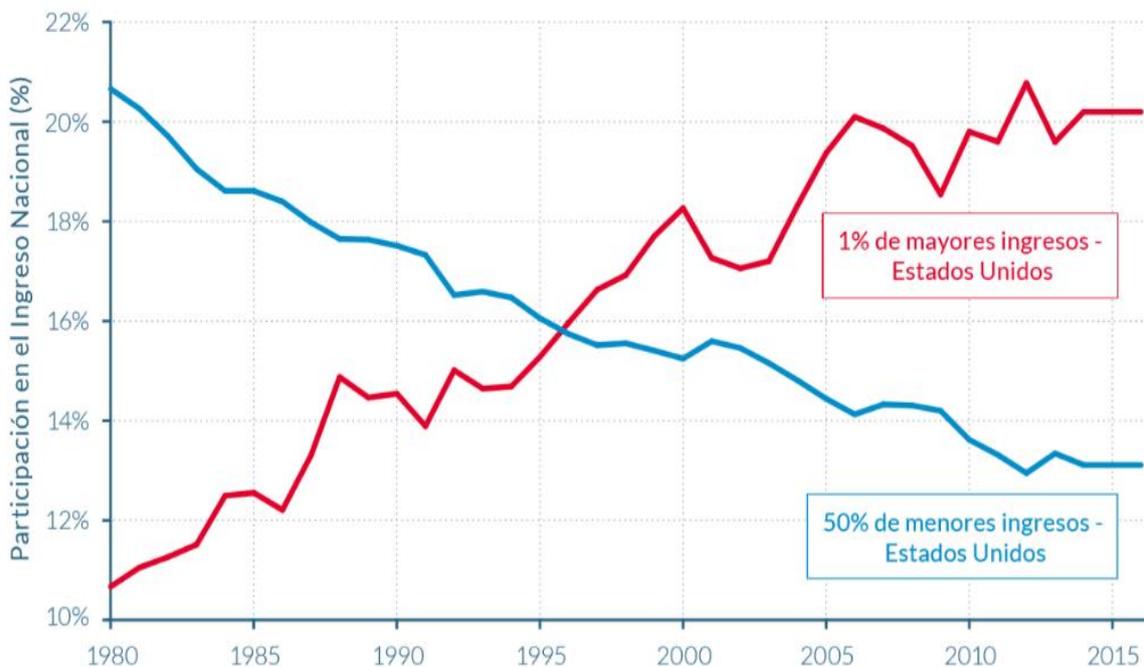


Fuente: Alvaredo *et al.*, 2018.

Este proceso general tuvo diferentes velocidades e intensidades a lo largo y a lo ancho del planeta. Tal como podemos apreciar en el Gráfico 2, fue mucho más agudo en el Sur global, donde el grado de dependencia de la estructura económica genera pocos anticuerpos contra la desigualdad, y bastante más atenuado en Europa, donde la inercia de las políticas de bienestar tendió a aplanar la cúspide. El caso de los Estados Unidos llama la atención. Si tomáramos una fotografía del presente veríamos al país del norte ocupando una posición intermedia, a mitad de camino entre el viejo continente y la periferia de la economía mundial. Pero, cuando incorporamos la dimensión temporal, advertimos una auténtica “revancha clasista” que operó en el país del norte en el último cuarto de siglo. El Gráfico 3 no deja demasiadas dudas al respecto: de la mano de la financiarización del capital y del retroceso de las políticas de bienestar, los ricos se

volvieron mucho más ricos, mientras que los pobres vieron caer sus ingresos en los últimos cuarenta años.

Gráfico 3
Participación porcentual del ingreso de los Estados Unidos (1980-2015)



Fuente: Alvaredo *et al.*, 2018.

Esta realidad surcada por brechas sociales cada vez más extensas fue el catalizador de una explosión en lo que a estudios sobre la desigualdad se refiere. Un listado básico de títulos no debería prescindir de *La desigualdad persistente* (Tilly, 2000), *El Capital del siglo XXI* (Piketty, 2014), *Los campos de exterminio de la desigualdad* (Therborn, 2016) o *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)* (Dubet, 2016). Pese a sus notorias diferencias, este conjunto de obras coincidió en criticar los alcances del enfoque de la pobreza, ese *mainstream* académico predominante hacia comienzos de los noventa, al compás del “fin de la historia” y el desplome de la Unión Soviética. En lugar de concentrar su atención en los efectos no deseados de la acción del mercado, esa masa supernumeraria que ameritaba políticas focalizadas, estos autores abrazaron una perspectiva relacional. Desde esta mirada (en esencia, crítica y radical) la desigualdad sólo podría comprenderse a partir de las dinámicas de (des)empoderamiento que inciden en las condiciones de generación y apropiación del excedente (Pérez Sainz, 2016). Y no solo eso: los estudios de la desigualdad permitieron domiciliar a la pobreza dentro de la dinámica social y entenderla, en todo caso, como un

efecto de distinto tipo de inequidades. Fue así como, en los últimos años (y con dispar éxito, por cierto), “elucidar las causas, los engranajes y las consecuencias de la desigualdad fue una de las promesas de las ciencias sociales latinoamericanas” (Kessler, 2014: 17). Ese continente cuya marca de agua es la desigualdad constituye, en definitiva, el sustrato en el que germinó una tradición analítica de la que la presente obra se siente tributaria.

2.

Pasemos ahora a otras dos preguntas que se desprenden del título del libro: ¿Por qué estudiar lo urbano? ¿Por qué detenernos en esas aglomeraciones humanas que (por comodidad) denominamos ciudades?

Para responder estos interrogantes conviene circular por dos andariveles que, aunque diferentes, tienen múltiples puntos de contacto. El primero de ellos podría resumirse en una efeméride: por primera vez en la historia la mayoría de la población mundial reside en áreas urbanas. Después de miles de años, quienes viven en el campo son minoría. Pese al impacto que tuvo la revolución neolítica y a la marea urbanizadora que inauguró la industrialización en el siglo XIX, este acontecimiento ocurrió hace relativamente poco. Fue recién en 2007 cuando la humanidad cruzó el Rubicón urbano. Trece años después de este hito, alrededor del 55 % de la población mundial –4200 millones de habitantes– vive en ciudades. No existen razones para pensar en la reversión de esta tendencia, sino más bien lo contrario: de acuerdo a los datos suministrados por el Banco Mundial, en 2050, la población urbana se duplicará, y casi 7 de cada 10 personas vivirán en ciudades (Banco Mundial, 2020).

Pero no se trata solo de una cuestión demográfica. Existe una dimensión bastante más profunda que vuelca la atención académica –y política– hacia las ciudades. En el último cuarto del siglo XX, las urbes se convirtieron en una mercancía. Su valor de uso perdió importancia relativa a medida que se agigantaba su valor de cambio: el capital se había urbanizado, en palabras de David Harvey (1985). Las ciudades se volvieron la “fuga hacia delante” de ese capitalismo que, en 1973, ingresó en una duradera crisis. Fue ese dispositivo que permitió amortiguar la caída de la tasa de ganancia de una economía que se había acostumbrado al vínculo indisoluble entre políticas keynesianas y un régimen de acumulación fordista. No es casual que algunos autorxs, como Antonio Negri (2020), comenzaran a hablar de un doble pasaje de la fábrica a la metrópolis. Por un lado, el advenimiento del capitalismo del conocimiento, asociado a la flexibilización

del régimen laboral y a la revolución informática, convirtió a las ciudades en unidades productivas: las áreas metropolitanas comenzaron a funcionar como “fábricas inmateriales” a cielo abierto (Negri, 2020). Por el otro, las urbes de clase mundial sirvieron de hábitat a la multitud, un multiforme actor social en cuyas espaldas recaía el peso de la resistencia al realismo capitalista y la recuperación de lo común por sobre lo privado. En resumidas cuentas, sin prestar atención a lo sucedido en las ciudades, difícilmente podamos decodificar el ADN de la economía contemporánea y, menos aún, captar el funcionamiento de nuestras sociedades.

3.

Planteamos ahora una tercera pregunta que es una sumatoria de las anteriores: ¿Por qué detenernos en la producción de desigualdades en los ámbitos urbanos?

La respuesta más obvia sería porque las desigualdades socioespaciales han sido uno de los rasgos más duraderos de la vida urbana. Ya desde el nacimiento de las ciudades como fenómeno observamos distintos tipos de segmentaciones territoriales. Las primeras aglomeraciones asiáticas, aquellas nacidas hace cinco milenios en el cercano oriente, no solo contaban con calles que albergaban de forma selectiva a comerciantes, artesanos y funcionarios, además presentaban un clivaje entre barrios altos y bajos que reflejaba en buena medida la estratificación social (Borsdorf, 2003: 129). Los grandes imperios de la antigüedad, desde Roma hasta China, no fueron ajenos a esta situación: sus principales ciudades estaban surcadas por contrastes en materia de densidad demográfica y en la calidad de vida de sus habitantes. Marco Polo, por ejemplo, señalaba que la capital china presentaba distritos escasamente habitados, donde residían altos funcionarios y comerciantes acaudalados, pero también otros caracterizados por el hacinamiento y la ausencia de planificación (Arriagada y Rodríguez, 2003: 13).

El despegue de las economías industriales durante los siglos XIX y XX no hizo más que acentuar las asimetrías al interior del paisaje urbano. En pleno *take off* británico, Federico Engels, con su característico tono de denuncia, señalaba un hecho que luego la sociología urbana norteamericana convertiría en la piedra basal de sus reflexiones sobre la ciudad. Cuando el pensador alemán describía Manchester no dudaba en marcar la huida de la burguesía hacia los márgenes y la ocupación de las viejas casonas céntricas por una “raza de obreros [obrerxs] con una fuerte mezcla de sangre irlandesa” (Engels, 1845 [2002]: 98). Igualmente fracturadas estaban las urbes engendradas por el “socialismo realmente existente”. Aunque imaginadas a partir del principio de la

igualdad, las ciudades ubicadas detrás de la “cortina de hierro” dieron a luz una diferenciación muy particular: lejos de estar asentadas en contraposición entre clase burguesa y trabajadora, aquellas tuvieron al prestigio social y al lugar ocupado en la estructura estatal como variables explicativas. Así, emergía una ciudad dividida en, por lo menos, tres partes: un barrio elitista de funcionarios, uno para la población obrera y otro que correspondía a inmigrantes rurales (Borsdorf, 2003: 130).

En este recuento, no podríamos ignorar las metrópolis latinoamericanas que consolidaron, a lo largo del siglo XX, un patrón claramente polarizado. Se trataba de escenarios signados por una “segregación a gran escala”, con áreas centrales habitadas por las elites y sectores populares que se abrían paso en la periferia (Griffin y Ford, 1993; Mertins, 2003). En las ciudades que había alumbrado la industrialización por sustitución de importaciones, la distancia social implicaba una distancia física. Poco de este panorama quedó de pie en los años noventa. La égida del mercado dio pie a un proceso de fragmentación (Janoschka, 2002; Portes y Roberts, 2005). Tomando distancia de esa realidad dual tan cara al desarrollismo, las ciudades posfordistas se volvieron fractales (Soja, 2000), y organizadas en múltiples planos superpuestos en el tiempo y en el espacio (Marcuse y Van Kempen, 2000). Con el advenimiento de autopistas, barrios cerrados, torres amuralladas, centros comerciales, áreas industriales de acceso restringido y complejos de oficinas, el tejido urbano tendió a funcionar como una sumatoria de islas dispersas, permitiendo aquello que, hasta allí, había sido imposible: la lejanía social era compatible con la cercanía espacial (Cuenya, 2018: 2). Sin anular el clivaje entre centro y periferia, los extremos de la estructura social comenzaron a habitar en áreas extremadamente homogéneas, muy próximas entre sí, aunque con nula interacción.

Pero las desigualdades urbanas no solo son el efecto más visible de la desigualdad social, sino también el cemento sobre el cual esta última se reproduce e intensifica. Claro que para dar cuenta de esta segunda vertiente es preciso cambiar nuestra mirada sobre la(s) ciudad(es). No podemos entenderlas como un telón de fondo inerte que sirve de escenario a fenómenos verdaderamente importantes como la financiarización del capital, la globalización o la desregulación de la economía. Conviene, en todo caso, imaginarlas como la variable independiente por excelencia de diferentes procesos sociales (Segura, 2020). Al producir este giro en la argumentación, veríamos que la localización de la población en el tablero urbano no es un dato menor. En palabras de

Rubén Katzman, nos daríamos cuenta de que el “vecindario verdaderamente importa” (1999). Si bien resulta indiscutible que aquellas familias que no alcanzan determinado umbral de ingresos ven restringidas sus posibilidades de residir en ciertas áreas de la ciudad, también es cierto que quienes viven en espacios segregados tienen dificultades para acceder a puestos bien remunerados debido a los límites que impone el propio entorno urbano en el que residen (Groisman, 2010: 434). En pocas palabras, las desigualdades urbanas son, a la vez, causa y consecuencia de la desigualdad social, y en ese doble carácter reside su potencia a la hora de entender procesos políticos, sociales y culturales presentes y pasados.

4.

La siguiente batería de interrogantes nos conduce a nuestro objeto de estudio: ¿Por qué estudiar las desigualdades urbanas en una ciudad como Neuquén? ¿Cuál es la relevancia de detenernos en la década de 1990? ¿Por qué concentramos nuestra atención en el periodo del que nos separa prácticamente un cuarto de siglo?

Para responder la primera de las preguntas conviene dirigir nuestra atención a fines del siglo XX, cuando Ash Amin y Stephen Graham (1997) lanzaron una severa crítica al modelo de la ciudad global formulado por Saskia Sassen (1991). Desde una mirada influenciada por los aportes postcoloniales, ambos autores descubrían un sesgo que acompañaba a buena parte de literatura científica de la época: las representaciones sobre lo urbano se asentaban en generalizaciones basadas en un pequeño número de experiencias, mayormente domiciliadas en el Norte global. Es lo que denominaron el problema de la sinécdoque o, dicho en términos más sencillos, la muy arraigada tendencia a confundir la parte con el todo. El abuso de esta figura retórica no había hecho más que reforzar una analítica binaria en que se identificaba la “modernidad” con urbes como Londres, Nueva York y Tokio, mientras que las ciudades del Sur solo eran escrutadas desde su disfuncionalidad. Las consecuencias de este estrabismo académico no son difíciles de imaginar: si lo global sólo puede asociarse con la presencia de servicios avanzados, estaríamos condenados a “no decir casi nada sobre la mayoría de las ciudades del mundo (a no ser que se trate de ciudades que no serían globales)”, tal como señalara Ramiro Segura en un trabajo reciente (2021: 137).

Tomando distancia de estas posturas, Amin y Graham (1997 [1991]) reivindicaban la necesidad de volcar la atención sobre lo que denominaron “ciudades ordinarias”, esas urbes alejadas de los reflectores académicos, pero en cuyos dinámicos límites residía

una considerable porción de la población mundial. Con todo, no se trataba de ampliar la cohorte de casos a ser examinados, poniendo la lupa allí donde enfoques pretendidamente universales no lo habían hecho. Lejos de ello, la propuesta de Amin y Graham (1997 [1991]) traía consigo un viraje mucho más profundo: la heterogeneidad dejaba de ser problema y se convertía en una potente herramienta heurística. Solo con su auxilio, podría atraparse la complejidad del fenómeno urbano, al tiempo de salir de la restricción espacial que pesaba sobre la teoría urbana contemporánea. El desafío residía, entonces, en promover una mirada desde fuera del mapa, siguiendo la recomendación que hiciera Jennifer Robinson (2002) hace ya casi dos décadas.

Es precisamente al interior de esta recalibración de la geografía del conocimiento autorizado donde se enmarca el presente trabajo. No busca generar conocimiento sobre alguna de las áreas metropolitanas de la región, sino en una ciudad ordinaria, una aglomeración de mediano rango localizada en la franja más septentrional de la Patagonia. De la amplia gama de problemáticas visitadas por los estudios sociales urbanos en las últimas cuatro décadas, nos interesa explorar una en particular: aquella que pone a la desigualdad en el centro de atención. Esta decisión, lejos de ser aleatoria, tiene un indudable valor teórico. El estudio de la distribución de la población en una ciudad de las características de Neuquén nos ofrece una mirilla desde donde observar la tensión constitutiva entre lo urbano y lo social. Nos brinda una valiosa oportunidad para explorar la vinculación entre estructura social y espacial; un nexo que, lejos de ser lineal, está colmado de opacidades. O, dicho en términos de Richard Sennett (2019), nos permite examinar la compleja relación entre el medio construido (*ville*) y los modos de habitarlo (*cit *).

Si las coordenadas espaciales de la investigación se justifican a partir de la necesidad de incorporar los matices que nacen del estudio de ciudades intermedias, la periodización nos obliga a echar un vistazo a procesos de alcance global. Sabido es que los años noventa asistieron a la implementación de un régimen de acumulación que supuso un “retramiento del gasto social, mayores tendencias hacia la privatización y desregulación (...), así como una mayor subordinación del lugar y del territorio a estrategias especulativas ligadas al lucro a expensas del valor de uso” (Peck *et al.*, 2013: 1092). Claro que este fenómeno tuvo sus modulaciones locales y, para acceder a ellas, resulta de ayuda el concepto de neoliberalización (Peck *et al.*, 2013). Este último tiene la ventaja de evitar fórmulas pretendidamente universales, prestando especial atención

en los efectos que la subsunción a la lógica del mercado tuvo en los territorios. Esta mirada situada, además de incorporar la dimensión temporal como elemento constitutivo, nos ofrece una clave de lectura para las transformaciones socio-espaciales que experimentó la ciudad de Neuquén a lo largo de una década cuyos límites podemos estirar hasta el derrumbe del régimen de convertibilidad en 2001.

El presente libro, entonces, busca proporcionar una cartografía de la desigualdad para el período comprendido entre 1991 y 2001. En este arco temporal, que tiene la ventaja de albergar rondas censales, advertimos un proceso de neoliberalización en estado puro. Por aquellos años, la región más septentrional de la Patagonia potenció su papel como oferente de energía, gas y petróleo, a lo que se sumó la mercantilización de las tierras públicas y comunitarias, la promoción de proyectos turísticos como pantalla de negocios inmobiliarios y las inversiones asociadas a la producción de *commodities* (IPEHCS, 2018: 3). En pocas palabras, la apertura de la economía neuquina fue el catalizador de una serie de mutaciones que, como es de imaginar, tuvo su impacto en la dinámica urbana. Y es precisamente esa compleja interfaz entre desigualdad, territorio y neoliberalismo aquello que la presente obra pretende reponer en toda su complejidad (o, al menos, esa es su intención).

5.

Un quinto conjunto de interrogantes nos obliga a incursionar en el dinámico campo de la metodología: ¿Cómo estudiar las desigualdades en una aglomeración de tamaño intermedio? ¿De qué forma atrapar los efectos en los territorios del proceso de neoliberalización desarrollado a lo largo de la década de 1990?

Para responder el primero de los interrogantes debemos tomar distancia de esa mirada que subsumía la desigualdad a los diferenciales de ingresos. Esta perspectiva, dominante durante buena parte del siglo XX, partía de un presupuesto cuya lógica es indiscutible: en las sociedades capitalistas, el dinero constituye un vector clave en la distribución de la oferta de bienes y servicios disponibles. Es por ello que, como bien señala Gabriel Kessler, el reparto de la riqueza “ha sido y sigue siendo el tema central de las preocupaciones académicas y de las luchas en pos de disminuir las injusticias sociales” (Kessler, 2014: 27-28). La preeminencia dada a la variable económica no implica que no se haya atendido a otras dimensiones de la desigualdad, pero su estudio siempre aparecía como un efecto de la capacidad de una persona u hogar de hacerse de una determinada suma de dinero. De esta forma, esferas como la salud, la educación o el

propio territorio eran imaginadas como algo redundante. Si un individuo se ubicaba por debajo de la línea de pobreza era esperable que tuviera problemas de accesibilidad a servicios sanitarios, un deslucido desempeño educativo y habitara en algún área de relegación urbana. Sin dejar de tener un costado cierto, esta mirada, más bien “ingresista”, no prestaba suficiente atención a la forma en que este conjunto de esferas se entrelazaba entre sí, así como tampoco a aquellos grupos específicos que -en función del género, pertenencia étnica o lugar de residencia- sufrían un mayor rezago en alguna de las dimensiones.

Preferimos abrazar esa perspectiva que emergió en los 2000, cuando las promesas del capitalismo global parecían estrellarse con una realidad surcada por la conflictividad social. A calor de las más variadas luchas de reconocimiento, desde la movilización de desocupadxs hasta las organizaciones feministas, se produjo un giro que nos proporciona valiosas pistas para acceder a las brechas socioespaciales en ciudades como Neuquén. Aun a riesgo de simplificar, podríamos decir que, con el cambio de siglo, se produjo un movimiento hacia una comprensión más integral de las desigualdades. De un interés exclusivo en las disparidades económicas, se inauguró una agenda en la que el acento fue puesto en “pluralizar” las desigualdades (Jelin *et al.*, 2020). El economicismo propio de la perspectiva unidimensional cedió paso a un deseo manifiesto por “examinar en cada cuestión causas y consecuencias propias, así como su interrelación con otros temas” (Kessler, 2014: 32). La multidimensionalidad se convertía así en el estándar para el estudio de la desigualdad y es el enfoque que adoptaremos para sumergirnos en la realidad urbana neuquina.

Pese a su indudable potencial, no podemos dejar de señalar los riesgos que entraña la adopción de una mirada que tiene la complejidad como punto de partida. El más evidente de todos es la de llevar al infinito las esferas a estudiar. Si algo diferencia a la modernidad tardía de la clásica es precisamente la variedad de demandas que, convertidas en deseos, como nos indica Zygmunt Bauman (2011), puede complejizar al extremo el estudio de la desigualdad. Si multiplicamos los grupos a ser analizados, cruzando la condición profesional con la edad, la residencia, la pertenencia étnica, inscripción territorial, y -al mismo tiempo- incorporamos nuevos criterios para evaluar las asimetrías, desde ingreso hasta el acceso al esparcimiento, confeccionaríamos una suerte de mapa borgeano, tan extenso como la realidad misma. Sobre las dificultades

metodológicas de estudiar los regímenes de desigualdad múltiples, las palabras de François Dubet nos parecen especialmente oportunas:

El investigador [investigadorx] que ambicionara estudiar todas las desigualdades debería, teóricamente, construir una tabla que cruzara al menos una decena de grupos de referencia, con quince criterios de desigualdad: ¡se obtendrían ciento cincuenta desigualdades! Junto a las grandes desigualdades, cualquiera puede focalizarse en la pequeña desigualdad o en alguna familia de desigualdades. Basta con cruzar un atributo de estatus y un criterio de diferencia para revelar una nueva desigualdad (2020: 35).

Para evitar que el estudio de la desigualdad se vuelva laberíntico debemos instrumentar lo que Paul Ricoeur dio en llamar “pluralismo controlado” (1995). Es recomendable transitar por esa tierra media limitada, en un extremo, por la grilla inasible a la que se refería Dubet (2020), y en el otro, por el “ingresismo” que predominó por décadas. Una buena forma de avanzar por este camino alternativo es poniendo en valor la categoría de calidad de vida, otro de los pilares sobre los que se sostiene la presente obra. Sin ánimo de profundizar en su significado, y a sabiendas de que existe un capítulo dedicado a cuestiones de orden teórico, podríamos definirla como “una medida de logro respecto de un nivel establecido como óptimo teniendo en cuenta dimensiones socioeconómicas y ambientales dependientes de la escala de valores prevaleciente en la sociedad” (Velázquez, 2001: 15). El principal activo de esta categoría reside en su capacidad de contener un acotado (pero significativo) número de dimensiones que nos permitirá acceder a las brechas en materia de bienestar. A los fines de nuestra investigación, y siempre tomando en consideración la existencia de “algún tipo de experiencia de malestar, descontento o sufrimiento social sobre la desigualdad” (Kessler, 2014: 36), nos concentramos en indicadores de corte educativo, sanitario y habitacional, así como otros ligados a la cuestión ambiental.

La calidad de vida es, entonces, un concepto multidimensional que permite aproximarnos con ductilidad a las complejas tramas que dan forma a la desigualdad. Con todo, la pregunta sobre qué tipo de asimetrías vamos a reponer (*desigualdad de qué*) debe ser acompañada de una preocupación en torno a la unidad de análisis elegida (*desigualdad entre quienes*) (Bobbio, 1993). A lo largo del libro examinaremos las diferencias entre sujetos u hogares, especialmente cuando la obra adquiera un espesor

biográfico, aunque no dejaremos de lado grupos de mayor envergadura como estratos ocupacionales, segmentos por nivel de ingreso, clases sociales o colectivos étnicos. Pero en lo sustancial nos alienta la posibilidad de visualizar cómo estas etiquetas sociales se manifiestan en el territorio, especialmente cómo las brechas en torno a la calidad de vida se expresan a escala intraurbana. Y para sumergirnos en este proceso de diferenciación haremos un uso intensivo de la información a nivel de radio censal. Estos polígonos, que albergan cerca de un millar de habitantes, constituyen el máximo nivel de desagregación suministrada por los censos nacionales de 1991 y 2001. Cuando no estén disponibles, o cuando la problemática trabajada amerite explorar otras territorialidades, nos auxiliaremos de unidades más familiares como los barrios o determinados sectores de la ciudad. Esta mirada al “ras del piso” nos permitirá descubrir una gama de matices que resultan invisibles cuando usamos el telescopio.

6.

El último grupo de preguntas nos da la oportunidad de presentar el contenido del libro: ¿Qué recorrido nos permitiría estudiar las desigualdades socioespaciales en la ciudad de Neuquén? ¿Cómo combinar de un modo equilibrado los condimentos teóricos, contextuales y el resultado de una investigación sobre la calidad de vida en tiempos de neoliberalización?

En la respuesta a este agrupamiento de preguntas es donde ciframos nuestras expectativas de realizar un aporte significativo en la materia. Aunque concentraremos nuestra atención en la ciudad de Neuquén, consideramos necesario realizar una articulación escalar que propicie el diálogo entre lo macro, lo *mezzo* y lo microsocioal (Di Virgilio, 2018). Algunas afirmaciones vertidas por Jacques Revel son elocuentes a la hora de ponderar el valor de los “juegos de escala”. Cambiar el foco del objetivo, dice el historiador francés, “no es solo aumentar (o disminuir) el tamaño del objeto en el visor, sino también modificar su forma y la trama” (Revel, 2005: 46). Estamos convencidxs que “entender las múltiples escalas en las que se despliegan los fenómenos urbanos permite una mayor comprensión de las diferencias socioterritoriales, en general, y de los procesos de segregación residencial, sus manifestaciones y marcas en las ciudades contemporáneas” (Di Virgilio, 2018: 62-63). Después de todo, tal como deslizan referentes de la microhistoria francesa, “lo importante es el principio de variación, no la elección de una escala particular” (Revel, 2005: 46).

Con esa idea como coordenada inicial, el plan de esta obra reconoce seis momentos a partir de los cuales esperamos reconstruir “las formas, la materialidad y la dinámica del territorio y de la forma urbana en un momento determinado” (Di Virgilio, 2018: 4). El primero de ellos tiene un carácter eminentemente teórico. Su objetivo no es otro más que presentar el concepto de calidad de vida, su deriva a lo largo del tiempo y las discusiones epistemológicas que suscitó. El segundo pone a la ciudad de Neuquén en el centro de atención. A partir de la utilización de un *bouquet* de recursos heurísticos, desde cartografía temática hasta fuentes nominativas, brinda una panorámica de las desigualdades urbanas que atravesaron a la capital territorial, primero, y provincial, después. El tercer capítulo, sigue con el foco puesto en la localidad de nuestro interés, pero amplía el arco temporal a estudiar. Con la mira puesta en la década de 1990, da cuenta del proceso de neoliberalización en tierras neuquinas, contemplando una variada gama de procesos socioespaciales, desde el despegue de los niveles de desempleo hasta el incremento de la segregación residencial.

Los tres restantes capítulos podrían pensarse como una unidad. En el cuarto no solo se vuelve operativa la construcción de un índice de calidad de vida, sino que además se ofrece una aproximación a la división social del espacio, aislando los cambios y continuidades que trajo consigo la década de 1990. Sobre esa cartografía de las desigualdades socioespaciales, y haciendo propio un enfoque interseccional, el quinto capítulo propicia un posible cruce entre calidad de vida y condición étnica, explorando cómo ciertos grupos migratorios mostraron una mayor presencia relativa en territorios con déficits en varias de las esferas abordadas. Por último, en el tramo final de *Desigualdad, calidad de vida y neoliberalismo. La ciudad de Neuquén en la década de 1990* utilizaremos la lupa para visualizar las texturas de un hábitat popular que fue particularmente afectado por esa urbanización excluyente. Tomaremos nota, siempre en primera persona, de las evidentes desigualdades en el acceso a la ciudad y a sus bienes, pero también las formas en que se consolidaron circuitos sociales segregados que redujeron la movilidad social. Gracias a esta articulación escalar podremos acceder (de forma situada, claro) a esa “nueva configuración de las relaciones entre sociedad, economía y territorio, en la cual la ciudad aparece como un espacio privilegiado para la valorización del capital, al mercantilizar el desarrollo urbano e impactar en la morfología y dinámicas urbanas, así como en la (re)producción de la desigualdad” (Segura, 2020: 95)

Capítulo 1

Calidad de vida a debate

Deriva, definición y operacionalización de una categoría sugestiva

Pocos términos ganaron tanta visibilidad en la agenda pública como “calidad de vida”. Basta con teclear estas tres palabras en cualquier motor de búsqueda para comprobarlo: en el caso de *Google*, este ejercicio arroja la nada despreciable cifra de veintisiete millones de entradas. El grueso de ellas se vincula a consejos que podríamos ubicar en el campo de la autoayuda, pero no son pocas las referencias a políticas públicas que la tienen como meta. Al interior de este universo, es poca la incidencia de las reflexiones académicas que han hecho foco en la calidad de vida. Solo algunos organismos oficiales -como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) o la Organización Mundial de la Salud (OMS)- atisban alguna definición al respecto y distinguen un conjunto de dimensiones a partir de las cuales podría accederse a tal categoría. Y si enfocáramos nuestra atención a las entradas que corresponden a los aportes realizados por las ciencias sociales, resulta apreciable una más que evidente asimetría: la abundancia de abordajes sociológicos, geográficos, antropológicos y hasta médicos, contrasta con la escasez de las entradas realizadas dentro de los límites disciplinares de la historia.

Tomando en consideración este panorama general, el presente capítulo tiene por objeto realizar una aproximación teórica al concepto de calidad de vida, pensando en posibles aplicaciones para el estudio del pasado reciente. Para ello proponemos un recorrido que presenta cuatro momentos claramente definidos. En el primero reconstruiremos la trayectoria seguida por el concepto en cuestión, desde las primeras reflexiones realizadas en el siglo XVII hasta los aportes realizados en el marco de lo que, a falta de un mejor nombre, podríamos llamar economía del bienestar. En segunda instancia analizaremos *in extenso* lo sucedido en la década de 1980, periodo que hizo las veces de bisagra en el estudio de la calidad de vida. En una tercera sección, y abrevando del itinerario previo, procuraremos arribar a una definición de calidad de vida que nos permita diferenciar esta categoría de otras de uso común en las ciencias sociales como pobreza, nivel de vida y bienestar. Finalmente, en la última parte del capítulo, realizaremos un esfuerzo por volver operativa la categoría en cuestión, reflexionando en

clave epistemológica, pero también imaginando posibles dimensiones para acceder a la calidad de vida en espacios urbanos.

Los inicios: el concepto de bienestar

El concepto de calidad de vida se asocia generalmente con el nivel de vida, la felicidad, el buen vivir o el bienestar. Representa un “término multidimensional de las políticas sociales, que significa tener buenas condiciones de vida objetivas y un alto grado de bienestar subjetivo, y también incluye la satisfacción colectiva de necesidades a través de políticas sociales en adición a la satisfacción individual de necesidades” (Palomba, 2002: 3). De ahí que aparezca ligado a la cobertura de un conjunto de necesidades, tanto materiales como inmateriales, que se encuentran culturalmente condicionadas por las normas y valores de una determinada sociedad. Aunque su estudio sistemático debió esperar a la década de 1920, especialmente por los aportes realizados por Arthur Cecil Pigou (1952), no podemos dejar de señalar que su exploración ha sido objeto de las ciencias sociales desde sus propios orígenes.

Un buen punto de partida para nuestro recorrido es el siglo XVII, más precisamente en esa Inglaterra que, por entonces, estaba asfaltando el camino hacia su revolución industrial. Tal como ha resaltado Amartya Sen (1988) en un texto clásico, el desarrollo de algún tipo de instrumento para medir la calidad de vida comenzó con William Petty, en su libro *Aritmética Política*, escrito alrededor de 1676, pero publicado póstumamente en 1691. En ese volumen, el reconocido y multifacético filósofo definía una estimación del ingreso nacional que permitiera al Estado acceder a la condición de vida de la población (Lepenes, 2016). Tomando distancia de las apreciaciones cualitativas, que hasta allí habían sido moneda corriente, Petty fomentaba la recopilación de información económica y demográfica (siempre cuantificable y seriable) que sirviera de insumo para el diseño de políticas públicas, funcionando como antecedente directo de la estadística como disciplina científica.

Una segunda parada de nuestro itinerario nos conduce a los aportes de Adam Smith. En una economía británica que estaba experimentando su *take off*, el filósofo moral escocés intentó aislar las leyes que daban vida a la economía, ese orden que debía existir debajo del caótico intercambio de bienes y servicios en el mercado. Más allá que sus reflexiones se detuvieron en los problemas del crecimiento, del valor y de las políticas económicas, Smith dedicó parte de su atención a las condiciones de vida de la

población. No se detuvo solo en cuestiones materiales, sino también en funcionalidades tales como no “sentir vergüenza por aparecer en público” y, especialmente, las variaciones que las costumbres y las normas culturales imprimían en la necesidad de artículos de consumo, entre ellos ropa, zapatos y alimentos (Smith y Volkswirtschaftler, 1931: 351-353). De esta forma, la voluntad de medir propia de Petty, que dio origen a la vertiente más objetiva de la calidad de vida, se complementaba con el deseo de captar dimensiones difíciles de asir desde una perspectiva estadística y que generaron un campo fértil para el desarrollo de miradas de corte subjetivo.

Este *racconto* de los antecedentes en torno al concepto de calidad de vida no estaría completo sin una mención a Karl Marx. Una de las categorías basales del lenguaje económico marxiano, el “fetichismo de la mercancía”, constituye una puerta para acceder al nivel de vida de una sociedad que avanzaba rauda hacia el capitalismo industrial. El razonamiento del filósofo alemán sobre esta temática podría resumirse en una frase: a medida que la sociedad mercantilizaba su funcionamiento, distintos tipos de artículos de consumo adquirían valor y el éxito se juzgaba a partir del acceso a los mismos. O, dicho en términos más sencillos, la opulencia comenzaba a funcionar como un marcador de clase. Sin embargo, esos bienes (además de su valor intrínseco) no dejaban de ser medios para conseguir otros fines. Este aporte de Marx fue la plataforma donde, un siglo más tarde, Amartya Sen edificó su propuesta teórica. De lo que se trataba era de concentrar la atención en la vida que se podía llevar o, lo que es igual, en lo que se puede hacer (o no). La calidad de vida, entonces, no solo debía asociarse a la riqueza, sino fundamentalmente a los medios (“capacidades”) para alcanzar distintas metas (“funcionalidades”) (Sen, 1984: 316).

La teoría económica del bienestar también ha realizado aportes importantes al estudio de la calidad de vida, constituyendo un cuarto momento de nuestro derrotero. El sustrato teórico de esta propuesta se asienta sobre una afirmación en la que resuenan los ecos de la tradición neoclásica: el bienestar deriva de la maximización de la utilidad individual. Esta función reflejaría la felicidad, satisfacción o grado de cumplimiento de deseos y aspiraciones de los individuos a partir de la disponibilidad de bienes y servicios. Este enfoque provee una forma particular de evaluar la importancia relativa de diferentes objetos y, dada la influencia que en ella tiene la economía normativa, generalmente asume que el término calidad de vida está basado en alguna acepción de utilidad.

Pese a este denominador en común, podemos distinguir al interior de la teoría económica del bienestar diferentes formas de imaginar la calidad de vida. La primera de ellas pone a la utilidad como un objeto de valor en sí mismo. En palabras de Pigou, “los elementos del bienestar son estados de conciencia y, quizás, las relaciones existentes entre ellos” (1952: 10). De acuerdo a esta mirada, lo valioso es la utilidad en forma de determinados estados mentales, tanto que sería lo único verdaderamente relevante. Un segundo punto de vista considera la utilidad como un recurso valorativo utilizable para evaluar otros objetos, entre los que sobresalen los bienes poseídos. De esta forma, Pigou (1952) interpretaba el bienestar económico como un estado de ánimo subjetivo, ordinariamente mensurable, que tenía al dinero como unidad de medida. Y, por ello, su imagen objetiva no podía ser otra más que la renta nacional: sus variaciones eran identificadas como transformaciones en el bienestar. Con todo, el paso del bienestar individual al bienestar agregado generó numerosas controversias. No existía consenso alrededor de cómo estimar una valoración social de las alternativas, teniendo en cuenta que cada sujeto puede tener distintas valoraciones o criterios. En este sentido, Kenneth Arrow, en su trabajo *Social Choice and Individual Values* (1951), probó la imposibilidad de generar un método de agregación que sea a la vez racional, eficiente y democrático.

Una última parada de este itinerario nos deposita en la década de 1970, justo en el momento en que se desplomaba el modelo económico que había dado forma a los “años dorados”. Hasta allí, y en buena medida influenciadas por este clima de época, las aproximaciones a la medición en base a la renta nacional per cápita suponían la existencia de una relación indisoluble entre crecimiento, desarrollo y bienestar. Pero, en palabras de María Molpeceres, “la realidad se encargó de demostrar que el vínculo entre crecimiento y bienestar era mucho más complejo: ni el crecimiento garantizaba mayor bienestar, ni un mayor bienestar conducía siempre a una mayor renta por habitante” (2008: 1). En este sentido, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), una institución multilateral nacida en 1961 cuya su misión era “promover políticas que mejoren el bienestar económico y social de las personas alrededor del mundo” (OCDE, 2017: 1), insistía en la necesidad de señalar que el crecimiento económico no era una finalidad en sí misma, sino un instrumento para crear mejores condiciones de vida.

En este marco se produjo, a mediados de los setenta, la publicación del clásico artículo de Richard Easterlin (1974). Con la mira puesta en la posibilidad de vincular economía y bienestar personal, este autor hizo un descubrimiento que, aunque simple en su formulación, no dejaba de tener profundas implicancias teóricas: las personas con mayores ingresos no necesariamente eran las más felices. Es lo que posteriormente se popularizó con el nombre de “paradoja de Easterlin”. Para dar cuenta de este tipo de situaciones, y partiendo del supuesto que el vínculo entre condiciones objetivas y estados psicológicos no era perfecto, Angus Campbell, Philip Converse y Willard Rodgers (1976) llamaron la atención sobre la necesidad de consultar a la población cómo se sentía y de construir un indicador compuesto por diecisiete dominios, que incluía dimensiones tales como felicidad, satisfacción, afectos, estrés, ansiedad y competencias personales.

Una parada necesaria: los ochenta como parteaguas

Por su peso específico, la década de 1980 merece una sección aparte. No estaríamos errados si dijéramos que, a partir de aquel decenio, se asistió al reforzamiento de una preocupación en torno a la calidad de vida, dando un salto adelante en relación a la estimación de indicadores económicos clásicos, especialmente los relacionados con el cálculo del producto bruto per cápita. Por aquellos años, como bien señaló Germán Leva (2005: 30-32), comenzó a prestarse atención a dimensiones no necesariamente materiales que, hasta allí, habían sido consideradas irrelevantes, pero que eran claves para reconstruir la condición de existencia de la población. Surgió así el Índice de Desarrollo Humano (IDH), diseñado por el economista pakistaní Mahbub ul Haq y luego popularizado por la Organización de las Naciones Unidas. Con la inclusión de variables ligadas a los logros educativos y la esperanza de vida, el IDH se convirtió en un poderoso instrumento para examinar las desigualdades que surcaban a una economía capitalista que, luego de la caída en desgracia del socialismo realmente existente, alcanzaba una escala global. Poco tiempo después, y bajo las mismas premisas, hizo su presentación pública el *physical quality-of-life index* que promediaba, para distintas escalas espaciales, las tasas de alfabetismo, la mortalidad infantil y la esperanza de vida a la edad de un año. Simultáneamente, Marta Nussbaum y Amartya Sen (1996) fueron promotorxs de una conferencia internacional en la que se discutió en forma interdisciplinaria el concepto de “calidad de vida” y las políticas sociales necesarias para que el mismo se plasme en la realidad. Ya en los noventa aparecieron

aproximaciones cuya singularidad radicaba en nutrirse de los aportes de la psicología. Fue el caso del “Índice de Satisfacción con la Vida” ideado por Adrian White (2007) y del “Índice del Planeta Feliz” elaborado por la *New Economics Foundation* (2016). Al mismo tiempo, el monopolio norteamericano en los estudios sobre calidad de vida fue puesto en cuestión con la presentación del proyecto URBAN AUDIT, una iniciativa de la Comisión Europea tendiente a brindar a las ciudades del viejo continente una útil herramienta de autodiagnóstico.

Este impulso, nacido en los ochenta, cubrió con su estela la primera década del siglo XXI. En 2008, Joseph Stiglitz, Amartya Sen y Jean Paul Fitoussi (2008) dieron vida a una *Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social*, un organismo cuyo objetivo primario era evaluar la viabilidad de nuevos instrumentos de medición para el análisis de ambos aspectos. Entre otras cuestiones, este documento consideraba necesario que los sistemas estadísticos se centraran más en la medición del bienestar de la población que en el cálculo de la producción económica, prestando especial atención a otro de los conceptos fuerza del nuevo milenio: la sustentabilidad. Por esta razón, la noción de bienestar requirió un abordaje pluridimensional que incluyera las condiciones de vida materiales (ingreso, consumo y riqueza), pero también otras ligadas a salud, educación, actividades personales (entre ellas, el trabajo), participación en la vida política y social, medio ambiente e inseguridad (económica y física). Después de todo, “estas dimensiones modelan el bienestar de cada uno [unx], sin embargo, muchas de ellas no son consideradas en las herramientas tradicionales de medida de los ingresos” (Stiglitz *et al.*, 2008: 13).

Esta *mainstream* internacional no podía dejar de impactar a la Argentina. En tempranos años de la democracia, cuando el sistema universitario se estaba recuperando de la larga noche de la dictadura, surgieron las primeras investigaciones alrededor de la calidad de vida. Luego del importante antecedente que significó el *Atlas Total de la República Argentina*, que dedicó un capítulo a la calidad de vida, debemos señalar los trabajos de Ana Liberali y Cristina Massa (1986) que, más allá de su fuerte contenido teórico, dieron en el clavo al señalar que la tasa de suicidio, el saldo migratorio negativo o los índices de criminalidad eran aspectos claves a la hora de pensar la condición de vida de la población. En similares coordenadas, pero un poco más próximos en el tiempo, debemos ubicar los aportes de Alejandro Rofman (1988) y los de Juan Roccatagliata (1993): si el primero orientó sus esfuerzos a poner al descubierto las

desigualdades regionales, el segundo posó su mirada en la ciudad de Buenos Aires. Luego de estas aproximaciones más bien exploratorias, los estudios sobre calidad de vida ganaron en madurez. La organización de sesiones especiales, la celebración de seminarios internacionales con fuerte presencia de especialistas argentinos y la publicación de un corpus consistente de textos alrededor de la temática en cuestión, son muestras elocuentes de un campo académico que se había alejado de sus humildes comienzos, rompiendo en buena medida los habituales tabiques que suelen separar a las ciencias sociales. Como ha señalado Velázquez en un reciente estado del arte, “los estudios sobre geografía y calidad de vida en la Argentina se han instalado de forma progresiva en nuestra comunidad científica, ya no solo desde la misma geografía, sino también desde la sociología, la demografía, la estadística, la informática, la antropología, la economía y la arquitectura” (2016: 12).

Calibrando la mira: el concepto de calidad de vida

Luego de esta breve descripción de las principales avenidas por donde circuló la producción vinculada a la calidad de vida, resulta necesario que precisemos su significado. Una buena forma de hacerlo es diferenciando aquella de otras nociones de uso común dentro de las ciencias sociales. Este ejercicio de identidad negativa debería comenzar con ese yacimiento de subjetividades que, por comodidad, llamamos pobreza (González, 1997). En este sentido, coincidimos con Velázquez cuando dice que, “aunque los conceptos de pobreza y calidad de vida se refieren a fenómenos muy relacionados, tienen diferencias entre sí” (2008: 16). La más importante de ellas nos conduce a los parámetros a partir de los cuales podemos dar cuenta de ambas situaciones. Sabido es que la pobreza hace referencia a la existencia de una carencia e involucra, por definición, a quienes no logran superar un umbral mínimo de necesidades. Este límite inferior, a partir del cual se cataloga como pobre a una persona u hogar, puede estar asociado a un cierto nivel de ingresos (pobreza coyuntural) o bien al acceso a determinados consumos colectivos como la educación, la vivienda o un sistema de saneamiento (pobreza estructural). En el caso de la Argentina, el primer tipo de pobreza se mide en relación a una línea de la pobreza o, cuando se establecen parámetros básicos de supervivencia, a una de indigencia; mientras que la segunda se fija como un porcentaje de la población que no consigue satisfacer sus necesidades básicas (NBI) (Bolsi y Paolasso, 2009: 18-20).

La noción de calidad de vida (en términos metodológicos, pero también teóricos) se encuentra en las antípodas de la categoría “pobreza”. Esta última, como acabamos de ver, se modula a partir de la existencia de un mínimo de condiciones a cumplir. La primera, en cambio, constituye “una medida de logro respecto de un nivel establecido como óptimo teniendo en cuenta dimensiones socioeconómicas y ambientales dependientes de la escala de valores prevaleciente en la sociedad” (Velázquez, 2001: 15). Así pues, y como bien señala Guillermo Velázquez, “mientras la pobreza se mide con respecto a un piso, la calidad de vida se mide respecto a un techo” (2005: 1). Pero no podríamos resumir esta diferencia a una cuestión de mínimos y máximos. Junto a ella debemos señalar una que nos aproxima a una operacionalización del concepto: si el límite inferior de la pobreza es relativamente fijo, especialmente cuando de pobreza estructural se trata, el ideal que entraña el concepto de calidad de vida es variable en el tiempo, en la medida que “la escala de valores y, sobre todo, las expectativas, cambian” (Velázquez, 2005: 174). Ambas características vuelven a la calidad de vida una categoría adecuada para analizar las particularidades de las sociedades situadas tanto temporal como espacialmente.

Un segundo límite que tenemos que establecer es el que separa los conceptos de calidad de vida y nivel de vida. Este no es un ejercicio vano habida cuenta de la profusa literatura histórica en relación a esta última problemática. Quién puede olvidarse de la bizantina polémica entre optimistas y pesimistas en relación al nivel de vida de la clase obrera en el *take off* industrial de Gran Bretaña; un debate que involucró un panteón de historiadores entre quienes no podemos dejar de mencionar a Arnold Toynbee, John Clapham, Thomas Ashton, Eric Hobsbawm, Edward Thompson y John Rule. En el caso de la historiografía argentina es menester señalar los avances realizados por especialistas del periodo abierto con la independencia del área rioplatense. Inspirados en el instrumental metodológico diseñado por Robert Allen (2001), autores como Jorge Gelman y Daniel Santilli (2013) exploraron con lujo de detalle las relaciones existentes entre salarios y una serie de productos de consumo básico en el Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX. De todos modos, y más allá de los múltiples vasos comunicantes que existen entre calidad y nivel de vida, es preciso advertir que este último está ligado mayormente a la adquisición de bienes y servicios, dejando de lado aspectos claves que hacen a la definición de calidad de vida (por caso: cuestiones ligadas al medio ambiente). En otras palabras, el consumo es uno de los pilares donde

esta última se sostiene, pero no es el único: como bien afirman Guillermo Velázquez y Santiago Linares, no todo “incremento del consumo implica necesariamente mejoras en la calidad de vida” (2014: 62).

Un tercer concepto que tenemos que diseccionar para alcanzar una ajustada definición de calidad de vida es el que corresponde al bienestar. En este sentido, las reflexiones realizadas por María Camargo Mora (1997) nos brindan algunas pistas al respecto. Esta reconocida científica venezolana ofrece dos acepciones que dialogan en la definición de bienestar: una cercana a la idea de calidad de vida que defendemos y otra bastante más alejada. Esta última, en gran medida hija de los años dorados del capitalismo, como bautizó Hobsbawm (1998) a las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, poseía una fuerte connotación cuantitativa y se asociaba con esa red de protección diseñada por los estados occidentales, en parte para alentar la demanda en clave keynesiana y en parte para disipar la amenaza que entrañaba el avance de las ideas comunistas. Más próximos en el tiempo, en los años ochenta, emergió una segunda definición de bienestar que, desde luego, no anuló la primera: la misma podía ser interpretada en su vertiente económica tradicional, más ligada a la idea de *welfare*, o bien podía adquirir un significado humanista asociado a la categoría de *well-being* (Lucero *et al.*, 2007: 102). Haciendo nuestros los planteos de Sen (1982), en el sentido de destacar la importancia que las capacidades, las oportunidades y las ventajas tienen en el logro de distintos niveles de desarrollo humano, podríamos afirmar que esta segunda vertiente del bienestar puede imaginarse como sinónimo de calidad de vida.

Recapitulando (Parte 1). Algunas reflexiones sobre la potencia analítica del concepto Calidad de Vida.

Para cerrar este capítulo conviene tomar nota de algunas discusiones epistemológicas en torno a la calidad de vida. Entre ellas, por su importancia, es justo mencionar aquella que enfrentó en una irreconciliable disputa a quienes defendían una aproximación subjetiva a los fenómenos sociales y quienes privilegiaron una mirada objetiva. Si lxs primerxs posaron su mirada en la evaluación que el mundo exterior hacía de la experiencia individual; lxs segundxs, como destacan Juan Celemín, Claudia Mikkelsen y Guillermo Velázquez (2015), analizaron cómo las personas evaluaban su propia vida, siempre tomando en consideración los condicionantes culturales que son intrínsecos a cualquier acto perceptivo. Quizás el paroxismo de esta mirada relativista sean Steve

Taylor y Robert Bogdan, quienes llegaron a decir que la calidad de vida era “una cuestión de experiencia subjetiva”, por lo que “no tiene significado más allá de los sentimientos y las experiencias de las personas” (1996: 11-12). Este abismo en la forma de imaginar la construcción del conocimiento, como no podía ser de otra forma, tuvo un costado metodológico. Lxs “objetivistas”, en su aproximación a la calidad de vida de la población, echaron mano de datos secundarios, mayormente sociodemográficos, que provenían de distinta clase de censos. Lxs “subjetivistas”, por su parte, centran su atención en datos primarios, por lo general encuestas sociales con un elevado grado de desagregación, que proporcionan información sobre las escalas valorativas diseñadas por lxs sujetxs sociales.

Aunque con sus diferencias, cada una de estas miradas permite iluminar sobre aspectos que su contendiente desconoce o ubica en un lugar secundario. El esquematismo de una, muy útil para brindar un panorama general, carece de algo que es clave en la otra: la capacidad de descubrir matices. Sin embargo, la importancia dada al detalle, fundamental para hilvanar la trayectoria de lxs sujetxs sociales, se desvanece muchas veces ante la falta de un marco global de interpretación o bien por un denodado culto a la excepcionalidad. De ahí que en algunos casos académicxs, provenientes de distintas tradiciones disciplinares, hayan apostado por una aproximación mixta en la que unifican en una misma mirada indicadores sociodemográficos básicos y la evaluación por parte de lxs propixs sujetxs sociales de su propia vida. Después de todo, como señalaron David Felce y Jonathan Perry, la calidad de vida “hace referencia a un bienestar general que comprende descriptores objetivos y evaluaciones subjetivas del bienestar físico, material, social y emocional” (1996: 63). Esta definición, lejos de ser la excepción, pareciera ser un emergente de una tendencia holística que ha acompañado el campo académico en los últimos veinte años. En efecto, Robert Cummins (1997) demuestra que ocho de cada diez definiciones del concepto de calidad de vida incluyen en su redacción las dos dimensiones: objetiva y subjetiva.

Aun acordando en la necesidad de complejizar nuestra aproximación al fenómeno en cuestión, no podemos dejar de tomar algunos recaudos metodológicos. En este sentido, coincidimos con Guillermo Velázquez y Sebastián Gómez Lende cuando aclaran que “la dimensión subjetiva debe ser comparada, pero no asimilada con respecto a la dimensión objetiva” (2005: 201). Los desfases que suelen existir entre la “medición” y la “percepción” de la calidad de vida nos obligan a actuar con suma cautela en relación

a este tema. En efecto, algunas experiencias, como la de María García en la ciudad de Tandil, muestran que lxs habitantes de radios y fracciones “cuya calidad de vida es baja poseen una percepción más elevada [de su condición]” (1996: 8). Pero ese tipo de valoraciones tienen mucho de precario, pues, como bien demostró la misma autora, “muchos sujetos [sujetxs] con perspectiva optimista de su propia realidad, rápidamente reconsideran su valoración ante un mapa que les muestra que la zona que residen está muy por debajo del promedio de la ciudad” (García, 1996: 6-7). O peor aún: la introducción de variables subjetivas en un índice único de calidad de vida puede conducir a auténticas contradicciones. Este es el caso de las mediciones realizadas en México, trabajadas en detalle por José García Vega (2011). Los guarismos oficiales en el país del norte arrojan resultados que son hasta contraintuitivos: la clase media baja registra la mayor calidad de vida; mientras que, sorprendentemente, la clase alta presenta el menor nivel.

Este tipo de problemas se multiplican sin remedio cuando de una aproximación histórica se trata, en particular cuando se implementan estrategias investigativas de corte antropológico. En efecto, cuando lxs entrevistadxs apelan a su memoria para recordar lo que sucedía en un determinado periodo de su vida se produce lo que Pierre Bourdieu (1989) definió en términos de mistificación o, lo que es igual, una atribución de sentido a algo que no lo tiene. Lo caótico, dice Bourdieu, es presentado como algo ordenado y que posee una lógica que puede ser retrospectiva o prospectiva; es decir, puede servir de justificación del presente o como antecedente de algo que puede suceder en el futuro. También es cierto que existen rugosidades que raramente son identificadas y reconocidas por lxs sujetxs en sus narraciones. Las reticencias de Bourdieu son compartidas por otrxs autorxs que cargaron tintas sobre la idea trayectoria vital. Detrás de la misma, existe un nombre propio, que no deja de ser un referente constante; algo que no cambia a lo largo del tiempo. Las características de esa persona, por el contrario, constituyen una realidad mutante. El relato construido a partir de la interacción de investigador/x y protagonista introduce una visión totalizadora y coherente, en este caso en relación a la calidad de vida “experimentada”, aún a riesgo de pulir muchas veces las aristas más irregulares de la vida de las personas. Por esta razón, tienen mucho asidero las recomendaciones hechas por Velázquez en el sentido de no incluir “elementos subjetivos en el índice de calidad de vida” (2001: 13).

Es precisamente el estudio en detalle de la interfaz entre los aspectos “subjetivos” y “objetivos” lo que permitiría a los estudios sobre el bienestar dar un auténtico salto de calidad. Puede que una situación hipotética nos ayude a aproximarnos a esta cuestión. Aunque los indicadores globales de una ciudad nos muestren un retroceso en lo que a calidad de vida se refiere, puede que las percepciones alrededor de este fenómeno no hayan sido exactamente iguales. Después de todo, como ha señalado Milton Santos, “el espacio construido y la distribución de la población no tienen un papel neutro en la vida y en la evolución de las formaciones sociales” (2000: 12). No resultaría extraño que el balance de quienes residen en la ciudad sea hasta contrapuesto: favorable para quienes habitan donde concentra la inversión en infraestructura; y desfavorable en los enclaves en los que se acumulan los problemas de empleo, la pobreza estructural y los riesgos ambientales. Estudiar los “efectos de lugar”, como llamó Bourdieu (1999) a esas percepciones espacializadas, constituye otra de las deudas pendientes de las investigaciones dedicadas al análisis de lo urbano. En esa dirección creemos que deberían diseñarse estrategias cualitativas que permitan analizar el impacto de la gran transformación a partir de la mirada de quienes resultaron “ganadores” y “perdedorxs”, así como su correspondencia (o no) en relación a los indicadores “objetivos”.

Algunos de estos aspectos los retomaremos en el cuarto capítulo del libro cuando, atendiendo a cada una de estas alertas, volveremos operativo un índice de calidad de vida que atrape las dimensiones que se entranan en la producción de la desigualdad en la ciudad de Neuquén. Pero para hacerlo, primero resulta necesario dotar de un espesor histórico a nuestra aproximación, objetivo que procuraremos dar cuenta en las próximas páginas.

Capítulo 2

Una pizca de historia

Las desigualdades urbanas a lo largo del siglo XX.

Hace ya diez años, Ananya Roy publicaba un artículo que hizo las veces de revulsivo dentro del campo de los estudios urbanos. Con una pluma incisiva y una enorme erudición, la urbanista de origen indio llamaba la atención sobre la insuficiencia de “estudiar las ciudades del Sur global como interesantes casos empíricos anómalos, diferentes y esotéricos” (Roy, 2009 [2012]: 151). Este tipo de enfoques no habían hecho más que interpretar a “las ciudades del Tercer Mundo como el corazón de las tinieblas, lo Otro” (Roy, 2009 [2012]: 151). Para revertir esa tendencia era necesario un dislocamiento que permitiese la producción de “una nueva serie de conceptos en el crisol de un nuevo repertorio de ciudades” (Roy, 2009 [2012]: 152). De esta manera podrían lograrse un conjunto de reflexiones que fuesen, a la vez, localizadas y deslocalizadas. Localizadas porque tienen que “ser producidas en lugares (e importa dónde se producen)” y deslocalizadas porque “luego éstas pueden ser objeto de apropiación, préstamo y reasignación” (Roy, 2009 [2012]: 152). Así, las experiencias distintivas de las ciudades de los países del Sur global pueden generar marcos teóricos productivos y provocadores para todas las ciudades.

Estos consejos pueden aplicarse sin problemas al estudio de la diferenciación socioespacial, en general, y al de los patrones de segregación, en particular. Llevando al extremo la propuesta de Roy, el presente capítulo podría pensarse como un ejercicio de triple dislocamiento. El primer desplazamiento es el que parece más obvio: tomando distancia de las ciudades globales clásicas, tan bien estudiadas por Saskia Sassen (1991), proponemos una mirada que atienda a las particularidades que asumió la urbanización en América Latina. El segundo corrimiento va en el sentido de ampliar la gama de urbes a estudiar. En lugar de centrar nuestra atención en una de las muchas áreas metropolitanas de la región, nos detendremos en una aglomeración de tamaño intermedio localizada al sur del Sur global: Neuquén, en la Norpatagonia argentina. La tercera frontera que esperamos ensanchar es la que corresponde a la dimensión temporal. Con el propósito de morigerar el sesgo presentista que ha atravesado la literatura sobre la desigualdad urbana, privilegiamos una mirada que navegue por las profundas aguas de la larga duración, parafraseando a Fernand Braudel (1970).

Propiciaremos este triple desplazamiento a partir del estudio de dos etapas que nos permitirán llegar al periodo que nos interesa con un mayor grado de consistencia, a saber: a) el “Neuquén territorialiano” (1904-1955) y b) “el Neuquén desarrollista” (1955-1991). En cada una de estas fases veremos los principios que modelaron la estructura urbana neuquina y los patrones de segregación que emergieron de la misma. Partimos de dos hipótesis que, aunque localizadas, sus implicancias tienen un alcance claramente deslocalizado. La primera de ellas podría sintetizarse de la siguiente manera: las ciudades intermedias, muchas veces pensadas desde el prisma de la igualdad, fueron asiento de fenómenos de segregación multiformes y variables en el tiempo. La segunda nos conduce al campo de la producción de ciudad: las urbes de medio rango no necesariamente presentan un carácter compacto, sino que, en ocasiones, exhiben un crecimiento extensivo que intensifica las desigualdades urbanas. Para poner a prueba estos supuestos echaremos mano de nutre de una amplia gama de fuentes, entre ellas informes técnicos, artículos periodísticos, documentación nominativa, información censal y cartografías temáticas elaboradas con Sistemas de Información Geográfica.

El Neuquén Territorialiano (1904-1955): distancia social, cercanía espacial y barreras físicas.

Comencemos nuestro recorrido echando una mirada a la Patagonia. Durante los primeros años del siglo XX, apreciamos una débil ocupación del territorio con enormes espacios deshabitados, interrumpidos ocasionalmente por alguna infraestructura humana. Aunque los primeros proyectos de colonización se remontan a los años que siguieron a la mal llamada “Conquista del Desierto”, sus resultados fueron extremadamente pobres. Es lo que Susana Bandieri (2005) dio en llamar el fracaso colonizador: el afán especulativo, la escasa presencia oficial y la concentración de la tierra no permitieron elevar la densidad demográfica de la franja más austral del territorio argentino. Sus principales actividades económicas, amén de presentar un escaso desarrollo, no colaboraron para fortalecer el perfil urbano de la región. Antes bien, la fruticultura, la ganadería y la extracción de hidrocarburos le dieron una apariencia más bien rural: para una fecha tan avanzada como 1947, solo un tercio de la población patagónica residía en ciudades o pueblos (Recchini de Lattes, 1973).

Es en ese marco donde debemos domiciliar el caso de Neuquén. Hacia fines del siglo XIX, en las tierras ubicadas en la margen derecha del río Neuquén, justo antes de converger con el río Limay, se conformó un caserío que el común de la población

conocía como “La Confluencia”. Ese paraje fue ganando importancia con la llegada de diferentes dependencias oficiales. El naciente pueblo era un rancherío disperso en el que sobresalían las construcciones de barro y un puñado de comercios. Su importancia en estos primeros años residía en su carácter de escala obligada en la ruta que unía a Carmen de Patagones y Bahía Blanca con los asentamientos militares de los Andes, sobre todo con Chos Malal, capital del joven territorio de Neuquén. No debemos olvidar que, en el entresiglos, el grueso de la población territorialiana se asentaba sobre los Andes, especialmente en el norte, donde una ganadería trashumante, orientada a suplir la demanda de los centros urbanos chilenos, daba vida a una economía mayormente rural. El censo nacional de 1895 es revelador al respecto: dos terceras partes de la población neuquina residía en el cuadrante noroccidental del Territorio (Bandieri y Angelini, 1983).

La llegada del ferrocarril, en 1902, inauguró una nueva etapa en la Confluencia. Con la instalación de la estación, punta de rieles del Ferrocarril del Sud, el número de habitantes de lo que algunos autorxs denominaron protociudad fue incrementándose hasta llegar al medio millar (Mases *et al.*, 2004: 15). En materia económica, el bramido de las locomotoras implicó la creciente integración de esta comarca con la pampa húmeda: el duro viaje de carreta desde la capital federal, que insumía cuarenta días, se convirtió en una travesía de poco más de veinticuatro horas. Esta cercanía, por lo menos en términos temporales, hizo que la actividad comercial se incrementara y, junto a ella, se comenzara a desarrollar un incipiente sector secundario. En medio del caserío comenzaron a distinguirse algunos establecimientos que abastecían a la población de bienes de bajo precio unitario, naturalmente protegidos de la competencia. Sólo para mencionar los rubros más repetidos en las guías comerciales de la época deberíamos señalar algunas herrerías, un horno de ladrillos y una fábrica de gaseosa que funcionaba como anexo de una casa comercial (Silveira, 1988: 30).

En 1904, el gobierno nacional, gracias a la intervención del gobernador Bouquet Roldan, decidió el traslado de la capital desde Chos Malal, al pie de los Andes, hacia el área de la confluencia. Las razones de esta medida no son difíciles de imaginar: los poseedores de las tierras de lo que *a posteriori* sería la capital, entre los que luego se contaría el primer mandatario territorialiano, tenían una importante capacidad de presión y pensaban que a partir de esa medida sus propiedades se valorizarían (Roca, 1981). Esa jugada especulativa fue justificada por una argumentación ajustada a sus tiempos: la

nueva capital, ubicada en la intersección de dos ríos y comunicada al resto del país por rutas de hierro, iba a comportarse como una puerta a partir de la cual ingresaría la “civilización” al territorio neuquino. El resultado de este proceso de urbanización, alentado más por el deseo de valorizar los terrenos que de ocuparlos efectivamente, fue un tejido en el que “grupos de casas comenzaron a surgir diseminadas en el vasto plano”, mientras que “seguían baldías manzanas enteras que no se ponían en venta o se pedían precios elevadísimos por sus solares” (Edelman, 1954: 122).

La decisión de trasladar la capital al oriente territorial tuvo un duradero impacto demográfico en la joven ciudad de Neuquén. Gracias a la instalación de las diferentes reparticiones gubernamentales, se produjo un salto en el número de habitantes: el medio millar de 1902 se transformó en dos mil quinientos en 1920, alcanzando los siete mil a mediados del siglo XX (Mases *et al.*, 1994: 9). Pese a este considerable avance, la población neuquina presentaba tasas de crecimiento menores a las del conurbano bonaerense. Apartada de los proyectos industrialistas que habían remodelado la arquitectura demográfica argentina, la ciudad de Neuquén crecía gracias a un incremento vegetativo apenas positivo y a su consolidación como destino de un creciente contingente de migrantes del interior del territorio. Con el deterioro de la ganadería que alimentaba a los mercados trasandinos, sujeta desde los años cuarenta a rigurosos controles fronterizos, el sector oriental del Territorio Nacional comenzó a ganar espacio frente a los departamentos recostados sobre los Andes (Perren, 2009a).

El crecimiento de la población dio impulso a una fecunda actividad comercial que incluía, entre otros emprendimientos, galpones de acopio, comercios de ramos generales, tiendas que ofrecían telas provenientes de Buenos Aires, casas de iluminación y puestos de revistas. El sector terciario de la ciudad se completaba con una gama de servicios que iba desde hoteles de cierta envergadura hasta pequeñas peluquerías. Este tipo de actividades, que experimentaron un breve *impasse* con el traslado de la punta de rieles a Zapala en 1916 (Silveira, 1988: 33-34), fue acompañado de un sector secundario que, sin alcanzar ni remotamente la escala de las ciudades de la Pampa Húmeda, agrupaba emprendimientos dedicados a la producción de bienes de consumo y un puñado de talleres que tenían mucho de artesanal. Si entre los primeros debemos contar la producción de pan, bebidas, jabón y la confección de ropa; entre los segundos no podemos dejar de mencionar algunas carpinterías, talabarterías, talleres de carros, herrerías y fábricas de ladrillos (Gallucci, 2007: 159).

Pero no todo en la capital neuquina era intermediación comercial, actividad oficial y un puñado de establecimientos industriales. Las obras de canalización del río Limay hicieron posible un paulatino despliegue del sector primario. Alrededor de la capital del Territorio se establecieron tres colonias agrícolas que conformaban una superficie cultivable de alrededor de mil ochocientas hectáreas (Mases *et al.*, 1994: 10). En estas chacras, que asumieron la forma de explotaciones familiares, el cultivo de la alfalfa con fines ganaderos, en compañía de una horticultura orientada al consumo local, fueron la norma en las primeras dos décadas del siglo XX. Luego de 1920 se aprecia una franca expansión de una fruticultura cuyos productos comenzaron a comercializarse en los grandes mercados de la Pampa Húmeda. Nuevas iniciativas colonizadoras, como la de los hermanos Plottier y el propio Ferrocarril del Sud, provocaron la triplicación de la superficie bajo riego entre 1920 y 1930. Esta expansión no fue suficiente para que Neuquén perdiera su “carácter absorbentemente administrativo” (Vapnarsky, 1983: 191), a muchos cuerpos de distancia de la capital productiva de la Patagonia norte: General Roca, en el vecino Territorio Nacional de Rio Negro.

La distribución espacial de estas actividades económicas se superponía con el mapa social de la ciudad de Neuquén. Como en las ciudades preindustriales europeas, tan bien retratadas por Gideon Sjoberg (1960), la cercanía con respecto al lugar de trabajo era un principio ordenador del espacio urbano. No es casual que esa población compuesta de comerciantes, empleadxs y jornalxrs de diversos oficios y gente de buen pasar se haya distribuido de forma desigual en el territorio. En términos generales, y apelando a la amplia literatura sobre el tema (Silveira, 1988; Mases y Montes Le Fort, 2001; y Mases *et al.*, 2014), distinguimos un esquema tripartito que surcó con éxito la primera mitad del siglo XX: un “Alto” rico, un “Bajo” popular y, entre ambos, un “espacio isla”, donde se desarrollaban las actividades ferroviarias y residía el personal dedicado a esas labores (Mapa 1). Es interesante cómo el relieve de la ciudad, ubicada al borde de un valle fluvial, con una parte elevada y otra deprimida, reflejaba en buena medida la estructura de clases. Esta realidad de segregación era acentuada por la existencia de barreras físicas que reforzaban las distancias sociales. Hasta la década de 1930, cualquier flujo en sentido sur-norte o norte-sur debía franquear una tranquera que era controlada por el personal de Ferrocarriles del Sud. La descripción de la morfología del “Neuquén Territoriano” propuesta por César Vapnarsky, aunque elaborada hacia comienzos de los ochenta, no ha perdido validez:

Neuquén adquirió una fisonomía que sólo durante los últimos diez años se comenzó a desdibujar: la *zona norte* se tornó un barrio exclusivamente *residencial y administrativo*, y allí se fueron construyendo todos los edificios públicos; al sur de la *playa ferroviaria* más vasta de toda la línea entre Bahía Blanca y Zapala, se formó el *barrio comercial* (1983: 179).

La persistencia de esta configuración tripartita no debería ocultar un elemento a todas luces novedoso: una nueva ciudad se estaba construyendo detrás de los bordes de la ciudad tradicional. Este nuevo espacio se encontraba, en gran medida, desconectado de la grilla trazada al momento de la fundación. Con calles laberínticas y la falta de los más básicos servicios públicos, se comportaba como una zona de frontera al interior de una ciudad que complejizaba su estructura. En parte resultado del fraccionamiento de chacras no demasiado productivas y en parte de la ocupación de terrenos fiscales, los vecindarios más retirados funcionaban, al decir de Adrián Gorelik (2004: 259), como avanzadas domésticas de un campamento provisorio. Los testimonios de la época no dejan lugar a dudas. En las cercanías del matadero, en el sureste del trazado urbano, nos topamos con “cuadros para tener ganado, con pasto y arroyitos (a su disposición)”². Era habitual que allí la hacienda ingresada a la comuna hiciera su último engorde antes de la faena. Los servicios en esa zona se reducían a una canilla comunitaria y a la electricidad que proveía la Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza. La falta de gas, por su parte, era compensada con leña extraída de los bosques que seguían el curso del río Limay y los desagües a cielo abierto volvían el aire irrespirable³. Los campamentos gitanos, con sus carpas comunitarias y actividades marginales, además de preocupar a las autoridades⁴, alternaban con viviendas rudimentarias en un paisaje típicamente suburbano. Esta descripción, aunque refleja la realidad de lo que luego sería el barrio Belgrano, sirve para perfilar otras áreas que se desarrollaron en las décadas de 1940 y 1950 (*Villa Farrell, Mariano Moreno, Villa María, Villa Florencia y La Sirena*).

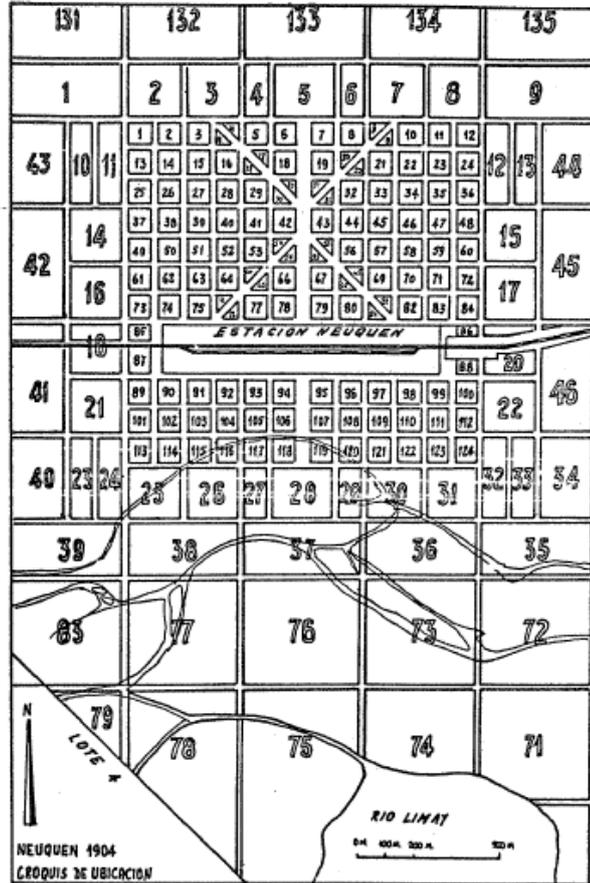
² AHPN, Caja Barrios, *Belgrano. La memoria de su gente*, Neuquén, 1989, p. 9.

³ AHPN, Caja Barrios, *Belgrano. La memoria de su gente*, Neuquén, 1989, p. 21.

⁴ AHMN, *Gestión de Gobierno*, Caja 1, nota 384.

Mapa 1
**Trazado de la ciudad de Neuquén.
 Etapa territorialiana**

188



Mapa 54. Trazado original del pueblo Neuquén. Reproducido de Juan Carlos Roca, "Acción pública y privada en la urbanización de la nueva capital del Neuquén: la sociedad anónima 'Nueva España'", en Esther Maida de Minolfi (directora), *Neuquén: La ocupación de la tierra pública en el departamento Confluencia después de la Campaña al Desierto (1880-1930)*, (Neuquén: Universidad Nacional del Comahue, Departamento de Historia, 1981), p.89.

Fuente: Vapnarsky, 1983.

Hagamos una breve síntesis de lo hasta aquí presentado. El examen de la evidencia reunida nos permite caracterizar al "Neuquén territorialiano" como una ciudad claramente desigual. La condición social, quizás como ninguna otra variable, permitía entender la disposición de la población en el tablero urbano. No apreciamos grandes distancias físicas que separaran pobres de ricos, pero sí dispositivos, como las tranqueras, que complejizaban la circulación al interior de la capital neuquina. Las consecuencias de este hecho no son menores para el análisis de la diferenciación socioespacial: en las primeras décadas del siglo XX, el fenómeno de la segregación no solo operó sobre los *stocks*, sino también sobre los flujos. Al mismo tiempo, es preciso señalar un segundo elemento: la ciudad cargó desde su propio nacimiento con una baja densidad y un

crecimiento claramente centrífugo. El papel jugado por el capital inmobiliario, especialmente por la *Sociedad Nueva España*, nos ayuda a explicar ambos rasgos. Su deseo de valorizar nuevas áreas de la ciudad hizo que los loteos fueran discontinuos y que, solo cuando llegaran los servicios básicos, se comercializaran los espacios reservados. Esto fue así al punto que el propio César Vapnarsky señalaba que Neuquén era “el caso más notorio en todo el norte de la Patagonia de dispersión y expansión innecesaria e inadecuada del tejido urbano” (1983: 189).

El Neuquén desarrollista (1955-1991): distancia social, lejanía espacial y polarización.

El “desarrollismo” dio aire fresco a los distritos periféricos del sur argentino. El intento de desmontar el modelo agroexportador y de erigir en su lugar una maquinaria industrial diversificada, impulsó la búsqueda de fuentes energéticas acordes con esta nueva meta. Una economía que, hasta allí, había mirado “hacia fuera” mostraba un creciente interés por crear “polos de crecimiento”, que irradiarían su influencia al conjunto nacional. Esta nueva sintonía ideológica tuvo a la provincia de Neuquén como un escenario privilegiado: la construcción de grandes represas para la producción de energía, articulada con la expansión en la explotación de hidrocarburos, benefició especialmente a la capital neuquina. Esto gracias a que diferentes autoridades provinciales propiciaron la radicación en la ciudad de aquellas empresas a cargo del usufructo de esos recursos, pero también porque la prestación de servicios a las mismas se concentró en su planta urbana.

En unos pocos años, esa pequeña localidad se transformó en una de las urbes de mayor crecimiento durante la segunda mitad del siglo XX. Entre 1960 y 1991, la población de la ciudad transitó de veinticinco mil habitantes a una cifra próxima a doscientos mil. Las tradicionales corrientes migratorias, originarias del interior neuquino y de Chile, comenzaron a convivir con un nuevo flujo que provenía de diferentes regiones argentinas como el conurbano bonaerense, Córdoba, Rosario y Mendoza. Bajo el efecto de una demanda laboral que avanzaba a un ritmo hasta entonces desconocido, Neuquén se consolidó como un área receptora y, como no podía ser de otra forma, su estructura demográfica experimentó un radical cambio: una población persistentemente joven y el creciente peso de personas migrantes marcaron los ritmos de una ciudad que abandonaba su perfil parroquiano para convertirse en un

centro de servicios, que atendía a un área urbana dispersa localizada en las márgenes de los ríos Neuquén, Limay y Negro.

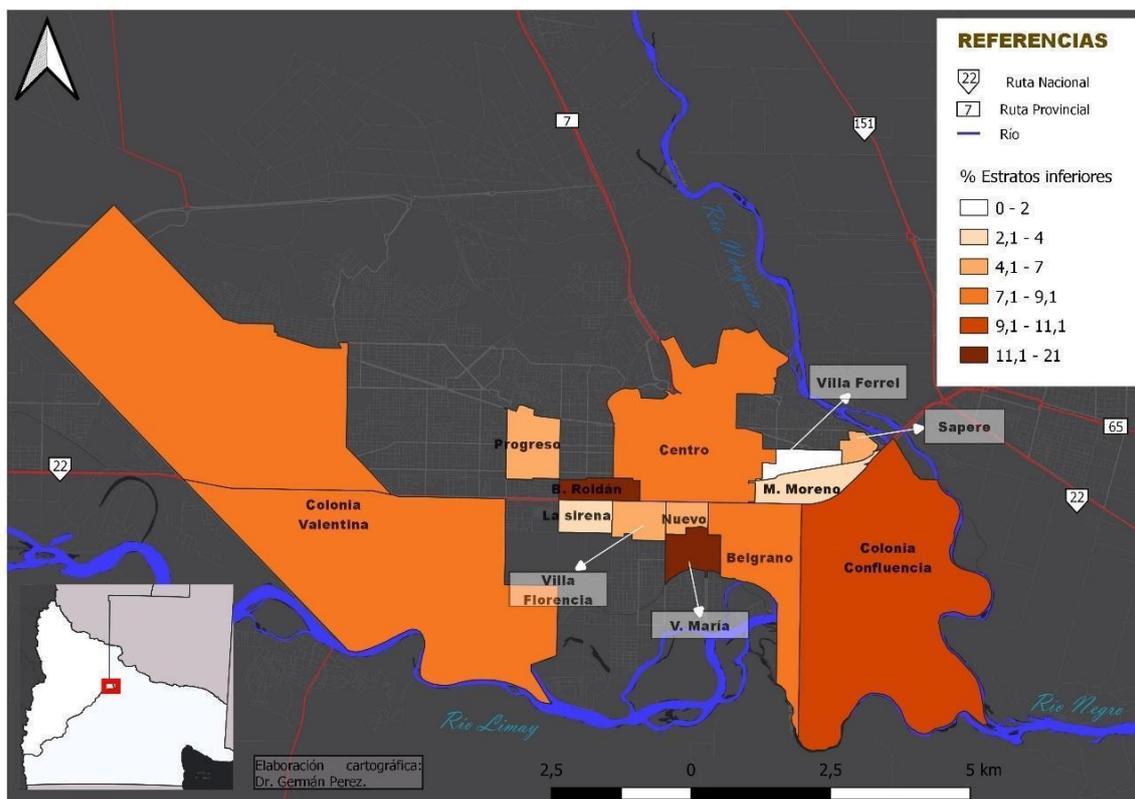
La creciente importancia económica y demográfica modeló los límites de una ciudad que avanzaba rauda hacia una estructura polarizada. Una forma de dar cuenta de este proceso es aplicando el Índice de Disimilitud (ID). Esta herramienta nos avisa sobre cuán semejante es la distribución de dos subpoblaciones en las unidades espaciales en las que se divide la ciudad (Massey y Denton, 1988): un valor cercano a 100 nos indicaría que el grupo en cuestión no comparte las áreas residenciales con miembros del otro grupo (realidad de segregación); uno próximo a cero nos muestra que la proporción de ambos grupos para cada una de las áreas estudiadas es idéntica (realidad de integración). Tomando la ocupación declarada a la hora de contraer nupcias, calculamos, para la década de 1960, el ID entre quienes se alojaban en los extremos de la clasificación profesional: por un lado, trabajadorxs “no manuales altos” y “profesionales bajos” y “altos”; mientras que, por el otro, a quienes se desempeñaban en trabajos manuales semicalificados y en otros que no requerían conocimientos específicos (Perren, 2011). Un ID próximo a 80 revela la escasa mezcla habitacional entre ricos y pobres. La segregación, ese fenómeno que acompaña a Neuquén desde su propio nacimiento, no hizo más que reforzarse en las décadas centrales del siglo XX, tal como han demostrado numerosas investigaciones (Perren, 2010 y 2012).

Cuando volcamos en el mapa la información ocupacional no sólo advertimos una significativa segregación, sino también un esquema análogo al modelo de zonas concéntricas de Ernest Burgess (1924), aunque en una dirección exactamente opuesta. La propuesta de la escuela de Chicago se esforzaba en demostrar que el nivel social de lxs habitantes aumentaba conforme nos alejamos del centro de la ciudad. En Neuquén, hacia mediados del siglo XX, ese nivel disminuye a medida que realizamos el mismo movimiento (Mapa 2). Alejada de la *inner city* norteamericana, esa área dilecta de la mala vida y donde abundaban migrantes de primera generación, el área central neuquina albergaba los porcentajes más altos de personas empleadas en los peldaños superiores de la estructura ocupacional y, al mismo tiempo, una proporción bastante menor de trabajadorxs semicalificadxs o sin calificación.

Rodeando el centro se levantaba una franja, al este y al sur del centro, que involucraba una menor proporción de integrantes de los estratos superiores (Mapa 2). Un informe realizado sobre finales de la década de los setenta ponía a esta zona en un

lugar de privilegio. Con comisiones vecinales funcionando desde muy temprano, contaban -en mayor o menor medida- con los principales servicios públicos. Si bien no encontramos allí desagües cloacales, sistemas de alumbrado potentes o calles asfaltadas, conformaban un cinturón de barrios que no estaban sumergidos en una situación crítica. En esa columna encontramos áreas de antiguo poblamiento que sólo algunas décadas antes estaban totalmente desconectadas del tejido urbano neuquino. En los barrios *Mariano Moreno, Villa Florencia, Villa Farrell, Nuevo y Belgrano* nos topamos con “casas de material con agua y luz” que albergaban a una población formada por “obreros [obrerxs] y empleados [empleadxs] de empresas estatales, privadas y comercio”⁵.

Mapa 2
El temprano Neuquén desarrollista (década de 1960)
Distribución espacial de los estratos inferiores



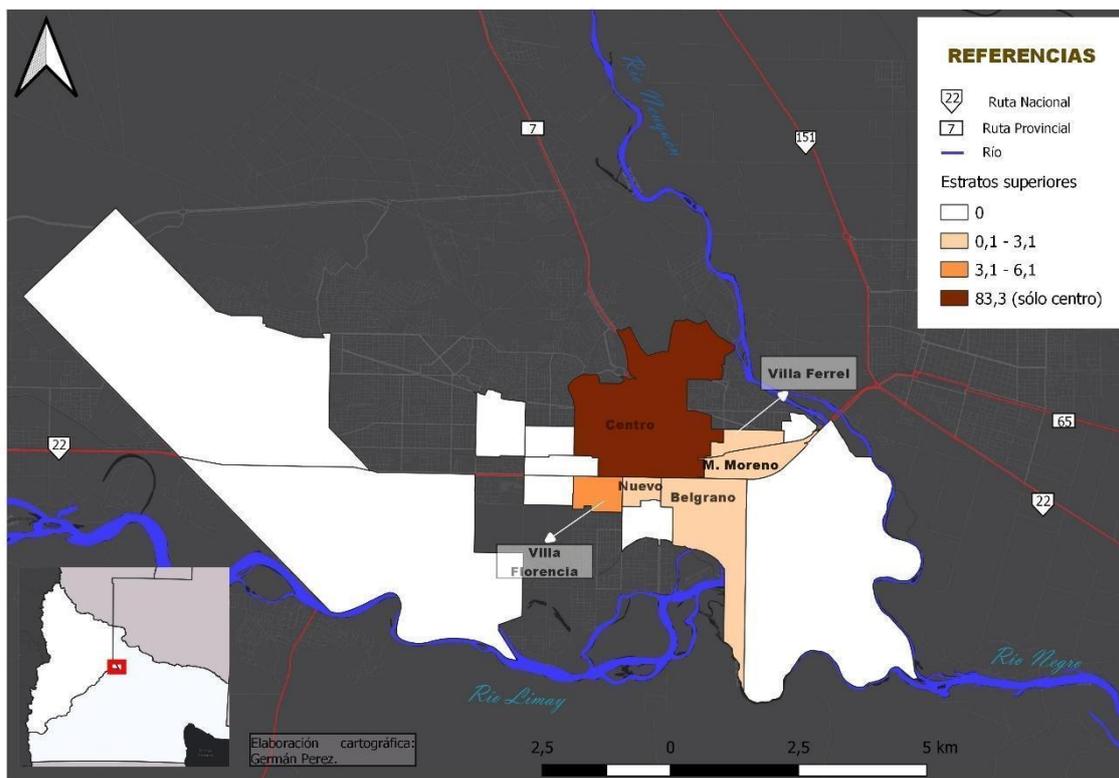
Fuente: Elaboración propia.

Los barrios nacidos a mediados del siglo XX constituían, sin duda, una segunda franja de la estructura urbana neuquina (Mapa 3). Observamos en ellos una ausencia total de personas empleadas en el vértice superior de la pirámide profesional y una

⁵ AHPN, *Neuquén, 75 años de capitalidad*, 1979, p. 127.

significativa participación de trabajadorxs menos calificadxs. Estas zonas se habían ganado el mote de “villas” o “cordón de emergencia” debido al retraso que evidenciaban en materia de servicios⁶. A bastante distancia de los barrios más antiguos, tales sectores presentaban viviendas muy precarias construidas con materiales como adobe, chapas, cantoneras y, en casos extremos, hasta cartón. Esta descripción, aunque panorámica, funcionaba para retratar a las áreas conocidas como *Bouquet Roldan*, *Villa María*, *La Sirena*, *Sapere* y lo que luego se denominaría *Progreso*. A todas ellas debemos sumar los vecindarios que sobrevivían en los márgenes de las colonias agrícolas *Confluencia* y *Valentina*, donde sus habitantes alternaban el ‘trabajo para otros’ con prácticas de subsistencia.

Mapa 3
El temprano Neuquén desarrollista (década de 1960)
Distribución espacial de los estratos superiores



Fuente: Elaboración propia.

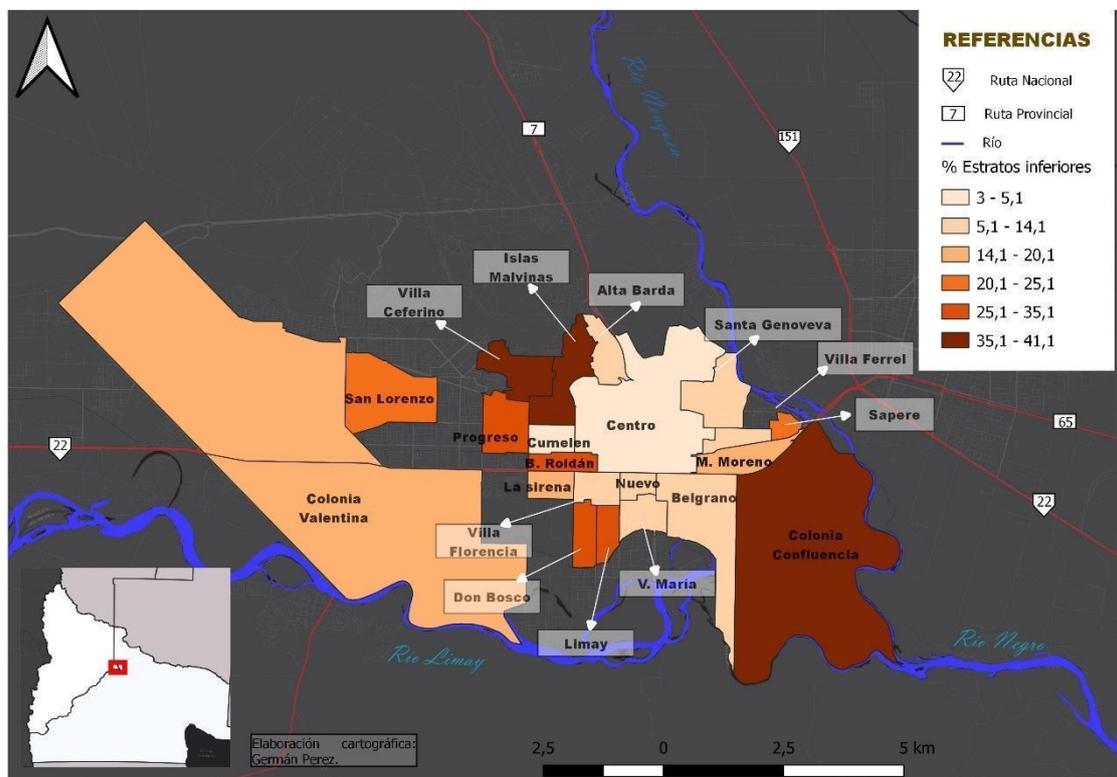
Poco de este panorama de segregación había cambiado en las siguientes dos décadas. Ante todo, la distancia entre sectores acomodados y populares seguía siendo importante. Para sostener este punto basta con decir que el ID se mantuvo en un nivel muy elevado (cercano a 75). Notamos también la permanencia de ese esquema de zonas concéntricas

⁶ AHPN, *Neuquén, 75 años de capitalidad*, 1979, p. 127.

que invertía la lógica sugerida por la sociología urbana norteamericana: al igual que los sesenta, el nivel social de lxs habitantes disminuía a medida que realizamos un movimiento “hacia fuera”. Tampoco perdieron actualidad aquellos criterios que habíamos utilizado para comprender la distribución de la población: la proximidad al centro era el mejor indicador para medir la calidad del empleo y las ventajas de la zona. Lxs profesionales y quienes se desempeñaban en empleos no manuales altos alcanzaban su pico en los distritos centrales, disminuían sensiblemente en un primer anillo y alcanzaban su mínimo en los asentamientos que se abrían paso en la periferia neuquina (Mapa 4). En la vereda opuesta encontramos a las ocupaciones manuales de menor calificación: su escasa participación en el centro de la ciudad era compensada por una abundancia en los espacios de más reciente urbanización.

La continuidad de este criterio no debería confundirse con una estructura urbana inmutable. Por el contrario, el periodo 1970-1991 exhibió interesantes variantes que nos obligan a enriquecer el modelo de un centro y dos franjas contiguas. En principio, no podemos dejar de señalar la exportación del perfil ocupacional del centro a otros espacios. La dinámica del mercado inmobiliario nos ofrece algunas pistas al respecto. Aunque las publicidades de la época ofrecían lujosos departamentos en el corazón de la zona bancaria, la abundancia de tierras en las cercanías del casco histórico facilitó la expansión de la ciudad en un sentido horizontal, reforzando este tipo de expansión. Los generosos planes de pago, una infraestructura extendida y su cercanía respecto al centro sirvieron de base a una apresurada ocupación de áreas del antiguo primer anillo, así como también de espacios que hasta entonces eran sólo descampados. Este fenómeno nos permite comprender el creciente peso de sectores como *Villa Farrell*, *Alta Barda*, *Cumelén* o *Santa Genoveva* (Mapa 4).

Mapa 4
El tardío Neuquén desarrollista (décadas de 1970 y 1980)
Distribución espacial de los estratos inferiores



Fuente: Elaboración propia.

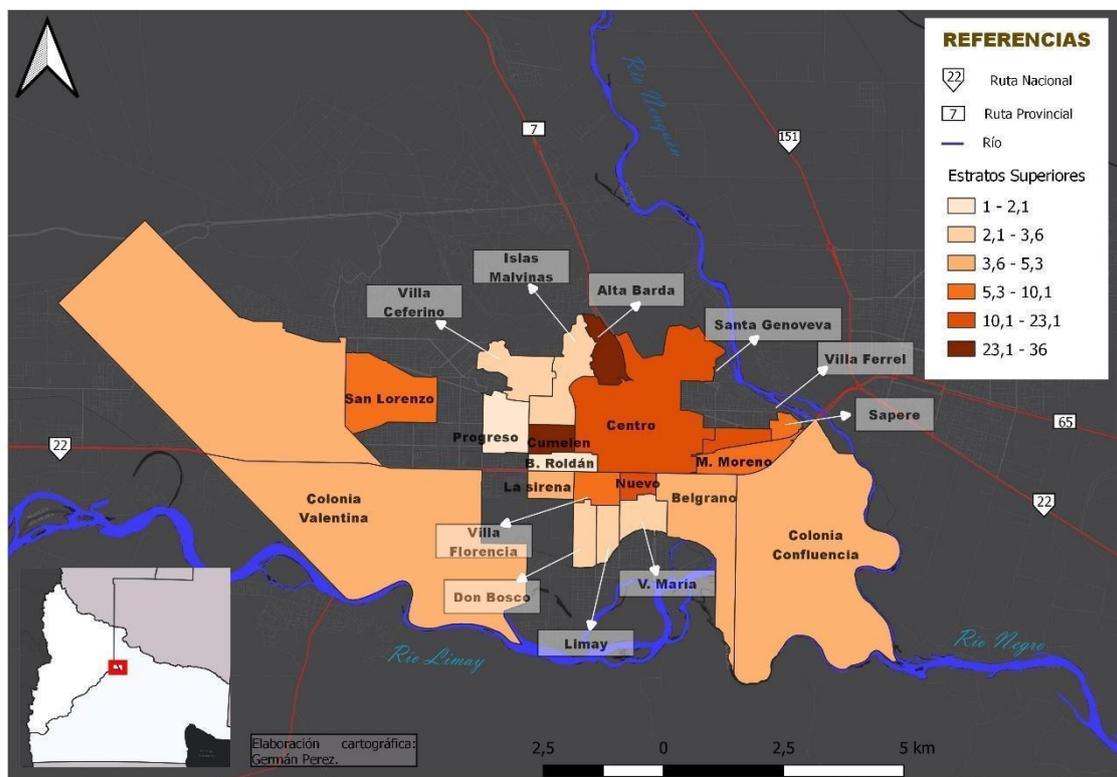
A continuación de esta suerte de “centro extendido”, observamos barrios que presentaban una menor cantidad de profesionales y una mayor proporción de trabajadorxs manuales (Mapa 4). En este rango encontramos algunos de los distritos más antiguos de la ciudad, totalmente consolidados desde el punto de vista urbanístico, pero también otros que aparecían en los sesenta como asentamientos precarios. En la intersección entre las demandas más articuladas de la comunidad y un Estado dispuesto en invertir en infraestructura, encontramos un proceso que terminó borrando el límite entre los barrios y vecindarios que antes formaban el primer y el segundo anillo de la ecología urbana neuquina. Mientras los espacios más antiguos prosiguieron su lenta integración al tejido de la ciudad, aquellos más rezagados fueron objeto de un acelerado proceso de mejoramiento que suavizó esa imagen de “campamento provisorio” que parecía ser la norma a mediados del siglo XX.

Con una insignificante participación de quienes se empleaban en el vértice superior de la pirámide profesional, los vecindarios nacidos a mediados de los setenta se comportaban como el segundo anillo de la arquitectura urbana neuquina (Mapa 5). Esta

“nueva periferia”, que constituía un verdadero desierto en materia de servicios públicos, experimentó en los ochenta un crecimiento extraordinario. A mediados de los ochenta eran más de dos mil las familias que habitaban en los asentamientos precarios que se abrían paso en la periferia neuquina, desde el extremo oriente (“La Costa”) hasta en el confín occidental del ejido municipal (Colonia Valentina Sur) (La Revista de CALF, 1986: 4-5). Los quince “asentamientos irregulares de viviendas precarias” sumaban doce mil habitantes, cerca de la mitad de los cuales no habían cumplido aún los doce años. Quienes habitaban en estos espacios de relegación representaban el 9% del total de la población. Una comparación puede que nos ayude a entender su importancia. Para el período que nos ocupa, distritos que la literatura académica suele asociar a este particular tipo de enclave de la pobreza -como Lanús, en el conurbano bonaerense- mostraban una proporción similar de habitantes residiendo en “villas miseria” (Auyero y Hobert, 2003: 233).

Una última novedad nos conduce a un elemento que hace a la esencia del periodo: los complejos oficiales. Frente a un severo desajuste entre oferta y demanda habitacional, no es extraño que el peso de la construcción de viviendas haya recaído sobre las espaldas del Estado provincial a través de una agencia fundada para tal fin: el Instituto Provincial de Vivienda y Urbanismo de Neuquén (IPVUN). El incremento de los recursos llegados por la liquidación de regalías hidrocarburíferas, sumados a los aportes extraordinarios del tesoro nacional, permitieron llevar adelante una activa política en materia de viviendas: cerca de ocho mil unidades habitacionales fueron construidas en la capital neuquina y sus alrededores. De todos modos, entre los numerosos complejos habitacionales inaugurados quedaron atrapadas amplias franjas de tierra desocupada: la erección de estas auténticas “islas de la periferia”, impulsadas por la necesidad de edificar planes de vivienda oficiales al menor costo posible, complicaron enormemente la provisión de los servicios elementales, al tiempo de reforzar un cuadro de relativo aislamiento espacial (Mapa 5).

Mapa 5
El tardío Neuquén desarrollista (décadas de 1970 y 1980)
Distribución espacial de los estratos superiores



Fuente: Elaboración propia.

Antes de avanzar sobre la etapa que nos interesa, hagamos un apretado resumen de lo hasta aquí trabajado. No estaría mal si dijéramos que, en las décadas centrales del siglo XX, se reforzaron las tendencias que visualizamos en el “Neuquén territorialiano”. En primer lugar, advertimos una realidad de fuerte segregación, aunque con notorias diferencias con respecto a la etapa anterior. La cercanía espacial entre ricos y pobres se volvió un lejano recuerdo del pasado. Su lugar fue ocupado por un patrón claramente polarizado, con áreas centrales habitadas por las élites y a los sectores populares abriéndose paso en la periferia. La distancia social comenzó a implicar una mayor distancia física. Esa “segregación a gran escala” fue resultado de un proceso que podría leerse en términos de continuidad: el “Neuquén Desarrollista” dio curso a una urbanización dispersa, escasamente compacta o, usando términos técnicos, de tipo *fuzzy*. Mucha importancia tuvo en este fenómeno el *real estate* que, en su búsqueda insaciable por rentas, dosificó la incorporación de lotes al mercado inmobiliario, esperando que los mismos se valoricen con la llegada con equipamiento urbano. Pero no podemos dejar de mencionar, y aquí radica un elemento novedoso, un segundo actor productor de ciudad:

el estado provincial. Su intervención hizo que la explosión de la superficie edificada conviviera con enormes espacios desconectados del tejido urbano, colaborando de manera decisiva en el crecimiento extensivo de la ciudad.

Recapitulando (Parte 2)

Luego de este itinerario por buena parte del siglo XX: ¿Qué reflexiones, a la vez, localizadas y deslocalizadas podemos hilvanar?

Gracias al ejercicio de “triple dislocamiento” llenamos de contenido las dos hipótesis que pusimos en juego a lo largo del trabajo. Con el auxilio de una variada gama de recursos heurísticos, pudimos demostrar la ubicuidad tanto de la segregación como del carácter expansivo de la urbanización neuquina. Claro que ambos fenómenos asumieron diferentes modalidades en el arco temporal escogido. Y es precisamente este dinamismo lo que nos permitió modelar los límites de una periodización; una que hizo posible que nos aproximemos a las siempre complejas interfaces entre estructura social y espacial. En el “Neuquén Territoriano” advertimos una lejanía social que convivía con una cercanía física, aunque la acción del capital inmobiliario comenzaba a estirar exageradamente los límites de la mancha urbana. El “Neuquén Desarrollista” transitó por un camino de creciente polarización: el par centro-periferia incrementó la distancia espacial entre las clases sociales, al tiempo que la acción del Estado provincial, con su política de vivienda, reforzó el carácter centrífugo del crecimiento de la capital.

Antes de avanzar en el estudio de la década de 1990, de esos pliegues que dieron forma al proceso de neoliberalización en la Patagonia norte, aprovechemos el sugestivo planteo de Ananya Roy para establecer una apuesta a futuro: toda posibilidad de descentrar la teoría urbana nos obligará a abrir una agenda comparativa, no solo entre las metrópolis del Sur y del Norte, sino fundamentalmente entre urbes de distinto porte. Pensando al interior del campo académico argentino, esa frontera involucra inevitablemente a las ciudades de tamaño medio. Y es allí donde adquiere relevancia el caso neuquino. Las dimensiones y las fases descubiertas en “el sur del Sur” podrían servir como insumo para llevar adelante lo que Roy define como un “esencialismo estratégico”, permitiendo “un pensamiento y una epistemología más dinámicos” (2009 [2012]: 175). El desafío no reside, entonces, en ver en qué medida otras aglomeraciones se ajustan o distancian de lo visualizado en Neuquén. De lo que se trata es de hacer propia una actitud problematizadora que permita “trazar raíces y rutas más complejas”

(Roy, 2009 [2012]: 175), preparando el terreno para narrativas que tengan a la heterogeneidad como punto de partida.

Capítulo 3

Polanyi en la Patagonia.

La desigualdad durante la "gran transformación"

En pocas circunstancias se necesita de una menor presentación como es el caso del académico Karl Polanyi. Nacido en la Austria hacia finales del siglo XIX, justo cuando el imperialismo comenzaba su afiebrada carrera hacia la primera guerra mundial, este destacado cientista destinó el grueso de su vida académica a explorar los cambiantes –y no siempre lineales- vínculos entre sociedad y mercado. El resultado de sus reflexiones alrededor de esta cuestión quedó plasmado en la que a la postre sería su obra cumbre: *La gran transformación* (1991 [1944]). El núcleo duro de su propuesta podría resumirse en una frase en la que resuenan los ecos de una sólida formación socialista, pero también los de una férrea adhesión a los principios del social-cristianismo: la idea de un mercado autorregulado, buque insignia del liberalismo económico, no sería más que una utopía negativa. Eso debido a que el libre juego de la oferta y la demanda “no podría existir durante un cierto lapso de tiempo sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad” (1991 [1944]: 3). Y peor aún: si no se lo controla adecuadamente, no sería descabellado pensar en la posibilidad de que “destruyera físicamente al hombre [a seres humanos] y transformara su medio en un erial” (1991 [1944]: 3). En pocas palabras, cuando las propuestas pregonadas por Adam Smith se vuelven una política pública resulta esperable un trastorno que, al decir del propio Polanyi, “desgarra el tejido mismo de la sociedad” (1991 [1944]: 130).

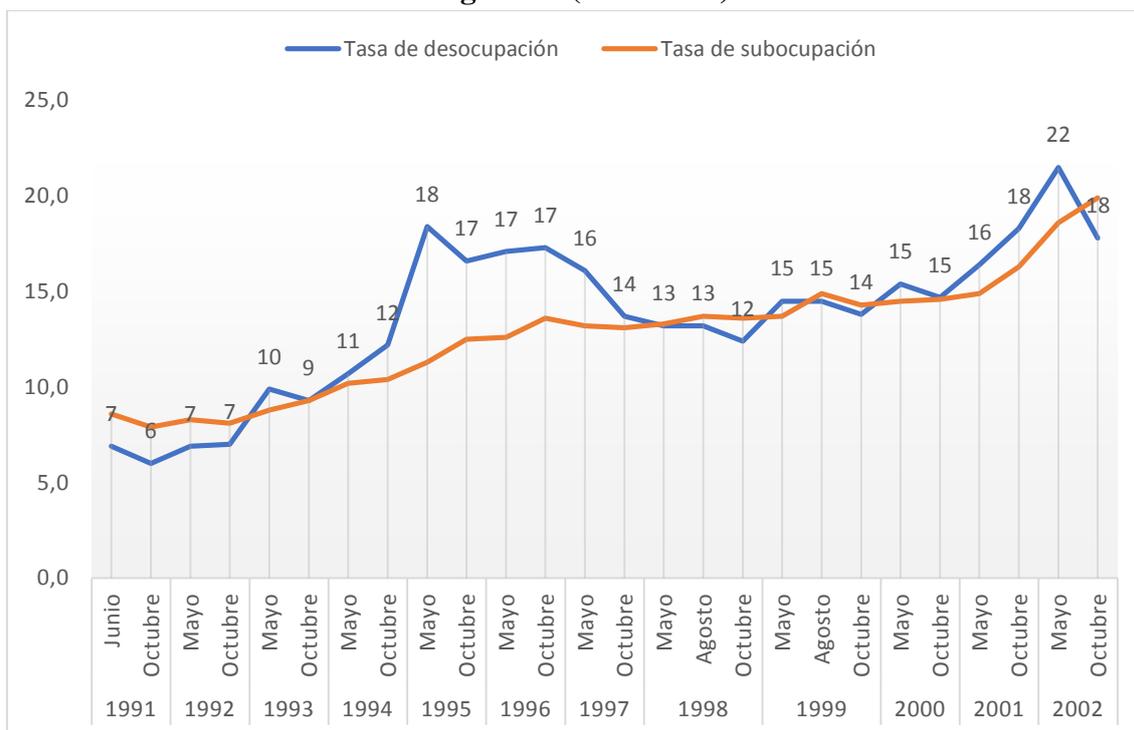
Con el presente capítulo pretendemos analizar la anatomía de ese movimiento telúrico que ocasionó el proceso de neoliberalización durante la década de 1990, poniendo el foco en un escenario urbano a todas luces periférico: Neuquén, en la Patagonia argentina. Aunque lejos de las preocupaciones del economista de origen austriaco, esa Inglaterra que había sido sacudida hasta sus cimientos con el proceso de industrialización, creemos que las coordenadas teóricas brindadas por Polanyi constituyen una guía válida para examinar los efectos que la subsunción a la lógica del mercado tuvo en el territorio. Este viraje, lejos de ser una necesidad histórica, no fue más que un proyecto político que, amén de beneficiar a sujetos locales que internacionalizaron sus actividades y de grupos económicos transnacionales que nacionalizaron sus operaciones, tuvo un impacto negativo en las condiciones de amplios sectores de la sociedad. Con la mira puesta en esta última cuestión, y con el auxilio de

una variada gama de recursos documentales, echaremos un vistazo a fenómenos tales como el desembarco del hiper-desempleo, la precarización laboral, la profundización de la pobreza, el incremento de la desigualdad social y el recrudecimiento de un cuadro de segregación residencial.

La gran transformación neoliberal en Argentina y en la provincia de Neuquén

Comencemos este recorrido con una breve mención a la “gran transformación” en tierras argentinas. Aunque muchos de los cambios llevados adelante por el Proceso de Reorganización Nacional, entre 1976 y 1983, fueron inspirados en recetas ortodoxas, el mayor proceso de neoliberalización debió esperar a los años noventa. Solo con la llegada de Carlos Menem a la presidencia vemos la consolidación de lo que algunos autorxs denominaron modelo rentístico financiero o, lo que es igual, un régimen social de acumulación basado en la fijación del tipo de cambio, la desregulación financiera, las privatizaciones, la flexibilización del mercado laboral y la liberalización del comercio exterior (Bellini y Korol, 2012). En los tempranos noventa, este conjunto de políticas logró controlar la inflación y estimular un significativo crecimiento económico, pero (a largo plazo) dejó un saldo de desindustrialización y desproletarización. Ambos procesos, que fueron el resultado de la redefinición de las relaciones entre capital y trabajo, nos ayudan a entender el sostenido incremento del desempleo y del subempleo a nivel nacional. En 1991, la tasa de desocupación apenas superaba el 6% y la de subocupación estaba por debajo del 9% (Calcagno y Calcagno, 2004). Diez años después, ambos valores se habían disparado a 18% y 15% respectivamente (Casullo, 2005) (Gráfico 4).

Gráfico 4
Evolución de la desocupación y la subocupación.
Argentina (1991-2002)



Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH, INDEC.

Antes de analizar la “gran transformación” en Neuquén, conviene retroceder en el tiempo a fin de observar cuáles fueron las tendencias que se clausuraron con este proceso. A partir de los sesenta, y más decididamente en los ochenta, la joven provincia patagónica experimentó un tránsito hacia una modalidad de crecimiento basada en los beneficios derivados de la explotación de sus recursos energéticos (hidroelectricidad, petróleo y gas). Esta matriz económica pivoteó alrededor de un conjunto de empresas públicas que, de acuerdo a Ernesto Bohoslavsky, se imaginaban a sí mismas como “una garantía de la ocupación de la Patagonia y como traccionadoras de esfuerzos, subsidios y personas hacia tierras naturalmente hostiles a la llegada de inversiones y pobladores” (Bohoslavsky, 2008: 24). Junto a estas auténticas fuentes de energía y soberanía, no podemos dejar de mencionar el impacto que sobre la actividad económica tuvo la creciente presencia del Estado provincial, en especial en áreas hasta entonces descuidadas como la salud y la educación.⁷ Los fondos que comenzaron a ingresar en

⁷ En el caso de la salud, entre 1970 y 1980 las partidas destinadas al sistema provincial de salud se multiplicaron diez veces. En todo este periodo, el peso de los fondos girados a la Subsecretaría de Salud estuvo siempre por encima del 13% del presupuesto oficial, mostrando la centralidad que esta área tenía en el diseño estratégico provincial (Blanco *et al.*, 1999: 120). En el área educativa, los avances fueron

concepto de regalías por la explotación de hidrocarburos, pero también los llegados a través del Régimen de Coparticipación Federal, permitieron que la “mano visible” del Estado se extendiera sobre la superficie neuquina. Esta activa presencia oficial, que explica el enorme peso del sector terciario en la conformación del producto bruto geográfico,⁸ fue la base material sobre la que se sostuvo la duradera hegemonía del Movimiento Popular Neuquino, un partido provincial que, desde 1963, ganó cada una de las elecciones en las que se disputaba la gobernación. Sobre las causas de esta sólida *performance* electoral, las palabras de Demetrio Taranda nos siguen pareciendo válidas:

La intensa presencia material de tener asegurado trabajo, vivienda, educación y salud, siempre al amparo del Movimiento Popular Neuquino, se internalizó en la conciencia de amplios sectores de la sociedad, posibilitando al partido provincial alcanzar, a mediados de la década de 1970, una posición política dominante (2005: 14)

La década de los noventa rompió con las reglas básicas que habían posibilitado la reproducción exitosa de esta estrategia de crecimiento. La nueva legislación sobre el destino de los fondos federales, nacida con el menemismo, volvió inestables los ingresos provinciales.⁹ Simultáneamente, y bajo los efectos de vaivenes en el mercado internacional del petróleo, los fondos en concepto de regalías disminuyeron de forma notoria. Esta situación adquirió ribetes dramáticos cuando, con la privatización de las empresas a cargo de los recursos naturales, se trazaron las líneas maestras de una nueva matriz económica. La desregulación de la actividad extractiva y una estrategia que privilegiaba la salida exportadora de los recursos multiplicaron la producción de petróleo y gas, pero los beneficios de la actividad no se volcaron en el territorio provincial (Favaro y Vaccarisi, 2005). Esta situación, como no podía ser de otro modo, dejó su huella en materia de empleo: la reducida ocupación de mano de obra, que contrastaba con la elevada inversión en la producción, comenzó a convivir con una

igualmente significativos: mientras que a comienzos de los setenta la participación del sector en el presupuesto provincial rondaba el 8%, en 1985 esa proporción se ubicaba por encima del 20% (Blanco *et al.* 1999: 120).

⁸ El sector terciario experimentó, entre 1970 y 1985, un crecimiento sin antecedentes que lo llevaría a concentrar más de la mitad del PBG (Perren, 2012: 56-58).

⁹ Bajo la presidencia de Carlos Menem, hubo pactos que tuvieron cierta influencia en la asignación de recursos. En 1992 se establecieron fondos pre-coparticipables, que permiten a la Nación quedarse con un 15% de la masa de recursos antes de la distribución primaria, para asignarlos discrecionalmente. Paralelamente, a las provincias se les garantizó un piso mínimo de recursos de la coparticipación, independiente de la recaudación. En 1993, el Pacto Federal para el Empleo, la Producción y el Crecimiento elevó el piso mínimo y dispuso que el excedente de recursos tuviese una proporción destinada a la cancelación de deudas y el financiamiento de la reforma del Estado (Patrucci, 2005: 4-5).

creciente pauperización del nivel de vida de amplios sectores de la población. Se trataba, en definitiva, de la quiebra de un estado interventor, planificador, distribucionista, que puso en jaque las bases sociales y económicas sobre las que se sostenía la provincia.

Utopías negativas hechas ciudad

Esta marea de cambios no podía dejar de afectar a la ciudad de Neuquén. Con un Estado provincial escaso de recursos y un conjunto de empresas públicas en franca retirada, la capital neuquina fue objeto de lo que Gabriel Kessler (1997) definió en términos de una “epidemia del desempleo”. El torbellino ocupacional de las décadas anteriores, ese que había convertido a Neuquén en uno de los centros urbanos más dinámicos de la Argentina (Perren, 2012: 10-11), se volvió un lejano recuerdo. De acuerdo a datos oficiales, la desocupación promedio de la ciudad prácticamente se duplicó entre 1991 y 1995: pasó de un 8% en 1990 a cerca de un 16% (Taranda y García 2001: 11). En la segunda parte de la década, merced a la aplicación de un subsidio para las personas desempleadas, los niveles de desocupación tendieron a estabilizarse, oscilando en una franja comprendida entre 11% y 12%. Finalmente, en el marco de la profunda depresión de la economía nacional que caracterizó la corta gestión de la Alianza, vemos un nuevo brote de una enfermedad que, por aquel entonces, no parecía tener remedio. En 2002, justo después de la caída del presidente Fernando De la Rúa, la capital neuquina alcanzó la mayor desocupación abierta de su historia: un quinto de la población económicamente activa no tenía empleo (Taranda 2005: 5) (Tabla 1).

Tabla 1

**Evolución del Desempleo
Argentina y Aglomerado Neuquén-Plottier (1995-2001)**

Año	Onda	Nación	Neuquén-Plottier
1995	Mayo	18,4	16,7
	Octubre	16,6	16,5
1996	Mayo	17,1	13,0
	Octubre	17,3	12,3
1997	Mayo	16,1	12,7
	Octubre	13,7	11,3
1998	Mayo	13,2	13,3
	Agosto	13,2	14,2
	Octubre	12,4	12,2
1999	Mayo	14,5	13,7
	Agosto	14,5	13,2
	Octubre	13,8	12,0
2000	Mayo	15,4	17,7
	Octubre	14,7	14,0
2001	Mayo	16,4	15,2
	Octubre	18,3	16,7

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Permanente de Hogares (EPH) – INDEC.

Claro que la epidemia no contagió a la sociedad neuquina en su conjunto y, menos aún, con la misma virulencia. Como bien ha señalado Javier Auyero, “contra el idioma nacional que enfatiza el carácter global, general y transitorio del desempleo, en los noventa ni se encuentra caprichosamente distribuido ni es un fenómeno de corta vida” (2001: 49). Al igual que en otros escenarios urbanos, el desempleo aquejó principalmente a la juventud: a lo largo de la década que nos interesa, la franja etaria comprendida entre los 15 y los 24 años duplicó la tasa de desocupación promedio, alcanzando picos cercanos al 30%. Otro sector que sufrió los efectos de la falta de trabajo fue el conformado por quienes se empleaban en la parte baja de la estructura ocupacional, sobre todo aquellxs que desempeñaban labores poco calificadas en el mundo de la construcción. Sobre este último, algunas cifras son suficientes para trazar un panorama bastante poco alentador: en 1983, el 16% de las personas ocupadas se desempeñaban en el sector; mientras que, quince años después, esa proporción apenas alcanzaba el 8% del total (Mases *et al.*, 2004). Como éste era un nicho claramente etnizado, la caída en desgracia de la construcción afectó con particular dureza a la población de origen chileno. De acuerdo a un relevamiento realizado hacia comienzos

del tercer milenio, Neuquén era la ciudad argentina que albergaba, en términos relativos, la mayor cantidad de trasandinxs con problemas de empleo (Burnett, 2006).

Tabla 2
Evolución del Producto Bruto Interno y Geográfico.
Argentina-Neuquén, 1993-2002 en millones de pesos de 1993

Año	PBI Argentina	Variación %	PBG Neuquén	Variación %	PBG/PBI (en %)
1993	236.505		3.177		1,3 %
1994	250.308	5,8 %	3.921	23,4 %	1,6 %
1995	243.186	-2,8 %	4.043	3,1 %	1,7 %
1996	256.626	5,5 %	4.178	3,3 %	1,6 %
1997	277.441	8,1 %	4.355	4,2 %	1,6 %
1998	288.123	3,9 %	4.620	6,1 %	1,6 %
1999	278.369	-3,4 %	4.624	0,1 %	1,7 %
2000	276.173	-0,8 %	4.584	-0,9 %	1,7 %
2001	263.997	-4,4 %	4.413	-3,7 %	1,7 %
2002	235.236	-10,9 %	4.018	-9,0 %	1,7 %

Fuente: Elaboración propia en base datos del INDEC.

No era más tranquilizadora la situación de quienes estaban ocupadxs. El deterioro del mercado de trabajo hizo que los puestos de calidad se convirtieran en algo más propio de una época que ya no existía. Ese “sueño distante”, usando los términos de Katherine Mc Fate (1996), parecía hacerse añicos frente a una realidad signada por la precariedad laboral. En esta área encontramos la prueba más palpable de la existencia de la “desconexión funcional” de la que habla Javier Auyero (2001: 47) para el caso del conurbano bonaerense. Pese a que la economía neuquina mostró tasas de crecimiento positivas,¹⁰ algo que la diferenciaba de su par nacional, prácticamente no se crearon puestos fijos y bien remunerados (Tabla 2). Por el contrario, lo que se observa, es el aumento en todas las categorías ocupacionales, de los empleos temporarios e inestables. Lo interesante de nuestro escenario es que, lejos de reducirse a la actividad privada, donde la flexibilización es un eufemismo que encubre situaciones de mayor explotación, los empleos de dudosa calidad se multiplicaron en el sector público. Un dato es suficiente para dar cuenta de esta desestabilización de lo que, hasta entonces, era sinónimo de estabilidad: entre 1998 y 2002, se duplicó el número de trabajadorxs

¹⁰ El Producto Bruto Geográfico provincial se incrementó en un 74% entre 1991 y 2001, pasando de \$2.532 millones en 1991 a \$4.413 millones en 2001 a valores constantes de 1993 (Domeett y Kopprio, 2007: 14).

públicxs contratados a término, sin ningún tipo de cobertura social y sindical (Taranda y Bonifacio, 2003).

No resulta sorprendente que la pobreza haya acompañado este avance acelerado de la desocupación y de la precariedad laboral. De hecho, una buena cantidad de trabajos, entre los cuales podemos destacar el clásico estudio de Miguel Murmis y Silvio Felman (1992), ha señalado la elevada correlación que existe entre estas variables. Con todo, y pese a ir de la mano, vale la pena hacer algunas distinciones que no hacen más que mostrar la complejidad del caso neuquino. En los noventa, la inercia de las políticas de bienestar, sobre todo las relacionadas con la vivienda y la educación, dificultó el despegue de la proporción de hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI); esto es, de aquellas unidades censales que exhibían situaciones de insuficiencia en variables censales vinculadas a la calidad de la vivienda, disponibilidad de servicios sanitarios, accesibilidad a la educación y ocupación de la persona jefa de hogar (Formiga, 2007). Eso no fue obstáculo para que se produjese una significativa caída del ingreso real medio familiar. Según las estimaciones realizadas por Agustín Salvia y Agustina Vera (2004), ese descenso para el escenario que nos interesa fue del orden del 19,2%: los 1133 pesos de 1991 se convirtieron en 915 en 2001 (Tabla 3). Este declive, que fue mucho más pronunciado que el registrado en el área metropolitana bonaerense, afectó con particular fuerza a quienes ocupaban una posición baja en la estructura social: el quintil de menores ingresos perdió, a lo largo de los noventa, un tercio de su capacidad adquisitiva (Gráfico 5). Dicho de una manera más sencilla, al calor de la “gran transformación neoliberal”, lxs pobres neuquinxs se volvieron aún más pobres.

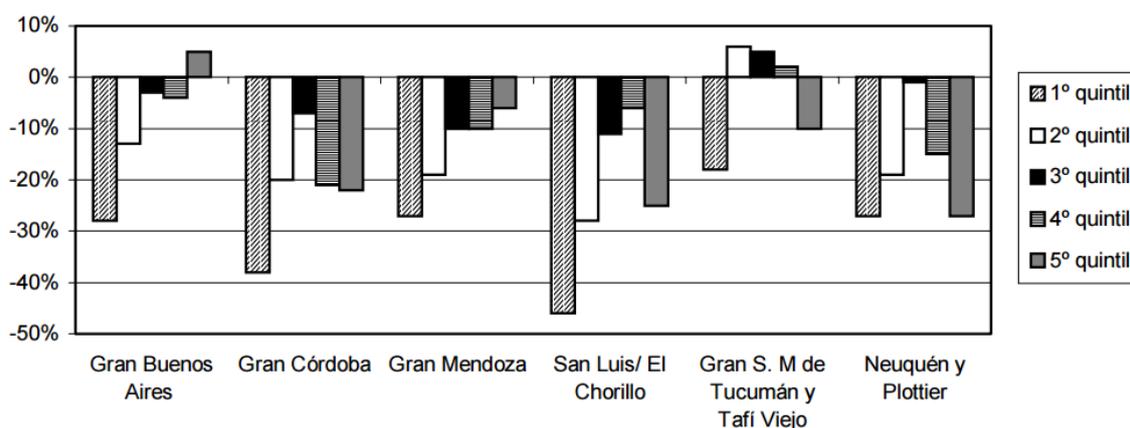
Tabla 3
Evolución del ingreso medio familiar: 1991-2001
Selección de Aglomerados, 1991-2001 (en pesos de octubre de 2001)

Año	Gran Buenos Aires	Gran Córdoba	Gran Mendoza	San Luis/El Chorillo	Gran Tucumán y T.V	Neuquén y Plottier	Total Urbano EPH
1991	1073	905	860	828	713	1133	1001
2001	1044	721	767	653	690	915	942
Var %	-2,7 %	-20,3 %	-10,8 %	-21,1 %	-3,2 %	-19,2 %	-5,9 %

Fuente: Salvia y Vera (2004: 222)

Como lo han demostrado numerosos estudios, desde los de Manuel Castells hasta los de David Harvey (Zanotti, 2014), la consecuencia necesaria del hiperdesempleo, de la precarización y de la profundización de la pobreza es el incremento de la desigualdad social. Neuquén, una ciudad en el sur del sur global, no estuvo al margen de esa tendencia mundial hacia la polarización social. Demetrio Taranda y José Luis Bonifacio (2003), en un trabajo de una riqueza empírica excepcional, nos brindan sobradas pruebas sobre la fuerte concentración de los ingresos que la capital provincial experimentó en la segunda mitad de los noventa, justo en el momento en el que el régimen de convertibilidad comenzaba a dibujar una parábola descendente. En 1998, el 40% más pobre concentraba apenas el 13% del ingreso (Taranda y Bonifacio 2003: 12-13). Cuatro años después, esa proporción se había reducido a un deslucido 11%. Exactamente lo contrario sucedió en la parte alta de la estructura social. En el mismo período, la porción del ingreso apropiada por el 40% más rico avanzó dos puntos (de un 72 a un 74%). Y esto, como no podía ser de otra forma, repercutió en el coeficiente de Gini, parámetro por excelencia para medir la desigualdad social, que alcanzó, en mayo de 2002, un significativo 0,46, su punto más alto en la historia reciente de la ciudad (Domeett y Kopprio, 2007: 15).

Gráfico 5
Variación del ingreso medio familiar por quintil de hogares.
Selección de aglomerados, 1991- 2001.



Fuente: Salvia y Vera, 2004: 223.

Por lo que aquí hemos explicado, algunas preguntas se vuelven obligatorias: ¿Qué impacto tuvieron estas transformaciones económicas en la producción de desigualdades

socioespaciales?, ¿Los niveles de segregación corrieron a la par del incremento de desigualdad social?

El fenómeno de la segregación en clave neoliberal.

Antes de responder estos interrogantes, y más allá de lo revisado en el Capítulo 2, vale la pena volver sobre el concepto de segregación residencial. En palabras de Jean Pierre Lévy y Jacques Brun, este concepto remite a “las formas de desigual distribución de grupos de población en el territorio” (2002: 147). De ahí que pueda ser pensado como una de las formas en que se expresa el proceso de diferenciación social o, lo que es igual, como una suerte de espacialización de la estructura social (Machado Barbosa, 2001). Si aplicáramos esta idea al ámbito urbano, alcanzaríamos una definición como la de Francisco Sabatini, Gonzalo Cáceres y Jorge Cerda, para quienes la segregación residencial es “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que éste se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicas, entre otras posibilidades” (2001: 27). Para el caso que nos ocupa, dejaremos de lado las primeras tres opciones y centraremos nuestra atención en el último de los aspectos considerados por los autores mencionados.

El estudio de la segregación residencial en la ciudad de Neuquén nos obliga a seleccionar una variable que permita visualizar las diferencias sociales que atravesaban a la capital neuquina hacia comienzos de la década de 1990. Alrededor de este punto, los datos disponibles presentan una primera dificultad. Lamentablemente, los censos nacionales de 1991 y 2001 no nos brindan información sobre el nivel de ingreso. De ahí que solo podamos acceder a las diferencias sociales de la población a través de un ejercicio de aproximación: en ausencia de información referida a la condición económica de la población, utilizaremos el máximo nivel de instrucción de la persona jefa de familia (MNI) como variable de segmentación socio-económica. Pese a que se trata de un paliativo, no podría decirse que constituye una decisión caprichosa. Lejos de eso, numerosos trabajos han abrazado esta opción metodológica y todos ellos parten de una idea común: existe una estrecha correlación entre la educación de la persona jefa de hogar y la probabilidad de obtener mayores ingresos familiares (Rodríguez, 2008; Groisman, 2010). Sobre esta interfaz volveremos en el próximo capítulo cuando describamos las dimensiones que hacen a la calidad de vida urbana.

Tabla 4
Ingreso medio nominal de acuerdo al Máximo Nivel de Instrucción de la persona jefa de hogar. Neuquén (1991-2001)

Nivel de Educación de la persona jefa de Hogar	Ingreso	
	1991 (pesos)	2001 (pesos)
Bajo. Sin instrucción o primario incompleto	327	384
Medio Bajo. Primario completo y secundario incompleto	529	504
Medio Alto. Secundario completo y superior incompleto	854	800
Alto. Superior y universitarios completos	1.349	1.239

Fuente: Elaboración propia en base a EPH 1991 y 2001 (Onda Octubre).

Veamos ahora cómo el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos volvió operativa la observación del MNI. Los censos de 1991 y 2001 nos proporcionan ocho categorías educativas que abarcan una gama de situaciones que van desde el analfabetismo hasta la titulación universitaria. Con el propósito de facilitar nuestra aproximación al fenómeno de la segregación, hemos reagrupado a las mismas en cuatro niveles: bajo, medio-bajo, medio-alto y alto. La Tabla 4 nos muestra la pertinencia de la elección de criterios educativos como forma de acceder al nivel socio-económico de la población neuquina. Para sostener este punto solo hace falta hacer referencia a algunos datos provistos por la Encuesta Permanente de Hogares para el aglomerado Neuquén-Plottier: el grupo de mayor nivel de instrucción tenía, hacia comienzos de los noventa, un ingreso familiar cuatro veces superior al del grupo de menor instrucción. Poco de este panorama se había modificado en la década siguiente: cuando el siglo XXI estaba dando sus primeros pasos, el estrato educacional menos aventajado ganaba, en promedio, un tercio de lo percibido por quienes estaban en la cúspide de la clasificación. Las diferencias entre los grupos intermedios no escapaban a una realidad surcada por las asimetrías: en 1991, quienes se ubicaban en el casillero “medio-alto” tenían un ingreso superior en más de una vez y media el ingreso de los situados en el “bajo”; mientras que la distancia entre lo percibido por los primeros y quienes estaban situados en el “medio-bajo” era del orden del 60%. Diez años después, esas proporciones se ubicaron en 108% y 58% respectivamente.

Para la medición de la segregación residencial emplearemos dos de los indicadores más frecuentemente utilizados en la literatura especializada: el índice de Segregación (IS) y el índice de Disimilitud (ID). Ambos presentan rasgos compartidos: toman como referencia al conjunto de la ciudad y se interpretan como la proporción de un grupo determinado que debería mudarse para lograr la desagregación total con respecto a otro. Un valor cercano a 100 nos indicaría que el grupo en cuestión no comparte las áreas residenciales con miembros del otro grupo (realidad de segregación) y uno próximo a cero nos avisa que la proporción de ambos grupos para cada una de las subdivisiones estudiadas es idéntica (realidad de integración). La diferencia entre uno y otro estriba en que, mientras que el IS mide la distribución de un grupo respecto del total de la población, el ID mide la distribución de dos grupos entre sí. Si tuviéramos que marcar las fortalezas que ambos poseen en relación a otros indicadores, no podríamos dejar de destacar dos ventajas: por un lado, como se trata de medidas de resumen, su lectura es fácil e intuitiva; mientras que, por el otro, su implementación no requiere de técnicas de georreferenciamiento (Rodríguez, 2008).

El cálculo del IS para el caso neuquino nos permite descubrir un primer aspecto significativo: los grupos menos homogéneamente distribuidos fueron aquellos que se ubicaban en los extremos de la grilla (Tabla 5). En 1991, cerca de un tercio de las personas jefas de hogar que presentaban los peores indicadores educativos debía cambiar su lugar de residencia para obtener una distribución homogénea en toda la ciudad. La segregación de quienes mostraban un MNI alto era aún más fuerte. Un IS de 49 nos habla de una población de una escasa mezcla habitacional entre la población de mayores ingresos y el resto de la sociedad neuquina (Tabla 5). Recordemos que, de acuerdo a diferentes autorxs (Moya, 2003), un IS de 30 sería el umbral a partir del cual podemos hablar de una situación de segregación. Luego de la aplicación de las recetas de corte neoliberal, la segregación protagonizada por quienes ocupaban la parte baja de la clasificación se incrementó un 10%; mientras que “por arriba” no apreciamos cambios significativos. Eso quiere decir que, en los diez años que median entre ambos censos, la localización de lxs “pobres” en el tablero urbano se volvió más desigual, lo cual podría leerse, tomando prestadas las ideas de Florencia Molinatti (2013), como la expresión de una mayor concentración de los mismos en algunos sectores de la ciudad.

Tabla 5
Índice de Segregación de acuerdo a Máximo Nivel de Instrucción de las personas jefas de Hogar. Neuquén (1991-2001)

Nivel de Educación de las personas jefas de Hogar	Índice de Segregación (IS)	
	1991	2001
Bajo	31	34
Medio Bajo	15	22
Medio Alto	26	25
Alto	49	48

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (1991 y 2001).

Los grupos que ocupaban los casilleros intermedios de la clasificación exhibieron índices de segregación que se situaban entre ambos extremos. De todos modos, detrás de esta afirmación, bastante general, por cierto, se ocultan dos aspectos que no podemos dejar de mencionar. El primero es que el grupo de MNI medio-alto mostraba un nivel de segregación cercano a la barrera que arriba señalamos, pero bastante estable en el tiempo: tanto en 1991 como en 2001, un cuarto de los hogares en donde la persona jefa de hogar había completado el nivel secundario, debía cambiar su lugar de residencia para alcanzar una absoluta integración (Tabla 5). En segundo término, el grupo compuesto por los hogares cuyo jefe mostraba un MNI medio-bajo estaba bastante mejor distribuido, aunque mostraba una tendencia hacia a una mayor segregación: en los diez años que nos interesan, su IS se deslizó de un modesto 15 a un mucho más significativo 25, lo cual nos pone frente a un incremento del orden del 40%. Cifras como estas nos permiten abonar aquella hipótesis, defendida por Fernando Groisman y María Eugenia Scofienza (2014), que sostenía que una distribución regresiva del ingreso tiene como consecuencia necesaria un incremento de las desigualdades espaciales al interior del espacio urbano.

Veamos qué sucede si, en lugar de calcular el IS, prestamos atención al segundo de los indicadores a partir de los cuales podemos aproximarnos a la desigualdad: el índice de disimilitud. Los resultados obtenidos permiten sumar a Neuquén a la abundante literatura dedicada al estudio de la segregación residencial socioeconómica. Al igual que

otros trabajos, la medición del ID pone de manifiesto la alta correspondencia que existe entre la distribución espacial de los grupos y las distancias socioeconómicas entre ellos. El ID alcanza valores más altos al calcularse entre grupos extremos y valores más bajos entre los grupos salteados y contiguos (Tabla 6). Para demostrar lo primero basta con mencionar una cifra: dos terceras partes de quienes integran el grupo de MNI bajo debían cambiar su lugar de residencia para obtener una igual distribución respecto del grupo de MNI alto en todas las áreas de la ciudad. Pero este dato nos dice poco si no observamos desde una perspectiva más amplia: en caso de utilizar los parámetros provistos por Camilo Arriagada Luco y Jorge Rodríguez Vignoli (2003) estamos en condiciones de sostener que ambos grupos mostraban entre sí una realidad de hipersegregación.

Tabla 6
Índice de Disimilitud de acuerdo a Máximo Nivel de Instrucción de la persona jefa de hogar. Neuquén (1991-2001)

Grupos	Relación	Índice de Disimilitud (ID)	
		1991	2001
Bajo/Alto	Extremo	66	65
Bajo/Medio-Alto	Salteado	44	46
Alto/Medio-Bajo	Salteado	52	54
Alto/Medio-Alto	Contiguo	29	28
Bajo/Medio-Bajo	Contiguo	21	20
Medio-Bajo/Medio-Alto	Contiguo	27	30

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (1991 y 2001).

Concentremos ahora nuestra atención en el nivel de segregación existente entre los grupos que no se encontraban en los extremos de la clasificación. En este sentido, las observaciones que realizamos en relación a los grupos salteados se encuentran en el rango de lo esperable: el ID desciende si, en lugar de medir los extremos de la clasificación, nos ocupamos de aquellos que se encontraban a un casillero socioeconómico de distancia. De todos modos, la mezcla habitacional entre cada uno de ellos fue muy escasa a lo largo de los noventa, mostrando una clara tendencia hacia una profundización de la segregación. Los datos que surgen de procesar la información suministrada por los censos de 1991 y 2001 son elocuentes al respecto. Hacia comienzos de la década, el ID entre los grupos de MNI bajo y medio-alto era del orden

del 44%; mientras que entre medio bajo y alto alcanza el 52%. Diez años después, cuando el régimen de convertibilidad estaba llegando a su fin, esos valores se incrementaron hasta llegar a 46 y 54 respectivamente. Dicho de una forma más sencilla, cerca de la mitad de quienes conformaban estos grupos debían mudarse para lograr una distribución uniforme al interior de la ciudad. La “dualización” del mercado laboral tenía, entonces, un claro correlato espacial: la mayor distancia entre los grupos salteados, pero también la creciente brecha entre quienes ocupaban en casillero medio-bajo y medio-alto, es la prueba más palpable de ello.

Recapitulando (Parte 3)

Luego de esta revisión de algunos indicadores socioeconómicos del Neuquén de los noventa, no podemos más que confirmar los dichos de Polanyi: el *laissez faire*, llevado a su paroxismo por una combinación de políticas nacionales y subnacionales, fue la piedra de toque de una creciente brecha entre sociedad y mercado. El incremento de la desocupación, la emergencia de una situación de precariedad laboral, el derrame de la pobreza y el despegue de los niveles de desigualdad constituyen pruebas irrefutables sobre el impacto negativo que la implementación del recetario neoliberal tuvo en la sociedad neuquina. Tomando prestadas algunas ideas de Polanyi, no sería erróneo si afirmáramos que la economía de mercado constituye un artificio social que, lejos de responder a una especie de destino manifiesto, constituye una “apuesta ideológica, axiológica y política radicalmente diferente a las formas anteriores en que los grupos humanos habían organizado e integrado los recursos materiales y su sustento” (Lahera Sánchez, 1999: 27). Para el caso de Neuquén, la “gran transformación” se hizo a expensas de una matriz estado-céntrica que, aunque con dificultades para dar un salto adelante en materia industrial y con bolsones de pobreza muy difíciles de ocultar, había alcanzado, a mediados de los ochenta, una situación cercana al pleno empleo y una amplia cobertura social que convirtió a la capital provincial en un polo de atracción poblacional.

Por más que el aporte de Polanyi puede ser leído en términos de una aguda crítica a la economía capitalista, no podríamos imaginarla solo como un manifiesto apocalíptico. Nada más lejos de la verdad. Junto a su esfuerzo por señalar las aporías de la sociedad contemporánea, el economista austríaco postuló la necesidad de que la sociedad diseñara, no siempre de forma sistemática, medidas para protegerse. Es lo que, anticipando en más de un sentido a Manuel Castells, Polanyi definió en términos de un

doble movimiento: la ampliación cada vez mayor de los principios del libre mercado generaba un “contra-movimiento de regulación social encaminado a proteger la sociedad” (Munck, 2008: 14). El estudio de esta última faceta constituye una frontera abierta para los estudios urbanos norpatagónicos. Si bien son abundantes los trabajos que han mejorado nuestro conocimiento de las acciones colectivas llevadas adelante por diversos actorxs sociales, desde desocupadxs hasta docentes (Taranda *et al.*, 2003; Petrucelli 2005; Aizicson 2005; Camino Vela *et al.*, 2007), todavía no han sido estudiadas en toda su complejidad aquellas “redes de resolución de problemas” nacidas en los espacios de relegación en los tiempos de la “gran transformación” y, menos aún, las formas de inscripción territorial que emergieron al calor de las mismas. Un abordaje en detalle de ambos aspectos no solo nos permitiría aproximarnos a la cotidianidad de la “gente común” en los largos valles situados entre los picos de protesta social, sino también nos brindaría indicios sobre la puesta en marcha de distintos repertorios, no necesariamente contenciosos, que apuntaron a mejorar la situación relativa de quienes estaban “abajo” en esa red de redes que -por comodidad- llamamos sociedad.

Algunos de estos tópicos serán examinados en el último capítulo de la obra cuando, a partir de una mirada relacional, daremos cuenta de las percepciones en torno al territorio que tiene algunxs de lxs actorxs involucradxs en el proceso de neoliberalización. Pero antes de instrumentar una mirada al ras del piso, conviene detenernos en la división social del espacio a lo largo de la década de 1990. Los próximos dos capítulos están dedicados a este objetivo y esperamos que la operacionalización de un índice multidimensional de calidad de vida colabore a tal fin.

Capítulo 4

El rompecabezas urbano

Calidad de vida y territorio en la década de 1990

A mediados de 2000, cuando el siglo XX comenzaba a quedar atrás, Guillermina Fernández y Aldo Guzmán Ramos (2000) publicaban un breve artículo en una destacada revista académica catalana. En un puñado de páginas trazaron un balance del naciente campo dedicado al estudio de la calidad de vida en la Argentina. Luego de realizar un exhaustivo *racconto* de la producción académica ligada a esta problemática, desde los debates teóricos hasta todo aquello relacionado con la política pública, Fernández y Guzmán Ramos señalaron la necesidad de “promover el intercambio de experiencias entre Universidades, Centros de Investigación, Organismos públicos y privados que desarrollen trabajos sobre Calidad de Vida Urbana en relación con las ciudades intermedias” (2000: 3). Ese objetivo, que parecía solo una expresión de deseos a comienzos de la pasada década, se convirtió en un dato de la realidad algunos años después. En 2008, Guillermo Velázquez, en su *Geografía y Bienestar*, dedicó un capítulo al estado del conocimiento en un área que había tomado distancia de sus humildes inicios. En esa sección, el reconocido geógrafo destacaba cómo se habían “desarrollado estudios sobre la calidad de vida, referidos a situaciones de regiones, de provincias, ciudades, áreas rurales o escalas más puntuales” (Velázquez, 2008: 28-29). En una enumeración que sería imposible de reproducir en pocas líneas, Velázquez hablaba de un sólido corpus de trabajos que había posado su mirada en aglomeraciones de tamaño intermedio, entre las que distinguía por su relevancia Tandil, Mar del Plata, Mendoza, La Plata, Bahía Blanca y Tucumán.

Pese a este innegable avance, que permitió descentrar el estudio de la calidad de vida urbana, debemos reconocer la existencia de una más que evidente asimetría: la abundancia de estudios sobre las ciudades intermedias tradicionales contrasta con la escasez de trabajos abocados a las nuevas ciudades intermedias, especialmente aquellas localizadas en áreas periféricas de la Argentina. De ahí la importancia de detenernos Neuquén, en la Norpatagonia, uno de los escenarios urbanos de mayor crecimiento relativo a lo largo del siglo XX, pero también donde el proceso de neoliberalización dejó su indeleble estela en los años noventa. Con esas coordenadas temporales y espaciales en mente, nos interesa defender dos tesis que, por supuesto, tienen más de un punto de contacto. La primera de ellas podría sintetizarse de la siguiente manera: la subsunción

del territorio a la lógica de mercado implicó un retroceso en materia de bienestar que afectó al conjunto urbano. La segunda afirmación, aunque se desprende de la anterior, conlleva un esfuerzo por reducir la escala de observación: el fenómeno que acabamos de señalar afectó de modo diferencial a las distintas piezas que daban forma al Neuquén de los noventa, intensificando un cuadro de desigualdad socioespacial cuyo síntoma más evidente es la creciente dispersión de los valores obtenidos en las distintas dimensiones que componen la calidad de vida. Para dar contenido a estos supuestos, y a fin de reflejar en el espacio lo que las fuentes censales ponen en evidencia, hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de sistemas de información geográfica (en particular, el programa QGIS 2.6.1).

Hacia la construcción de un índice de calidad de vida para ciudades intermedias

Luego de describir el concepto de calidad de vida en el capítulo 1, sondear sobre las desigualdades urbanas en el siglo XX en el capítulo 2 y de dar cuenta del proceso de neoliberalización en el capítulo 3, estamos en condiciones de avanzar por la senda de lo metodológico. Una primera cuestión a resolver es aquella que concierne a la unidad de análisis que adoptaremos para explorar la calidad de vida en la ciudad de Neuquén. Para poder sondear este fenómeno a escala intraurbana, y tal como adelantamos en la introducción, utilizaremos información a escala de radio censal que constituye, para 1991 y 2001, el máximo nivel de desagregación suministrada por los instrumentos estadísticos disponibles. Solo de esta manera podremos apreciar de forma simultánea las dimensiones pública y privada que hacen a un abordaje complejo de la calidad de vida: si la primera se encuentra referida “a aspectos macro, ligados a cuestiones ambientales, de infraestructura colectiva y accesibilidad” (Velázquez *et al.*, 2014: 13); la segunda depende de indicadores micro, “asociados con el nivel de ingresos, la composición del grupo familiar o el nivel de instrucción” (Velázquez, 2005: 71).

Explorar las desigualdades a través de unidades espaciales que albergan un promedio de un millar de habitantes, aunque nos permite descubrir una gama de matices que resultan inaccesibles a escalas mayores, no deja de presentar dificultades, máxime cuando se trata de divisiones artificiales que solo tienen existencia en el marco de los operativos censales. Precisamente para morigerar los efectos de lo que Hubert Blalock (1964) llamó el “problema de la unidad espacial modificable” es que también utilizaremos recortes territoriales basados en la idea de barrio. Después de todo, y

tomando prestada una expresión de un grupo de geógrafxs especializadxs en el estudio de la calidad de vida, aquella constituye “un espacio contenedor de significaciones, elaboradas históricamente, que permite la interacción de los habitantes más allá de su dimensión privada, proporcionando una referencia fundamental en pos de un reconocimiento socio-comunitario que resiste la fugacidad propia de la vida actual” (Lucero *et al.*, 2007: 116).

Más allá de estas precisiones en relación a la escala que emplearemos en el presente estudio, no podemos dejar de mencionar lo inacabada que es aún la tarea de elaborar un índice sintético que permita aproximarnos a la calidad de vida en la ciudad de Neuquén. Claro que esto no es un problema que solo atañe a la Patagonia. Por el contrario, como bien ha señalado Velázquez,

la formulación de un índice de calidad de vida con cierta pretensión de generalización o universalización no es aún cuestión que se halle totalmente resuelta, pues depende de numerosos factores tales como procesos históricos, escala de valores de la sociedad, expectativas, vivencias individuales y colectivas, dimensiones privadas, escala de análisis y su ajuste con la información disponible (2008: 577-578).

Por este motivo, y para lograr cierto grado de comparabilidad entre distintas ciudades del tamaño de Neuquén, hemos decidido seguir el rastro dejado por múltiples investigaciones argentinas que han prestado atención a la dimensión socioeconómica del fenómeno, especialmente a variables de corte educativo, sanitario y habitacional, pero también a cuestiones más ligadas a lo ambiental. El punto de llegada de este ejercicio en el que procuramos dar cuenta de las múltiples aristas que se conjugan en la idea de calidad de vida puede observarse en la Tabla 7.

Tabla 7
Calidad de vida: dimensiones e indicadores

Dimensión Socioeconómica		
<u>Educación</u> <ul style="list-style-type: none"> • % de las personas jefas de hogar que no alcanzaron a concluir los estudios primarios • % de las personas jefas de hogar que completaron su paso por la educación superior 	<u>Salud</u> <ul style="list-style-type: none"> • % de población que no posee obra social o cobertura médica-asistencial • % de la población con dificultades para acceder al agua 	<u>Vivienda</u> <ul style="list-style-type: none"> • % de la población que reside en viviendas que carecen de inodoro de uso exclusivo • % de hogares que presentan más de dos personas por cuarto
Dimensión ambiental		
<ul style="list-style-type: none"> • % población afectada por riesgo de inundación • % población afectada por riesgo asociado al frente de barda 		

Fuente: Elaboración propia

En el casillero educativo hemos optado por incluir dos variables: el porcentaje de las personas jefas de hogar que no alcanzaron a concluir los estudios primarios y el que corresponde a quienes completaron su paso por la educación superior. La elección del máximo grado de formación alcanzado por la persona jefa de hogar se ha realizado partiendo de la idea que constituye un indicador indirecto de nivel ocupacional (Perren, 2014). El supuesto que atraviesa podría resumirse de la siguiente manera: quienes no habían terminado el primario tenían, hacia comienzos del siglo XXI, menores posibilidades de obtener un empleo bien remunerado y ubicado en la parte formal de la economía; mientras que lxs que habían culminado el nivel terciario o universitario no sólo tenían mayores posibilidades de alcanzar los mejores trabajos, sino también de sortear exitosamente los momentos de crisis. Pero no podríamos pensar la relación entre instrucción y pobreza en términos unilaterales. Como bien señala Carlos Arriagada Luco (2000), los vínculos entre ambos aspectos funcionan en un doble sentido: por un lado, un bajo nivel de instrucción genera pobreza, pero, al mismo tiempo, la situación de pobreza aparece como un limitante a la hora de adquirir capital educativo, con lo que aquella se reproduce de manera inter-generacional.

En materia sanitaria, nuestra selección no es muy diferente a la de otrxs especialistas en la materia: por un lado, atenderemos al porcentaje de población que no posee obra social o cobertura médica-asistencial; mientras que, por el otro, a la proporción de población con dificultades para acceder al agua. Son dos las razones que nos impulsaron a tomar esta decisión. En principio, ambas variables nos hablan de lo que distintxs autorxs han dado en llamar inequidades en salud, que son las

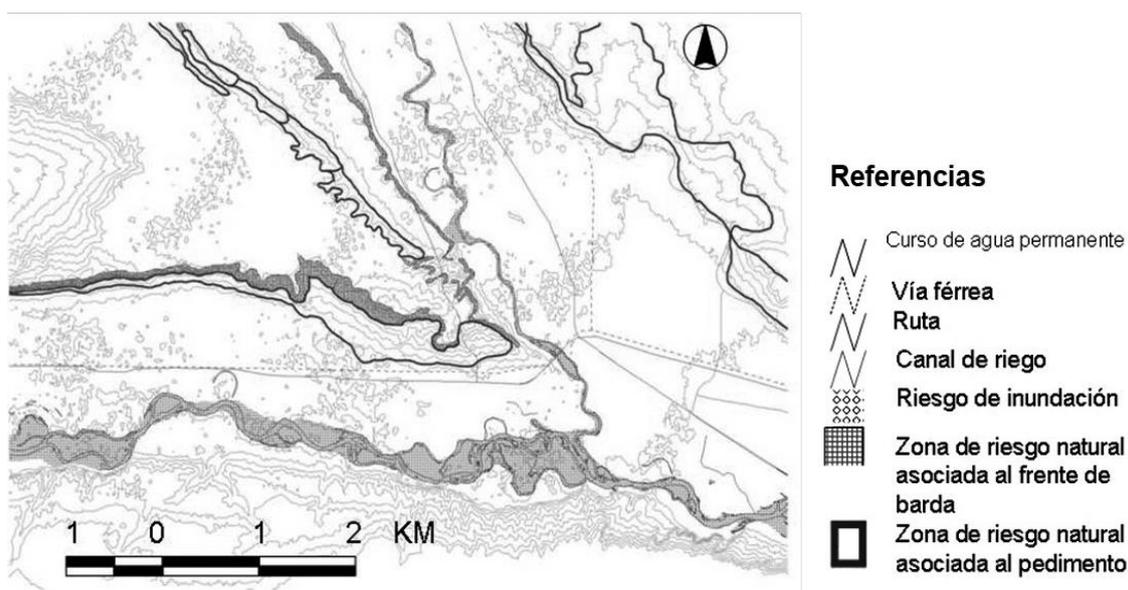
diferencias que son innecesarias y evitables, pero que, además, también se consideran injustas. Por lo tanto, con el fin de describir una determinada situación como injusta, la causa tiene que ser examinada y juzgada como injusta en el contexto de lo que está pasando en el resto de la sociedad (Whitehead, 2000: 5)

Después de todo, la calidad de vida de las personas tiene una íntima relación con el acceso a recursos, tanto monetarios como no monetarios, que permiten la prevención y el tratamiento de distintos tipos de enfermedades. Como plantea Sen, “lo que es particularmente grave como injusticia es que algunos [algunxs] pueden no tener la oportunidad de alcanzar una buena salud debido a acuerdos sociales, y no a una decisión personal de no preocuparse por su salud” (2002: 302). Pero no solo se trata de una aproximación a las relaciones, no siempre lineales, entre salud y enfermedad. Junto a ello, el segundo de los indicadores hará las veces de mirilla desde donde podremos acceder a ese amplio “precariado” que reforzó su presencia en los años noventa (Wacquant, 2009). Eso debido a que la falta de cobertura social constituye un indicio cierto sobre situaciones de ingreso bajo y/o de informalidad laboral.

En la dimensión que corresponde a vivienda y equipamiento hemos incluido dos variables: el porcentaje de la población que reside en viviendas que carecen de inodoro de uso exclusivo y el que hace a la proporción de hogares que presentan más de dos personas por cuarto. El primero de los atributos nos proporciona pistas sobre lo que Javier Auyero y Agustín Lara de Burbano (2015) denominaron “destitución infraestructural” o, en términos de Velázquez, “pone en evidencia el déficit de equipamiento de las viviendas” (2008: 581). Esto último se debe a que, a diferencia de otros servicios como el alcantarillado o la provisión del agua, la falta de retrete es independiente de la localización de la vivienda en relación a una determinada red, permitiendo que accedamos a la dimensión privada de la calidad de vida. La segunda variable que incluimos en el presente catálogo, además de brindarnos información sobre el grado de hacinamiento de la población, constituye una forma indirecta de medir los

problemas de acceso a la vivienda. Lo interesante del caso es que, tomando distancia de la clasificación censal que habla de situaciones de pobreza, cuando se registran tres personas residiendo en un mismo cuarto, hemos optado por disminuir ese umbral a dos personas, siguiendo las atinadas observaciones de Velázquez (2004: 181).

Mapa 6
Zonas de alto riesgo de la ciudad de Neuquén



Fuente: Pérez, 2010.

Por último, sumamos al índice de calidad de vida variables que se relacionan con lo ambiental. Sobre esta última dimensión, nos interesa especialmente prestar atención a lo que, a falta de un nombre, podríamos denominar “riesgo natural”. Siguiendo a Juan Celemín, un especialista en lo que al estudio de la calidad de vida se trata, tal idea remite a la “mayor o menor probabilidad de exceder un valor específico de consecuencias sociales o económicas en un sitio particular y en un tiempo determinado debido a la actividad de un proceso natural” (2007: 84). De esta definición se desprenden dos aspectos que, sin duda, impactan en los niveles de bienestar de la población: la amenaza y la vulnerabilidad, siempre considerando que entre procesos naturales y sociales existe una ineluctable vinculación. Sin ánimos de ser exhaustivos, podríamos decir que el hecho de incorporar la dimensión ambiental nos permite identificar, clasificar y valorar las áreas potencialmente afectables de un territorio. En ese sentido, hemos descartado variables que, aunque ampliamente utilizadas en estudios a gran escala, pierden capacidad explicativa para identificar las desigualdades socioespaciales intraurbanas (por caso: sismicidad, vulcanismo o afectación de tornados). Y

por las particularidades de la ciudad de Neuquén, una aglomeración ubicada en la confluencia de dos grandes ríos y enclavada en el borde de una meseta, hemos sumado a nuestro catálogo dos indicadores: población afectada por riesgo de inundación y la que se asocia al frente de barda (Pérez, 2010).

Tabla 8
Dimensiones y variables de la Calidad de Vida (ponderaciones)

Dimensión	Indicador	Peso parcial (%)	Peso Total (%)
Educación	• % de las personas jefas de hogar que no alcanzaron a concluir los estudios primarios	20	30
	• % de las personas jefas de hogar que completaron su paso por la educación superior	10	
Salud	• % de población que no posee obra social o cobertura médica-asistencial	15	30
	• % de la población con dificultades para acceder al agua	15	
Vivienda	• % de la población que reside en viviendas que carecen de inodoro de uso exclusivo	15	30
	• % de hogares que presentan más de dos personas por cuarto	15	
Ambiental	• % población afectada por riesgo de inundación	0,5	10
	• % población afectada por riesgo asociado al frente de barda	0,5	
Totales			100

Fuente: Elaboración propia.

Para alcanzar nuestro objetivo de apreciar la calidad de vida en la ciudad de Neuquén, debemos condensar en un índice sintético la información para cada una de las variables seleccionadas. Con ese propósito, primero resulta esencial proceder a una estandarización de las variables que dé como resultado un conjunto de puntuaciones en las diferentes unidades espaciales de media 0 y desviación estándar 1. Luego, se debe

asignar un peso a cada variable con relación a las demás o, lo que es igual, es preciso dotarla de un coeficiente de ponderación, que en este caso sería de características múltiples (Leva, 2005: 72). En el presente estudio, y a los fines de ganar en comparabilidad, tomaremos en consideración la abundante literatura disponible que ha abordado la contribución relativa de cada variable a la calidad general de vida (Mesaros y Velázquez, 2015). En términos concretos, haremos propia una fórmula que asigna un 90% del peso explicativo a las variables que incluimos en la dimensión socio-económica y el 10% restante a la dimensión ambiental, aunque al interior de las mismas la distribución entre los indicadores no sea precisamente igualitaria. En la Tabla 8 se muestra cuáles fueron las ponderaciones utilizadas para construir los índices, expresadas en porcentajes. Finalmente, el índice de calidad de vida (ICV) deriva de la sumatoria de los valores índice de cada variable, ponderados de acuerdo al peso relativo estipulado. El resultado final del procedimiento es un valor teórico que oscila en un rango comprendido entre 0 (baja calidad de vida) y 100 (alta calidad de vida), ya sea para cada uno de los radios censales como para el conjunto de la ciudad.

La calidad de vida en Neuquén durante los noventa

Cubiertos los aspectos metodológicos de la investigación, podemos explorar el desempeño de la ciudad de Neuquén en materia de calidad de vida. Al respecto, solo basta echar un vistazo a la Tabla 9 para darnos cuenta de la huella dejada por el proceso de neoliberalización en los niveles de bienestar de la población. Entre 1991 y 2001, el ICV experimentó una caída del orden del 5%: en solo diez años, ese indicador transitó de una cifra cercana 71 a otra apenas superior 68. Tal descenso se explica, en buena medida, por el declive de indicadores ligados a las dimensiones educativa (*% de la población con nivel de instrucción bajo*), sanitaria (*% de la población sin cobertura sanitaria*), vivienda (*% de hogares que residen en viviendas con baño exclusivo*). Por su parte, las variables más relacionadas con lo medioambiental, como era de esperar, mostraron un comportamiento mucho más estable en el tiempo, sufriendo leves modificaciones en función de la creación de nuevos radios censales. Cifras como estas parecieran darle razón a Karl Polanyi cuando afirmaba que “la acción deletérea del mercado” era acompañado de un trastorno que “desgarra el tejido mismo de la sociedad”, impactando negativamente en las condiciones de vida de la “gente común” (1991 [1944]: 82).

Tabla 9
ICV. Neuquén (1991-2001)

Dimensión	Indicador	Año	
		1991	2001
Educación	% Nivel de Instrucción Bajo	79	69
	% Nivel de Instrucción Alto	22	23
Salud	% Sin Cobertura Salud	63	49
	% Hogares con agua fuera de la vivienda	90	92
Vivienda	% más de 2 personas por cuarto	69	89
	% Hogares con baño exclusivo	97	83
Ambiental	Riesgo Frente de Barda	90	85
	Riesgo de Inundación	99	98
ICV Global		71	68
Coefficiente de Variación		0,17	0,21

Fuente: Elaboración propia en INDEC (1991 y 2001).

Claro que este comportamiento del ICV en la ciudad de Neuquén nos dice poco si no lo comparamos con lo sucedido en otros escenarios urbanos de la Argentina. Tomando como referencia un estudio en el que Velázquez (2008: 432) explora los vínculos entre calidad de vida y tamaño de la aglomeración, podemos afirmar que la capital neuquina estuvo levemente por encima de la media de las urbes de tamaño intermedio, tanto para el Censo Nacional de 1991 como para el que corresponde a 2001. Estos guarismos, aunque deban ser tomados con extrema cautela, nos hablan de la inercia de las políticas de bienestar aplicadas en la provincia de Neuquén en las décadas de 1970 y 1980. Un panorama muy diferente emerge si, en lugar de trabajar sobre medias, nos detenemos algunos casos puntuales. Belén Prieto (2009), en su aproximación a la calidad de vida en Bahía Blanca, distingue en el periodo intercensal 91-01 un descenso del ICV de la magnitud del registrado en Neuquén, aunque partiendo de una base más baja; mientras que el equipo liderado por Riviere apunta una caída de los valores registrados en el mismo indicador para el partido en el que se ubica Mar del Plata (77 a 74) (Riviere *et al.*, 2005). Algo similar podemos observar si concentramos nuestra atención en la ciudad de Olavarría (Subsecretaría de Indicadores Locales, 2012). A pesar de que no

tenemos cifras de 1991, los datos de 2001 son suficientes para percibir una mayor calidad de vida en relación a Neuquén, algo que resulta consistente con el pionero estudio de David Howell (1989) que señalaba que las ciudades intermedias ubicadas en el corazón de la provincia de Buenos Aires poseían menores contrastes socio-espaciales que las áreas urbanas de crecimiento explosivo.

Si posamos nuestra mirada en el área metropolitana de Buenos Aires, las diferencias se multiplican sin remedio. El trabajo de Sebastián Gómez Lende (2005) sobre la aglomeración primada de la Argentina no deja dudas al respecto. Desde la mirada de este renombrado geógrafo, la “modernidad agresiva”, eufemismo que usa para referirse al proceso de neoliberalización, generó dos efectos que *a priori* pueden parecer contradictorios: entre 1991 y 2001, por el arrastre de los partidos “ricos”, el ICV registró una tendencia levemente alcista, pero, al mismo tiempo, se potenció un proceso de fragmentación entre las unidades espaciales que daban forma al Gran Buenos Aires. A los fines de nuestra investigación, resulta suficiente decir que, independiente de la ronda censal, la calidad de vida metropolitana fue sustancialmente inferior a la registrada en la ciudad de Neuquén. Para comprender esta brecha en toda su dimensión nos parecen válidos los argumentos esgrimidos por Guillermo Velázquez y Santiago Linares (2014). En un reciente artículo, ambos autores sostuvieron que “el tamaño de la aglomeración tiene inicialmente efectos positivos al establecer un umbral de mercado que hace posible la aparición de nuevos paquetes de funciones urbanas”, pero cuando esa línea es alcanzada es probable que aparezcan los “problemas típicos de las deseconomías (incremento de los valores inmobiliarios, costo prohibitivo para el suministro de los bienes esenciales como el agua potable, o el costo y el tiempo de transporte) y externalidades negativas (violencia urbana y problemas ambientales)” (Velázquez y Linares, 2014: 62). En pocas palabras, y simplificando la cuestión al extremo, la relación entre tamaño y funciones urbanas no es lineal, sino una curva logística.

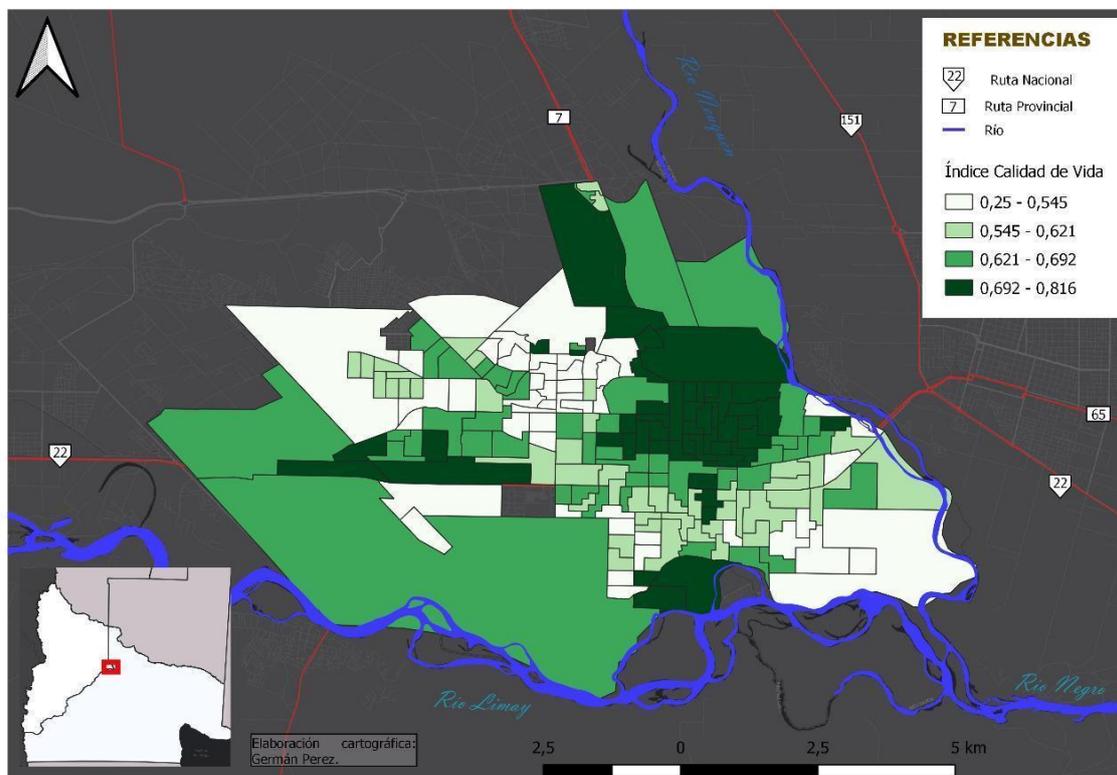
Comprobada la primera hipótesis que barajamos, aquella vinculada con la caída de la calidad de vida de la población, resta ahora saber a ciencia cierta si la “gran transformación” neoliberal puso en marcha un proceso de fragmentación de la estructura espacial neuquina. Una buena forma de acceder a este fenómeno es a partir del cálculo del coeficiente de variación que expresa la desviación estándar como porcentaje de la media aritmética. La principal ventaja de este indicador es su fácil

lectura; una que groseramente podría sintetizarse de la siguiente manera: a mayor valor del coeficiente de variación mayor sería la heterogeneidad de los valores de la variable, mientras que un menor coeficiente de variación marcaría una mayor homogeneidad en los valores de la misma variable. En caso de aplicar este coeficiente para la calidad de vida a nivel de radio censal veríamos un claro proceso de diferenciación espacial que tuvo a la ciudad de Neuquén como *locus* privilegiado: en los diez años que ocupa nuestra investigación el coeficiente de variación se incrementó por encima del 23%, transitando de 0,17 a 0,21 (Tabla 3). Tal como Sebastián Gómez Lende distingue para el caso del conurbano bonaerense, con el proceso de neoliberalización el mosaico urbano neuquino se “tornó imperio de la fragmentación, manifestación inequívoca de un desarrollo desigual” (2005: 750-751). O, en palabras de Luis Cabrales Baraja, estamos en presencia de países que abren sus economías y ciudades que cierran su estructura (2002).

Aunque relevantes en el estudio de la calidad de vida, las medidas resumen, como el ICV global o el Coeficiente de Variación, presentan un inocultable problema: con su concurso podemos saber a ciencia cierta la performance de la ciudad en materia de bienestar, pero nos resulta imposible conocer aquellas áreas que mostraron un mayor o peor desempeño en tal rubro. De ahí la importancia de representar cartográficamente el valor del ICV de cada uno de los radios que dieron vida a la ciudad de Neuquén en el periodo que nos ocupa: sí para 1991 estamos hablando de un total de 186; diez años después esa cantidad se había deslizado hasta 223. Ensayar una mirada microanalítica nos va a permitir visualizar con enorme exactitud cuáles fueron las áreas perjudicadas y beneficiadas por la “gran transformación”, pero también nos brindará pistas alrededor de cuan agrupadas estaban las unidades espaciales de idéntico perfil; elemento clave para saber si estamos frente a un proceso de segregación a gran escala o bien si la estructuración de la ciudad es a través de enclaves. Pero antes de confeccionar un mapa de la calidad de vida, debemos primero construir intervalos iguales que vuelvan comparables los resultados obtenidos. En el presente trabajo, y retomando los consejos de Néstor Gómez y Guillermo Velázquez (2014: 179), hemos empleado cuatro intervalos mediante el establecimiento de cuartiles, abarcando situaciones que oscilan puntuaciones muy bajas (desde el valor mínimo hasta primer cuartil) y muy altas (desde el tercer cuartil hasta el valor máximo). Entre ambos extremos, hemos incorporado dos

intervalos: puntajes medio-bajos (entre el primer y el segundo cuartil) y medio-altos (entre el segundo y el tercer cuartil).

Mapa 7
ICV (por cuartiles). Neuquén, 1991



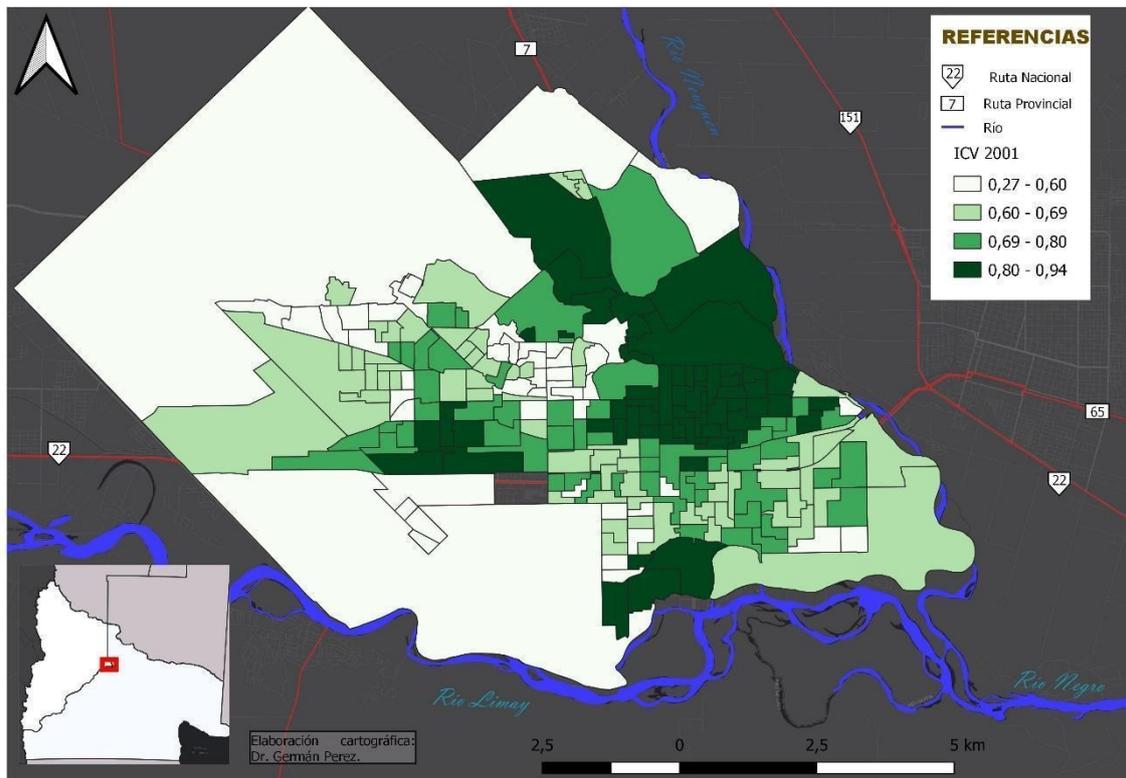
Fuente: Elaboración propia.

Un análisis visual básico de los mapas 7 y 8 es suficiente para distinguir que los radios que obtienen puntuaciones altas o muy altas tienden a situarse en el centro (Mapa 2). Al igual que otras ciudades latinoamericanas, los grupos sociales de situación socioeconómica más favorable evidenciaban a simple vista una clara segregación a “gran escala”. O, en términos más sencillos, los sectores más encumbrados residían en un área específica de la ciudad, cuyos límites se confundían con lo que denominamos “continente de la riqueza” (Perren y Lamfre, 2015). Junto a este elemento, que ya era distinguible en los ochenta, resulta evidente un aspecto que no va a hacer más que ganar fuerza conforme nos aproximamos al presente: una expansión de las pautas residenciales de las clases más favorecidas que se extiende de forma lineal, siguiendo las direcciones de tres vías de comunicación fundamentales (la calle San Martín hacia el oeste, la avenida Olascoaga hacia el sur y la ruta provincial N° 7 hacia el norte). En los tres casos distinguimos con claridad aquello que Ford (1996), en su intento de modelar

la estructura de las ciudades latinoamericanas, llamó *spine* o, lo que es igual, una estrecha área en la que sobresalía la actividad comercial y alrededor de la cual quedaba delimitado un sector residencial de élite que se desplegaba en dirección a la periferia. Lo que no resulta apreciable en el caso neuquino, al igual que en Santa Fe (Gómez y Velázquez, 2014: 179), es la ausencia de un *mall* como corolario de esta columna vertebral, aunque sí visualizamos la constitución de un área comercial, alrededor de la calle Godoy, en el confín occidental de la ciudad.

Por fuera de este “centro extendido”, y conformando una especie de semicírculo, se erigía un área compuesta por una heterogénea lista de barrios que presentaban puntajes intermedios en materia de calidad de vida. En ese casillero podríamos ubicar a los barrios Nuevo, Belgrano y Villa María al sur; Provincias Unidas y Villa Farrell al este; y Cumelén al oeste. Aunque no se trataba de distritos residenciales de clase media como los que agrupamos en el “continente de la riqueza”, tampoco eran “villas de emergencia” que carecían de los más básicos servicios públicos. En caso de usar el modelo de Griffin y Ford (1980) no dudaríamos en pensar a aquellas en términos de “zonas madurez”; es decir, espacios habitados por una población estable que, en gran medida, tenía a su disposición servicios como desagües, pavimento e iluminación. A este marco general, debemos añadirle un conjunto de radios que seguía una configuración claramente sectorial. Se trataba de un área que se extendía, en forma de abanico, hacia la periferia y en la que convivían diferentes configuraciones habitacionales, desde viviendas edificadas por sus propios moradores hasta proyectos oficiales de construcción. Más allá de este variopinto panorama, existía un denominador común que atravesaba las unidades espaciales involucradas: no se observan en ellas carencias materiales significativas, aunque sí comenzaba a insinuarse un fenómeno de cohabitación, tal como demostramos en un estudio previo (Perren, 2014).

Mapa 8
ICV (por cuartiles). Neuquén, 2001



Fuente: Elaboración propia.

Por último, las unidades espaciales que presentaban un bajo ICV poseían una disposición en forma de enclaves que, con el desembarco de las recetas neoliberales, no hicieron más que aumentar en número y en dimensión. En 1984, la capital provincial albergaba un total de 17 “asentamientos ilegales” que reunían una población aproximada de doce mil habitantes; mientras que, trece años más tarde, albergaba 21 “villas de emergencia”, algunas regularizadas y otras en una situación de incertidumbre, en las cuales residían más de quince mil personas (La Revista de CALF, 1997: 15). Entre ellas, podemos mencionar algunas que se desarrollaron en los setenta y ochenta (Villa Ceferino e Islas Malvinas, en el “cercano” oeste de la ciudad), pero también otras que irrumpieron durante la “gran transformación” (HIBEPA, Cuenca XV y Almafuerce, en el confín noroccidental del trazado urbano). Este archipiélago de la pobreza, además de contar con bajos puntajes en materia educativa, sanitaria y habitacional, se localizaba mayoritariamente en el frente de barda; es decir, en áreas caracterizadas por escarpes abruptos y oblicuos. Germán Pérez, en un trabajo de una enorme riqueza empírica, describió el peligro que implicaba el asentamiento humano en esta estrecha franja de la ciudad:

Sus fuertes pendientes actúan como vertientes de agua de lluvia hacia el colector principal otorgándole una mayor energía potencial, energía disponible para la movilización y transporte, a mayor o menor distancia, del material detrítico producido por los procesos intervinientes. Los peligros del área están representados por procesos de remoción en masa del tipo asentamiento rotacional, *topless* y caída libre; y la erosión hídrica y carcavamiento (2010: 121)

En pocas palabras, en estos espacios de relegación asistimos simultáneamente a “una negación de infraestructura adecuada y la rutinaria ausencia de protección contra los riesgos y peligros ambientales”, usando las palabras que Auyero y Lara de Burbano utilizaron para explorar el caso del Gran Buenos Aires (2012: 14). Pero los problemas ambientales no solo afectaban a quienes estaban en la parte baja de la estructura ocupacional. Por el contrario, la primera *gated community* de la ciudad, el “Rincón Club de Campo”, fue emplazada en la margen del río Neuquén, justo en el corazón de una meseta de inundación. No es extraño, entonces, que un estudio de la Universidad del Comahue distinguiera allí “viviendas de muy buena calidad, con terrenos muy amplios, de elevado valor de cambio y con poca cantidad de personas viviendo en ellos” (De Jong y Mare, 2007). Esta localización -asociada al valor paisajístico y a una lejanía relativa en relación al centro- nos pone frente a un área urbana en la que convivían una elevada exposición debido a la calidad y valor de las viviendas, y una baja vulnerabilidad social vinculada al elevado poder adquisitivo de las personas y al poco número de habitantes del lugar.

Recapitulando (Parte 4)

Luego de este paseo por una porción de la historia urbana neuquina estamos en condiciones de hacer una breve síntesis de lo desarrollado en el presente capítulo. En el plano empírico no podemos dejar de mencionar el hecho que, durante el periodo analizado, se produjo una caída en los niveles de bienestar de la población que fue acompañada de un aumento de la brecha que separaba a los radios censales que se encontraban en los extremos de la clasificación. Ese balance de pauperización y de creciente fragmentación permite ubicar a Neuquén al interior de la amplia literatura que posó su mirada en los efectos que la “gran transformación” neoliberal tuvo en las estructuras social y espacial de las ciudades del subcontinente. De todas formas, y allí reside una de las singularidades del caso neuquino, buena parte de la creciente

heterogeneidad se explica por el descenso del ICV de las áreas “perdedoras”, que existió y fue relevante en términos espaciales, pero también (y fundamentalmente) por el despegue en la calidad de vida de los radios céntricos de la ciudad. Solo un dato alcanza para echar luz al respecto: los valores máximos que detectamos en ambas rondas censales estaban ubicados en el “continente de la riqueza”, pero entre 1991 y 2001 ese valor extremo se incrementó un 20%. Esta variación nos brinda pistas sobre la creciente homogeneidad social de ese cuadrante de la ciudad; aspecto clave en el desarrollo de lo que hemos denominado “renovación excluyente” y que implica una inyección de capital en el mercado inmobiliario que termina por “reemplazar usuarios [usuarixs] medios-bajos por usuarios [usuarixs] de poder económico superior, en un contexto de mercantilización del suelo” (López Morales, 2013: 32). Profundizar nuestro conocimiento sobre este proceso, que sin duda no ha hecho más recrudescerse con el paso del tiempo, constituye uno de los principales desafíos de los estudios urbanos norpatagónicos.

En el plano metodológico debemos señalar lo inacabada de la tarea de construir un índice de calidad de vida que permita atrapar la dinámica urbana en toda su magnitud. Alrededor de esta cuestión podemos señalar dos polos entre los cuales se ha deslizado la producción especializada. Por un lado, son muchos los estudios que han hecho propia las dimensiones y ponderaciones propuestas por lxs autorxs clásicos en la materia. Las ventajas de esta decisión están a la vista y, en buena medida, las hemos aprovechado en el presente trabajo: utilizar una fórmula de uso corriente permite ganar en comparabilidad, tanto en términos temporales como espaciales, permitiendo cotejar la realidad de ciudades de distintos tamaños. Por el otro lado, tenemos trabajos que, haciéndose fuertes en el estudio de las especificidades locales, han propuesto índices de calidad de vida que sobresalen por la cantidad de dimensiones incorporadas, desde las tradicionales (sociodemográficas y ambientales) hasta otras ligadas al capital social y la participación política. La potencia analítica de este tipo de aproximación está fuera de duda, aunque no podemos dejar de notar un lado oscuro: por estar elaborados a partir de datos puntuales, muchas veces elaborados por aparatos estadísticos locales, pierden en comparabilidad y su aplicación a periodos históricos es harto compleja.

Tratando de recorrer un camino intermedio, en este artículo, usamos una plantilla de probada eficacia, aun a riesgo de perder capacidad de descubrir matices, al tiempo de incorporar algunas alteraciones como resultado de su aplicación a unidades espaciales

intraurbanas. Entre ellas, es justo mencionar el agregado de variables ambientales que son propias del escenario neuquino y una mayor ponderación de aquellos indicadores sensibles a la pobreza de ingresos como una forma de aproximarnos al mercado laboral. Calibrar estas herramientas de medición requerirá la reciente colaboración entre científicos sociales dedicados al estudio de la calidad de vida; una cooperación que entendemos debería circular por dos carriles: por lado, consideramos imperativo discutir la construcción de nuevos indicadores que, sin renunciar a la complejidad, permitan explorar distintos casos; mientras que, por el otro, creemos que, sobre esta base, deben multiplicarse los estudios comparativos, tanto entre ciudades intermedias como entre ellas y las áreas metropolitanas de la región.

Con una sólida agenda de lo que espera a los estudios urbanos regionales estamos en condiciones de continuar con el estudio del proceso de diferenciación socioespacial de la capital neuquina, solo que ahora propiciando el cruce entre calidad de vida, condición migratoria y territorio urbano. En las próximas páginas se aprovechará el potencial de los sistemas de información geográfica y de la estadística histórica para avanzar en esa dirección.

Capítulo 5

Giro espacial

Calidad de vida y migraciones en tiempos de neoliberalización

En 2010, la Universidad de Indiana lanzaba una colección cuya influencia traspasó los límites del campo académico norteamericano. Su título, sugestivo por donde se lo mire, era en sí mismo un manifiesto: *The Spatial Humanities*. Las palabras de presentación quedaron en manos de quienes oficiaron de editores, David Bodenhamer, John Corrigan y Trevor Harris. Sin perder tiempo, ya en la primera línea de ese texto, esbozaban una definición que destacaba por su claridad y potencialidad. Las humanidades espaciales, decían los editores, eran “un nuevo campo interdisciplinario que es resultado de la reciente oleada de interés académico por el espacio” (Bodenhamer *et al.*, 2010). Este “giro espacial”, que fue en gran medida resultado del agotamiento del postmoderno “giro lingüístico”, era una apuesta por “explotar diversas tecnologías, especialmente en el área de las humanidades digitales” (Bodenhamer *et al.*, 2010). El programa de las humanidades espaciales se apoyaba en el uso intensivo de los sistemas de información geográfica y de la minería de datos a fin de promover “la superación de los campos de investigación establecidos” (Bodenhamer *et al.*, 2010). Y esa superación, claro, tenía un costado teórico: el espacio dejaba de ser el contenedor, escenario o simple reflejo de “lo social” para convertirse en condicionante de la vida social en general y de las desigualdades en particular (Santos, 1996).

Con este presente capítulo pretendemos transitar la senda demarcada por el “giro espacial”. Nuestra contribución no será epistemológica o teórica, sino que circulará por otro de los andariveles sugeridos por Bodenhamer, Corrigan y Harris: los estudios de caso. El objetivo que nos anima es estudiar la articulación espacial entre calidad de vida y migraciones en la ciudad de Neuquén. La elección de una urbe de mediano porte para el abordaje de esta problemática nace de la necesidad de buscar escalas intermedias entre los estudios nacionales y los basados en unidades microespaciales. En términos metodológicos, y al igual que el capítulo anterior, esta aproximación en clave *mezzohistórica* se materializará a partir del análisis de la información brindada por el censo nacional de población y vivienda de 2001, cartografías temáticas elaboradas por medio de SIG, recortes de la prensa local y distinto tipo de fuentes secundarias.

A partir de estos recursos heurísticos sostenemos una hipótesis que, por elemental, no deja de ser sustantiva para comprender la dinámica que asumió la producción de desigualdades en la Patagonia norte. Entre los distintos grupos migratorios que modelaron la estructura demográfica neuquina, existieron profundas brechas en materia de calidad de vida, explicables por su origen, nivel educativo, inserción ocupacional y patrón de asentamiento en la ciudad. Con este supuesto en mente examinaremos, primero, la distribución espacial de la calidad de vida y de la población de acuerdo con su condición migratoria y, luego, con el propósito de dotar al estudio de una mirada multidimensional, veremos de qué forma se correlacionaron ambas dimensiones en el proceso de diferenciación espacial. A diferencia de los capítulos precedentes, que se hicieron fuertes en la comparación entre 1991 y 2001, en este segmento del libro concentraremos nuestra atención en la segunda de las rondas censales. La razón que fundamenta esta decisión se sostiene en criterios de orden metodológico: el Censo levantado a comienzos de los noventa no brinda información sobre los orígenes nacionales de quienes integraban el grupo de “personas nacidas en países limítrofes”.

Distribución espacial de migrantes interprovinciales, de origen chileno y boliviano

Una mirada superficial de la estructura demográfica neuquina nos alertaría sobre la importancia que tuvieron las personas migrantes en su modelado. Prueba de ello es que quienes han nacido en la ciudad representaban, hacia comienzos del siglo XXI, tan solo el 40% de la población (Dirección General de Estadística y Censo, 2002: 44). Al interior del 60% restante, debemos destacar la relevancia adquirida por quienes llegaron de otras provincias argentinas y, en menor medida, del interior provincial y de países limítrofes. Por razones heurísticas, en el presente capítulo abordaremos la disposición espacial del primer y del último de los grupos mencionados. Lamentablemente, el Censo 2001 no distingue entre nacidos en la ciudad de Neuquén y quienes se trasladaron a la capital desde distintos puntos de la provincia, lo cual impide que podamos analizar en detalle las características que asumió el flujo intraprovincial. Pese a ello, los datos censales permiten aproximarnos a tres cuartas partes de aquel segmento de la población que, a falta de un menor rótulo, podríamos denominar “no-nativx” (Toutoundjian y Holubica, 1990: 4)

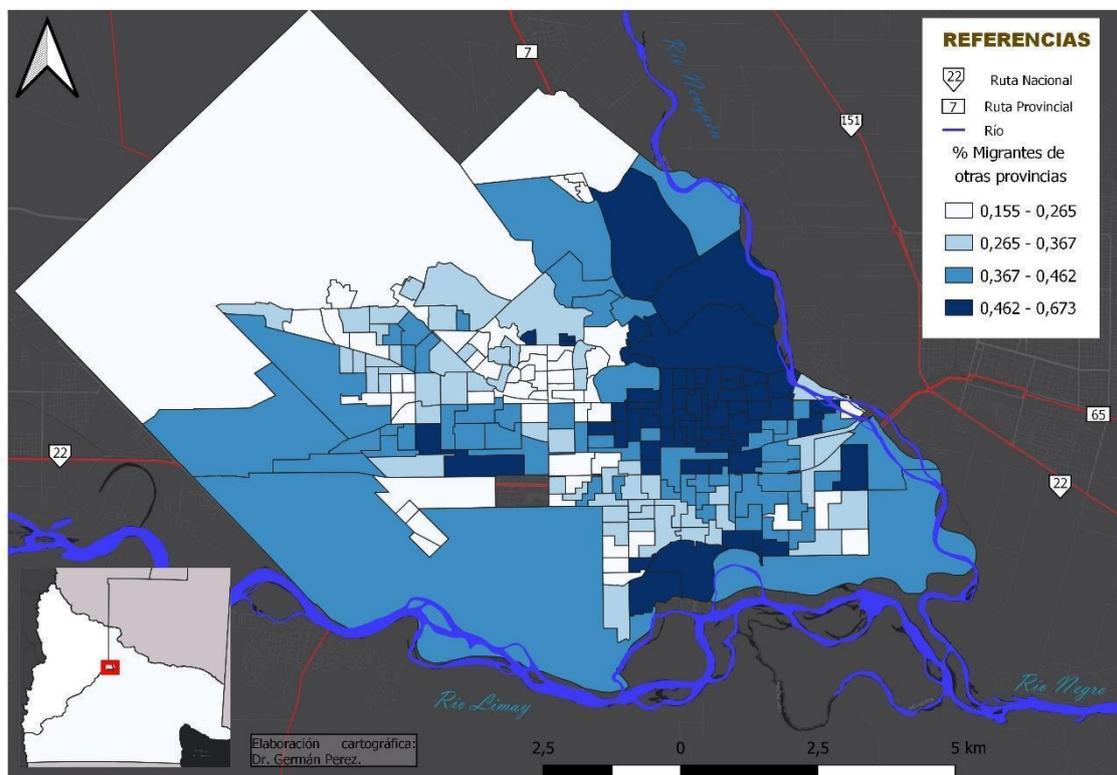
Comencemos este recorrido detallando los principales rasgos de migrantes interprovinciales, entre quienes se destacaron las personas llegadas desde Buenos Aires,

Córdoba y Mendoza. Ante todo, es importante decir que este flujo fue, en buena medida, resultado de la emergencia de un nuevo patrón de asentamiento en la Argentina que modificó la dirección principal de los flujos migratorios: de rural-urbano a urbano-urbano. Así, sin perder la apariencia de un sistema de altísima primacía (el área metropolitana bonaerense conservó, durante la segunda mitad del siglo XX, una participación cercana al 30%), se edificó un modelo menos macrocefálico (Vapnarsky, 1995: 236). Este proceso, que a primera vista puede parecer contradictorio, se explica a partir del acelerado crecimiento de las “nuevas ciudades intermedias”¹¹. Las abanderadas de este nuevo fenómeno fueron las provincias patagónicas y, dentro de ellas, Neuquén. Para medir el impacto de las migraciones interprovinciales, basta con decir que en 2001 más de un tercio de la población capitalina había nacido fuera de los límites de la provincia, pero dentro de los de Argentina (INDEC, 2001).

En cuanto a su disposición espacial, resulta evidente una fuerte coincidencia con aquellas áreas que mostraban una elevada calidad de vida (Mapa 9). La presencia relativa de migrantes interprovinciales se hace fuerte en centro de la ciudad y va perdiendo intensidad a medida que nos internamos en la periferia: en algunos radios del damero original de la ciudad representaban dos terceras partes del total de la población; mientras que, en otros, que correspondían a “villas de emergencia”, su presencia era prácticamente nula. Las únicas excepciones a este esquema centralizado son algunos barrios residenciales de elite, uno de los cuales sirvió de antecedente a las *gatted communities* del presente (“Rincón Club de Campo”, en el norte de la ciudad), y dos complejos habitacionales construidos para dar solución al déficit de viviendas de docentes (“MUDON” y “MUTEN” en el noroeste). En resumen, el patrón residencial de migrantes podría pensarse como un “continente” que ocupaba el centro y a un puñado de “islas” que comenzaban a abrirse paso en la periferia.

¹¹ Por lo general, se entiende por ciudad intermedia a aquellas localidades cuya población se encuentra en el rango comprendido entre los cincuenta mil y el millón de habitantes. Para el caso particular de la Argentina, las aglomeraciones de tamaño intermedio (ATI's) incluyen a ciudades de más de cincuenta mil habitantes y menos población que la registrada en la aglomeración primada (Gran Buenos Aires). (Vapnarsky, 1995: 228).

Mapa 9
Distribución espacial de migrantes de otras provincias (porcentaje).
Neuquén, 2001



Fuente: Elaboración propia.

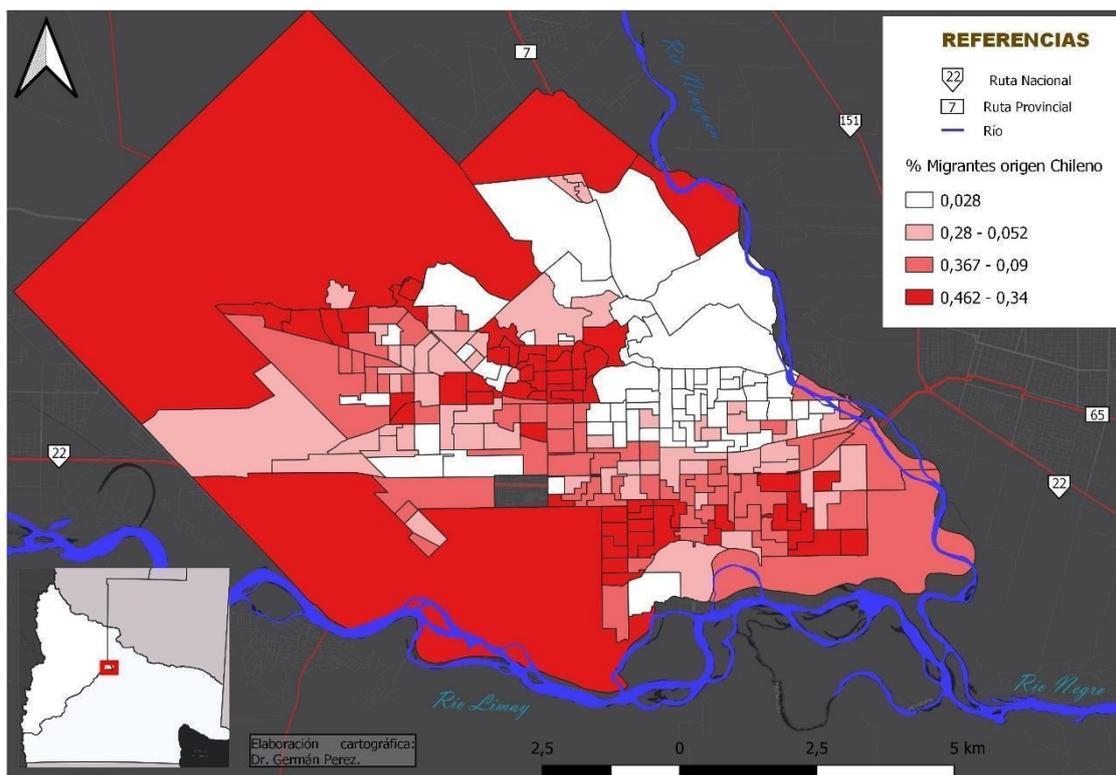
En el plano explicativo, este comportamiento centralizado nos conduce inexorablemente a la inserción ocupacional de migrantes que arribaron de distintas provincias argentinas. El grueso de quienes arribaron desde otros puntos del país se empleaba en el sector terciario de la economía, en un comportamiento muy similar al mostrado por la población local. Encontramos entre ellxs una elevada proporción de sujetxs con una larga experiencia en escenarios urbanos, que poseían mejores condiciones de enfrentarse a un mercado laboral que iba precisamente en esa dirección. Es interesante observar cómo, conforme avanzaban las décadas, la proporción de trabajadorxs manuales poco calificadxs disminuyó de forma sensible. En su lugar, fue cada vez más relevante el peso de los trabajos manuales de mayor calificación, los trabajos de oficina y, en menor medida, el ejercicio de profesiones reputadas. En resumidas cuentas, en el cruce de su elevado grado de instrucción y un origen mayormente urbano, ambos traducibles en una mejor posición socio-ocupacional, encontramos una llave para explicar el comportamiento centralizado de este grupo.

Además del gran caudal de nativxs procedentes de otras provincias, Neuquén se destacó por el importante aporte de la población chilena. A diferencia del Censo 1991, muy parco en lo que a movilidad se refiere, el levantado en 2001 brinda valiosa información sobre el origen nacional de quienes integraban el grupo de “personas nacidas en países limítrofes”. Basta con aportar un dato para dar cuenta del enorme peso de la población trasandina al interior de este universo de migrantes: el 92% de lxs mismxs había nacido del otro lado de los Andes. Las razones que explican la prolongada presencia trasandina en la región se vinculan a algunos rasgos económicos que atravesaron a las provincias de la Araucanía chilena durante buena parte del siglo XX. Se trataba de áreas “predominantemente rurales y con zonas de minifundio y estructuras agrarias que han sido incapaces de generar empleos para su creciente población activa” (Orsatti, 1982). Esta dinámica expulsora, en compañía de la cercanía espacial, de los abundantes pasos fronterizos y de las redes sociales hilvanadas en la región, ayudan a entender por qué, hacia comienzos del siglo XXI, lxs trasandinxs representaba un 7% del total de la población. De todos modos, y pese a constituir el principal colectivo migratorio, no podemos dejar de mencionar un claro proceso de envejecimiento por ausencia de recambio y, por lo mismo, una caída tendencial de su participación relativa (INDEC, 1991).

En cuanto a su distribución espacial, migrantes provenientes del otro lado de los Andes mostraban un patrón que invertía la lógica observada para el caso de migrantes interprovinciales. Su presencia era escasa en las áreas que exhibían un buen desempeño en materia de bienestar y cobraba dimensión en aquellos espacios que exhibían un bajo ICV. Como podemos observar en el Mapa 10, la participación de chilensxs en los radios céntricos alcanzaba, en el mejor de los casos, el 3%; mientras que, en el cuadrante noroccidental de la ciudad, la misma superaba el 10% y rozaba, en algunos radios censales, el 35% del total. En efecto, notamos una fuerte presencia de la población de origen trasandino en dos asentamientos cuya población había experimentado una auténtica explosión en la década de 1980: Villa Ceferino e Islas Malvinas, en el oeste de la ciudad. Pese a haber sido objeto de algún tipo de ordenamiento, estos vecindarios eran, en los noventa, espacios de relegación. También era importante la presencia trasandina en el confín noroccidental de la ciudad, en áreas que habían comenzado a poblarse hacia comienzos de los noventa. Proliferaban allí viviendas de “maderas, chapas de cartón y otros materiales precarios, muchas de las cuales eran inconvenientes

por haberse edificado en “cárcavas o en sus proximidades, exponiéndose a riesgos en caso de lluvias de cierta intensidad” (La Revista de CALF, 1997: 8). En pocas palabras, podríamos imaginar el patrón de asentamiento de migrantes chilenxs como una versión más concentrada y segregada del mapa de la pobreza de la ciudad, a lo que debemos sumar una severa exposición a riesgos ambientales.

Mapa 10
Distribución espacial de migrantes de origen chileno (porcentaje).
Neuquén, 2001



Fuente: Elaboración propia.

Para comprender en toda su dimensión este patrón de asentamiento debemos dirigir nuevamente nuestra mirada a la forma en que la población chilena se integró a la estructura productiva local. Tomando distancia de las tendencias que surcaban a la población migrante “en general”, más proclive a los empleos no manuales, este grupo mostró desde muy temprano una fuerte inclinación por los trabajos manuales. En la década de 1960, por ejemplo, dos terceras partes de lxs contrayentes de origen chileno declaraban estar desempeñando aquel tipo de labores (Perren, 2012). En ese momento eran todavía fuertes los oficios desplegados en los bordes rurales de la ciudad, entre los cuales descollaban declaraciones como “peón” o “jornalero”. En las décadas siguientes, cuando la capital neuquina apuró los tiempos de su urbanización, las labores ligadas al

sector primario perdieron terreno frente a los empleos ciudadanos, especialmente a los que correspondían al mundo de la construcción y al servicio doméstico (Muñoz Villagrán, 2005: 101-105). Este pasaje, claro está, no disminuyó el peso del empleo manual al interior de la población transandina, sino, por el contrario, en la década de los ochenta, cerca del 40% de quienes habían nacido en Chile declaraba estar en aquel casillero ocupacional (Perren, 2009b: 119-120).

En la medida que se trataba de empleos precarios, generalmente ubicados en la parte informal de la economía, no resulta extraño que el centro de la ciudad haya sido para quienes se empleaban en este tipo de labores una opción que complicaba el andamiaje de una trayectoria social ascendente. El periódico pago de un alquiler y las obligaciones que nacían del suministro de los servicios, significaban que una considerable masa de recursos debía ser canalizada hacia áreas que no eran precisamente las de subsistencia. En ese contexto, una opción válida era ocupar un terreno periférico a la espera de una situación propicia para acceder a la propiedad en las áreas más consolidadas o, como finalmente sucedió, forjar allí redes que facilitarían la incorporación de estas barriadas al tejido de la ciudad (Perren, 2017). En tanto se encontraba sobrerrepresentada en los segmentos más vulnerables del mercado laboral, no es sorprendente toparnos con una fuerte presencia de la población trasandina en aquellos asentamientos irregulares que se abrieron paso en la periferia neuquina durante los años ochenta y noventa. Tampoco resulta extraño que, aunque la orientación ocupacional haya ido en un sentido urbano, haya presencia chilena en las antiguas colonias frutícolas que rodean a la ciudad de Neuquén, donde tuvieron un fuerte peso hasta fines de la década de 1970. Recordemos que la amenaza de conflicto con Chile inició un proceso de reemplazo de la mano de obra de ese origen por migrantes del norte del país.

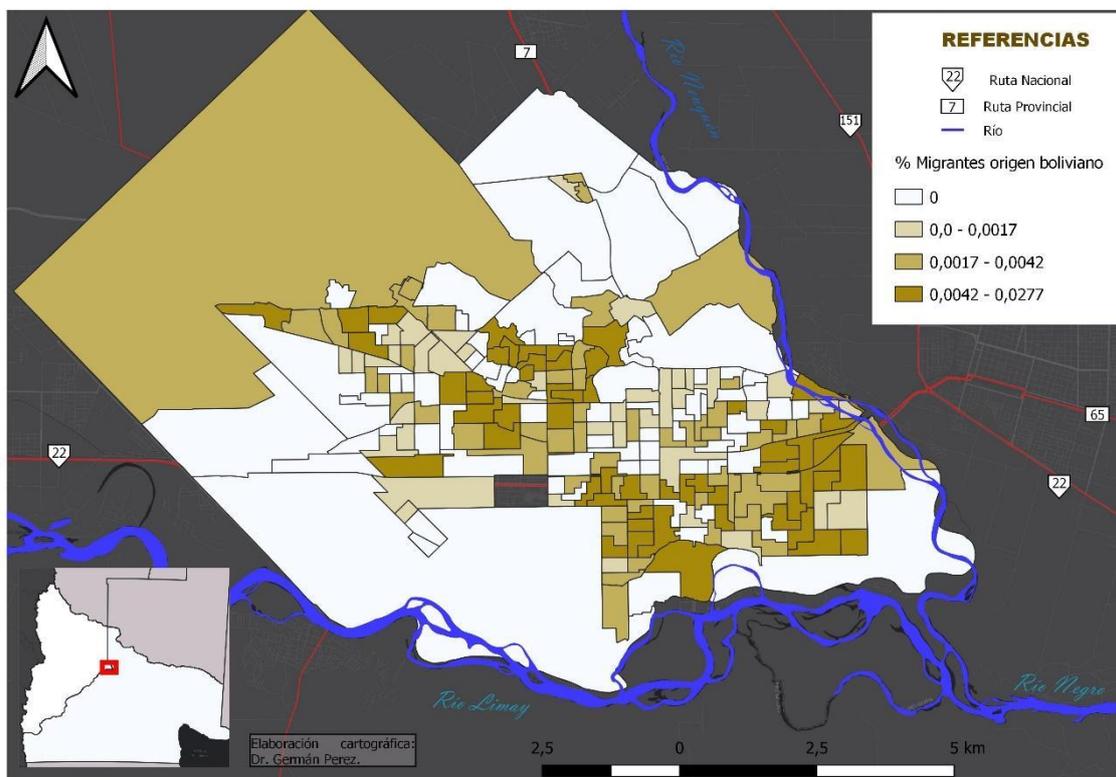
Detengamos nuestra mirada en las personas migrantes de origen boliviano. A diferencia de lxs trasandinxs, el peso demográfico de quienes llegaron desde el país del Altiplano es mucho menos significativo. Las setecientas personas que formaban parte de ese contingente representaban, hacia comienzos del siglo XXI, un 0,36% del total. Con todo, ese número alcanzaba para que bolivianxs constituyeran por su envergadura el segundo colectivo proveniente de países limítrofes, a varios cuerpos de distancia de personas provenientes de Uruguay, Paraguay y Brasil. Puede que una simple comparación nos ayude a entender su incidencia dentro del colectivo de migrantes que arribaron de países vecinos: lxs bolivianxs duplicaban a lxs migrantes llegadxs desde

Uruguay, quintuplicaban a quienes habían arribado de Paraguay y septuplicaban a la población proveniente de Brasil. En caso de incorporar la variable temporal, veríamos un flujo que, en 2001, experimentaba una fase de expansión que, en los siguientes años, se volvió auge. Las declaraciones que un referente de la Pastoral de Migraciones del Obispado de Neuquén hiciera a la prensa local nos suministra un excelente cuadro de situación: “mientras en la década del 90 los [lxs] inmigrantes de Chile comenzaron a disminuir, en ese mismo período es cuando comenzó la llegada masiva de vecinos [vecinxs] de Bolivia” (Diario Río Negro, General Roca, 04.08.09).

La reconstrucción de la historia de este flujo migratorio nos conduce a la década de 1960. Si bien existen antecedentes de población boliviana trabajando en la cosecha de manzanas en los cincuenta, mayormente llegadxs desde Mendoza, el primer contingente arribó a la zona al calor de la construcción de las grandes obras hidroeléctricas. El “Assuan argentino” o la “obra del siglo”, como la prensa inmortalizó al complejo Chocón-Cerros Colorados, convocó a albañiles de origen boliviano, muchos de los cuales provenían del área metropolitana de Buenos Aires y tenían conocimiento en el manejo de explosivos. Este saber, clave en la remoción de terrenos, puede explicarse de manera muy sencilla: un importante porcentaje de quienes llegaron a la Argentina en esta década provenía de Potosí, una de las regiones mineras por excelencia de Bolivia. Terminados los embalses, los bolivianos siguieron ligados a la construcción, pero ya de forma independiente, con miniempresas y hasta con emprendimientos de envergadura (Diario Río Negro, General Roca, 02.01.2010). La segunda fase del proceso migratorio se dio en los noventa al calor de la aplicación del recetario neoliberal, cuando el sueño de la “escalera boliviana” parecía hacerse añicos en los mayores escenarios urbanos de la Argentina. En ese contexto, y para el conjunto del Alto Valle del río Negro y los valles inferiores de los ríos Neuquén y Limay, se registró la llegada de bolivianxs que se dedicaron a la horticultura y, en menor medida, al comercio minorista. El éxito económico de este grupo hizo que, en la década siguiente, se activaran las cadenas migratorias, aumentara el porcentaje de personas arribadas directamente desde Bolivia (especialmente de Cochabamba), se equilibrara la relación de masculinidad por el traslado de familias completas y, resultado de todo ello, aumentase el peso de bolivianxs en la estructura demográfica neuquina (Bankirer, 2005: 17).

Como sucedió en el caso de migrantes interprovinciales y trasandinxs, la inserción ocupacional de bolivianxs nos brinda algunas pistas para entender su localización en la ciudad (Mapa 11). Que los migrantes “tempranos” -en su mayoría varones- se insertaran en el mundo de la construcción ayuda a entender por qué tiene presencia en los mismos barrios que la población de origen chileno, algunos de ellos ubicados en el “cercano oeste” (Villa Ceferino e Islas Malvinas), en el sur de la ciudad (Don Bosco y Limay) y otros en el extremo noroccidental (HIBEPA, Almafuerte y Toma Norte). Al mismo tiempo, notamos una leve presencia boliviana en un puñado de jurisdicciones que aún conservaba un perfil ligado al sector primario (en el este, Confluencia; en el norte, Colonia Valentina y Nueva Esperanza; en el noreste, la costa del río Neuquén). Esta localización, explicable a partir de la orientación rural del segundo contingente, fue bastante menos pronunciada que en otras localidades cercanas como Plottier, Centenario o Vista Alegre. En todas ellas advertimos un uso predominantemente productivo del suelo agrícola, a salvo de la especulación inmobiliaria que comenzaba a amenazar al sistema de chacras de la capital neuquina. Por último, notamos cierto nivel de concentración de población boliviana en los radios que daban vida al centro neuquino, algo que los diferenciaba de chilenxs. Su desempeño en el sector terciario, al frente de puestos en ferias o de pequeños locales, explica su presencia en el corazón comercial de la ciudad, especialmente en el distrito conocido como “El Bajo”, pero también en los barrios que rodean el macrocentro y que hicieron las veces de área de madurez, haciendo propias los términos de Griffin y Ford (1980).

Mapa 11
Distribución espacial de migrantes de origen boliviano (porcentaje).
Neuquén, 2001



Fuente: Elaboración propia.

Recapitemos. Las personas migrantes llegadas desde otras provincias tenían, a comienzos del siglo XXI, un patrón centralizado, aunque resultaba visible una tendencia centrífuga de la mano de los barrios cerrados de localización periférica o de la puesta en valor del frente ribereño a partir del proyecto “Paseo de la Costa”. La población trasandina mostraba una fuerte incidencia en la periferia, tanto en aquella construida en los ochenta como en esa que estiró la mancha urbana en los noventa. Lxs bolivianxs parecieran seguir un camino intermedio. Su presencia relativa era fuerte en aquello que, en otro trabajo, dimos en llamar el archipiélago de la pobreza (Perren, 2014). Sin embargo, no era desdeñable la proporción de bolivianxs que residían en el área central de la ciudad y, menos aún, en aquellos radios censales que presentaban una apariencia rural. De ahí que su comportamiento residencial sea bastante menos segregado que el que exhibieron trasandinxs y migrantes interprovinciales, ambos grupos concentrados en determinados espacios de la ciudad.

Calidad de vida y migraciones: un ejercicio de correlación.

El análisis de la distribución del ICV y del porcentaje de población por origen migratorio proporcionaron interesantes elementos de análisis, en especial aquellos relacionados con su disposición en el espacio y su grado de separación en el tablero urbano. La cuestión ahora es determinar la semejanza del comportamiento de las variables consideradas o, lo que es igual, en qué medida los valores que asumen las variables en las diferentes unidades espaciales varían conjuntamente, y en qué sentido (Marcos y Mera, 2009-2010: 158). Para obtener un parámetro que indique la manera en que los valores de las diferentes unidades espaciales varían conjuntamente, tanto en la intensidad de la relación como en su sentido, utilizaremos el coeficiente de correlación r de Pearson, que surge de la covarianza o variabilidad conjunta de las variables. Su principal ventaja radica en que se trata de una metodología ampliamente utilizada y, por ese motivo, sus resultados probaron ser exitosos para análisis espaciales como el que aquí presentamos (Buzai, 2003; Buzai y Baxendale, 2004, Marcos y Mera, 2009-2010).

En términos prácticos, el valor de r puede variar entre 1 y -1. El límite superior nos indica una relación de muy alta intensidad en un sentido positivo; mientras que el inferior de dos variables fuertemente vinculadas, pero en un sentido inverso. Cuando r tiene un valor cercano a 0 significa que no hay correlación entre ambos conjuntos de datos. Como complemento visual del análisis bivariado usaremos gráficos de dispersión (*scatter diagram*) cuya aplicación da como resultado un eje ortogonal y una serie de puntos que coinciden con cada una de las unidades espaciales analizadas (sus coordenadas están dadas por los valores en esa área de la ciudad de las variables escogidas) (Buzai y Baxendale, 2006: 251). Como los datos de cada variable se transforman en puntajes estándar, los ejes toman en lugar central del gráfico y quedan a la vista cuatro cuadrantes. El cuadrante inferior izquierdo concentra las unidades espaciales con bajos valores en ambas variables, el cuadrante superior izquierdo aquellas que exhiben bajos valores en x y altos en y , el cuadrante superior derecho alberga los valores altos en ambas variables, y el cuadrante inferior derecho presenta valores altos en x y bajos en y (Figura 1). En pocas palabras, este gráfico nos permite visualizar cuán alejados están los valores de la media de cada una de las variables, representadas por los ejes de las abscisas y ordenadas

$$(\bar{y}=0 \text{ y } \bar{x}=0).$$

Figura 1
Espacio de relaciones bivariadas entre variables estandarizadas

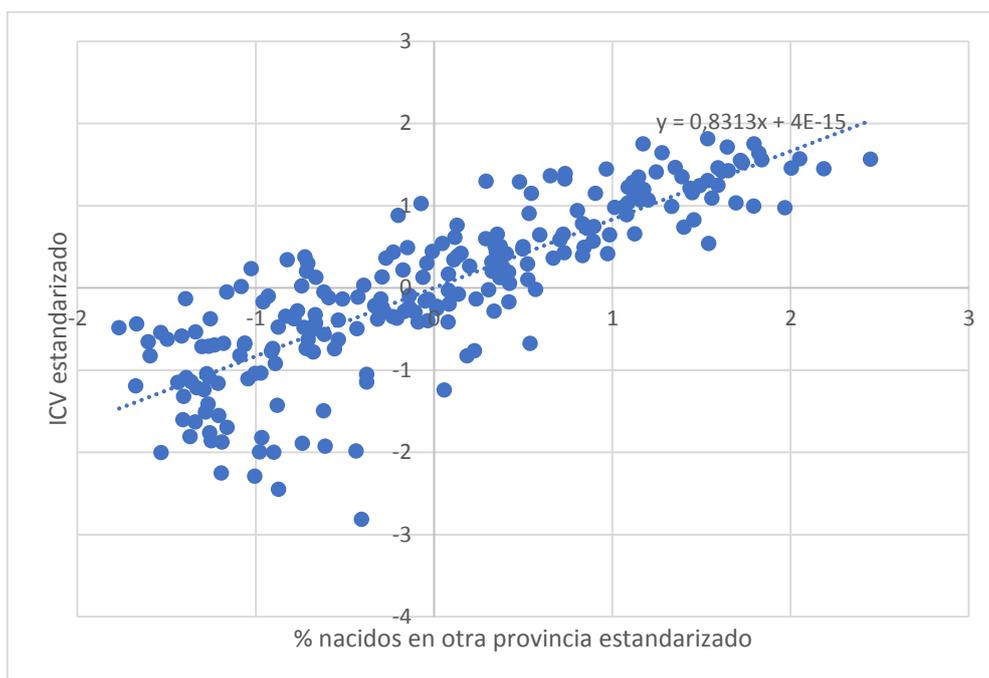
Espacio - +	Espacio + +
Espacio - -	Espacio + -

Fuente: Buzai y Baxendale, 2006.

Veamos ahora cómo podemos utilizar estos instrumentos para aproximarnos a las relaciones existentes entre calidad de vida y condición migratoria en la ciudad de Neuquén hacia comienzos de los noventa. Lo primero que queda en evidencia de una lectura de los *scatter diagrams* es la importante correlación positiva existente entre el ICV y el porcentaje de migrantes interprovinciales. Un coeficiente r de 0,83 es la muestra más palpable de ello (Grafico 6). Eso significa que ambas variables se comportaban de un modo similar en el espacio urbano: a mayor puntaje de ICV, mayor era también la proporción de migrantes de otras provincias. En términos gráficos, lo que observamos es una recta de regresión de fuerte inclinación y una nube de puntos bastante adherida a ella. Aunque cuando se trate de un ejercicio estadístico, que no implica una relación de causalidad, el análisis de correlación nos brinda elementos para reforzar una hipótesis que venimos barajando: la inserción ocupacional de estxs migrantes, mayoritariamente en empleos no manuales y con una interesante participación en el estrato profesional, es la clave que nos permite entender el comportamiento idéntico de ambas variables. Después de todo, los estratos medios y altos de la sociedad neuquina, más allá que comenzaba a visualizarse un fenómeno de periferización de sus pautas habitacionales, tuvieron un comportamiento fuertemente centralizado.

Gráfico 6

Correlación entre ICV y porcentaje de población de otras provincias

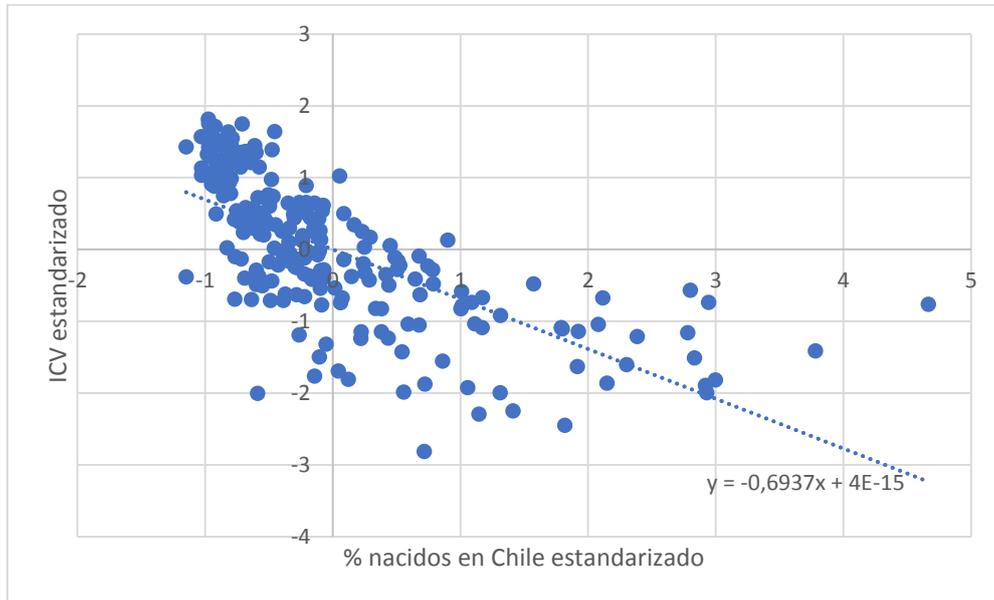


Fuente: Elaboración propia.

Algo diferente es la relación que puede establecerse entre calidad de vida y el porcentaje de migrantes llegados del otro lado de los Andes. En este caso, la correlación entre ambas variables se encuentra en el mismo rango de la que acabamos de mencionar, pero en el sentido inverso. Un coeficiente r de $-0,69$ nos indica que, a medida que aumentaba el ICV, la participación de migrantes chilenos perdía intensidad (Gráfico 7). En parte por su origen rural y en parte por su inserción en la base de la estructura ocupacional, migrantes transandinos se instalaron en aquellas áreas de la ciudad que se abrieron paso en la marea urbanizadora de los ochenta y los noventa, donde los servicios eran una cuenta pendiente y las condiciones del hábitat eran deficientes.

Gráfico 7

Correlación entre ICV y porcentaje de población de origen chileno

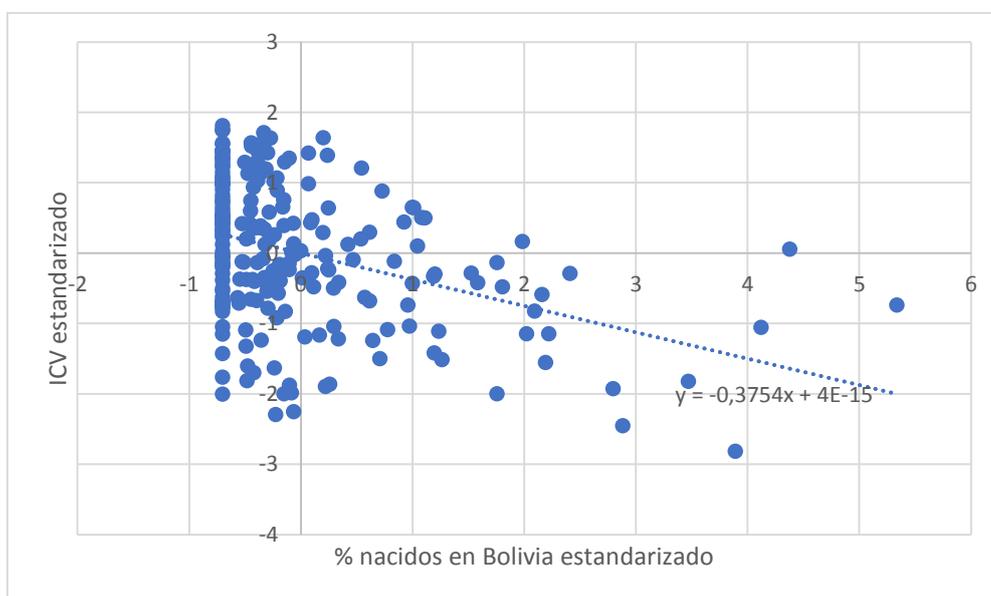


Fuente: Elaboración propia.

También con una pendiente negativa, aunque mucho menos significativa, debemos ubicar la relación entre ICV y proporción de población de origen boliviano. Un r de -0,37 nos indica que el comportamiento de la calidad de vida va en un sentido contrario al del porcentaje nacido en el país del altiplano (Gráfico 8). De todos modos, su relativa equidistribución, con presencia en la periferia, en el centro y en las áreas rurales, hace que ese coeficiente sea mucho más bajo que el ostentado por el resto de los grupos migratorios estudiados.

Gráfico 8

Correlación entre ICV y porcentaje de población de origen boliviano



Fuente: Elaboración propia.

Recapitulando (Parte 5)

Luego de este recorrido: ¿Qué conclusiones, al menos parciales, podemos hacer en relación con la articulación espacial entre calidad de vida y migraciones en la ciudad de Neuquén?

En relación con la hipótesis que formulamos, pudimos demostrar que brechas que revelamos en materia de bienestar se agudizaban si prestábamos atención a ciertos segmentos de la población “no nativa”. Fue el caso de migrantes chilenxs, que exhibieron una fuerte concentración espacial: la mayor parte de la ciudad correspondía a radios con muy baja presencia de población de aquel origen, mientras que existen unas pocas áreas específicas donde se concentra el grueso de quienes llegaban desde el otro lado de los Andes. Lo interesante es notar que estas últimas coincidían, en buena medida, con aquellas áreas de la ciudad que mostraban inocultables faltantes en materia de servicios; cuestión que queda a la vista examinando la cartografía, pero también prestando atención a la fuerte correlación negativa entre los porcentajes de migrantes chilenxs y el ICV. Exactamente lo contrario sucedió con quienes llegaron de otras provincias argentinas, donde observamos un comportamiento claramente centralizado, más allá que su importancia numérica los haya hecho abundantes en la mayoría de las

unidades espaciales estudiadas. La población de origen boliviano, por último, transitó por una “tercera vía”: era una versión atenuada del patrón de localización de la población de origen chileno, pero -al mismo tiempo- exhibía una respetable presencia en el centro de la ciudad y una creciente incidencia en los radios censales de características rurales.

Hagamos un esfuerzo en el último capítulo del libro para reducir la escala de observación, poniendo un foco en una pieza del rompecabezas urbano neuquino. Con la lupa en la mano exploremos las texturas de un barrio en cuyo territorio vemos el paso del proceso de neoliberalización, pero al mismo tiempo el impacto que este proceso tuvo en la identidad de los sectores populares.

Capítulo 6

Juegos de escala

Neoliberalización, calidad de vida y hábitat popular

Hasta aquí se trazó un recorrido por la división social del espacio de la ciudad de Neuquén a partir del análisis de la distribución espacial de la calidad de vida durante la década de 1990. De acuerdo con la propuesta articuladora de este libro, de que los fenómenos urbanos se abordan haciendo dialogar entre sí a las múltiples escalas en las que se despliegan, el presente capítulo alejará el foco de la ciudad en su conjunto para privilegiar el tratamiento de otras dos dimensiones: las desigualdades al interior de un barrio periférico y el testimonio de una vecina del lugar. La incorporación de un caso de estudio particular y de una mirada femenina sobre las problemáticas que venimos tratando no es casual, sino que atiende al esfuerzo por reconocer la diversidad con la que se vive la desigualdad socioespacial. Siguiendo el consejo de Ana Falú (2020), diremos que es necesario reconocer la multiplicidad de sujetos y de experiencias que la vida urbana puede contener; y que para ello es imperativo aprehender las diferentes dimensiones en donde las injusticias se expresan: el *territorio ciudad*, *territorio barrio*, *territorio casa* y *territorio cuerpo*. Haciendo la salvedad de que éstas no aluden a categorías estáticas ni escindidas entre sí, sino que están atravesadas por múltiples intersecciones y unidas por una relación de interdependencia.

El caso de Villa Ceferino y la trayectoria vital de una de sus habitantes nos ofrecen la oportunidad de problematizar nuestra aproximación a la producción de la desigualdad en general y a la pobreza urbana “vivida” en particular. Con ese norte, y usando al Neuquén neoliberal de la década de 1990 como *locus* de nuestras reflexiones, proponemos un recorrido dividido, a fines analíticos, en tres partes. En una primera sección, y con el auxilio de fuentes estadísticas, trazaremos un perfil sociodemográfico de este asentamiento periférico del oeste capitalino. O, lo que es igual, nos referiremos al barrio, su historia y la de quienes lo habitaban en ese entonces. En un segundo momento, y luego de esa mirada panorámica, aquella primera impresión de aparente homogeneidad socioespacial de Villa Ceferino, será desarmada. A partir del análisis del comportamiento del ICV, se trazarán las asimetrías que lo surcaban, las desigualdades que existían en su interior. Por último, se pondrá la atención a la biografía de una vecina cuya trayectoria coincide con la expansión y el corrimiento de los límites del barrio. Se

indagará -a partir de este juego en los niveles de análisis- la experiencia de la desigualdad, y se explorará una hipótesis que podríamos formular en los siguientes términos: que también en el territorio el neoliberalismo trasciende al programa económico y al tipo de mando político, para desplegar una capacidad de incidencia sobre las subjetividades, para producir modos de vida sujetos a su racionalidad. En resumidas cuentas, con esta sección esperamos captar de un modo exploratorio una operación a todas luces compleja y elusiva.

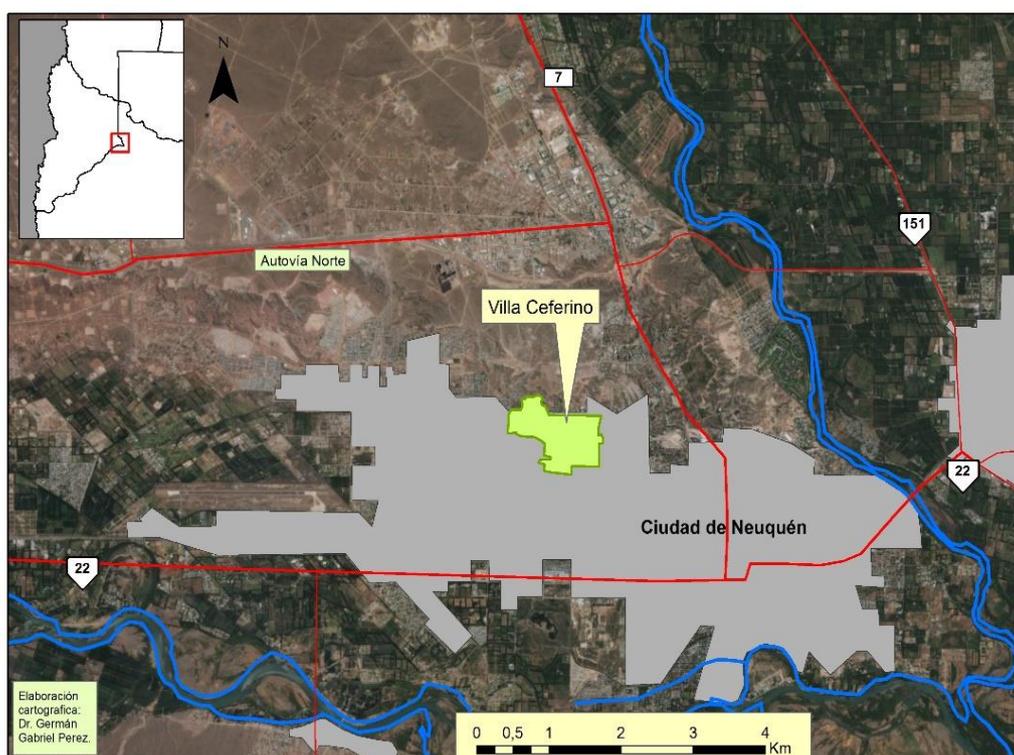
Villa Ceferino como territorio de la desigualdad. Una caracterización del barrio

En la actualidad, el barrio Villa Ceferino cuenta con una superficie aproximada de 114 hectáreas, localizadas en el noroeste de la ciudad, a solo treinta cuadras del área centro (Mapa 12). Como la distancia es una dimensión relacional, podemos afirmar que no siempre estuvo “cerca”, sino que, por el contrario, la proximidad material no se condecía con la distancia sentida respecto de la zona que concentra las actividades financieras y comerciales en Neuquén. En términos físicos, presenta un marcado desnivel del suelo en sentido norte-sur, con fuertes pendientes (cara libre o escarpa y/o talud). Por esta razón, se encuentra sometido a intensos procesos erosivos y es afectado por el cárcavamiento en las épocas de lluvias intensas y torrenciales. La espacialidad del asentamiento está signada por el fraccionamiento irregular, con predominio del trazado este-oeste afianzado por las calles de interconexión barrial: Abraham, Avenida del Trabajador y República de Italia. Las fotografías que retratan el barrio dan cuenta de la aridez y la falta de vegetación, que se refuerza en la ausencia de plazas o espacios verdes, y de unos colores que se mimetizan con el paisaje de barda y el viento.

El proceso de poblamiento de Villa Ceferino se remonta a la década de 1970, momento en el que comienza una serie de asentamientos sucesivos en tierras baldías propiedad del municipio y de la provincia de Neuquén, que formalmente se encontraban bajo jurisdicción del barrio Progreso. Aunque la parte más antigua era conocida como Villa Oeste, una ermita levantada en honor a Ceferino Namuncurá terminó por aglutinar, al menos nominalmente, a un territorio mayor que abarcaba diferentes sectores y distintos momentos de ocupación. Su geografía compleja y sus calles de trazado irregular tienen su explicación en esta superposición de límites, en un espacio ganado a la meseta, aunque en forma desorganizada. Sin que mediaran disposiciones o reglamentaciones oficiales, el barrio fue expandiéndose, y pasó de concentrar 10.985

personas y 3.449 viviendas a inicios de la década del 1990, a albergar a 16.427 y 4.070 viviendas en el 2001; vecinos y vecinas que se asentaban en quince sectores de los cuales solo dos respondían a un proceso de cesión de tierras y construcción de viviendas propiciado por el Estado (INDEC, 1991 y 2001).

Mapa 12
Localización del barrio Villa Ceferino



Fuente: Perren y Soria, 2020.

El crecimiento por goteo se dio sin que fueran tenidos en cuenta parámetros ambientales y económicos: las construcciones no solo no contemplaron las geoformas o la afectación de espacios con oferta natural nula, sino que las viviendas precarias se asentaron en terrenos poco aptos para la construcción, recurriendo a rellenos por acumulación de escombros, que provocaron un taponamiento total o parcial de las cárcavas o cauces naturales (Bercovich y Correa-Skiba, 1995). Estas transformaciones generaron cambios en los escurrimientos pluviales superficiales y subterráneos, así como en la capacidad portante del suelo, lo que causó que el área fuera más inestable y que resulte difícil predecir la trayectoria del agua cuando llegan las precipitaciones torrenciales de la temporada estival. Respecto de la infraestructura, un relevamiento realizado por la Municipalidad de Neuquén a mediados de 1980 da cuenta de cómo esta

nueva periferia nacida en los bordes de la ciudad estaba privada del acceso a servicios públicos. La conclusión a la que arribaban los funcionarios es significativa:

“La falta de comunicación directa a los sectores de asentamiento, la carencia de servicios de infraestructura, la precariedad de la mayoría de las viviendas y la falta de ordenamiento acarrea serios trastornos de convivencia en el medio y como consecuencia un aislamiento social, cultural y económico de los centros urbanos desarrollados”¹²

Tales problemáticas, vistas en el tiempo, parecen no haber encontrado soluciones definitivas, toda vez que nuevos informes realizados por los mismos agentes a mediados del año 1998 arrojan datos similares. Entre otros problemas que afectaban a la población, las conclusiones –quince años más tarde– son alarmantemente parecidas: “el barrio presenta una infraestructura incipiente en la que la no existencia de redes de agua, cloaca y gas ocasiona dificultades a sus habitantes, de allí los reclamos de sus vecinos”¹³.

A pesar de la caracterización dominada por persistentes déficits en materia de infraestructura, vale la pena destacar que este espacio está lejos de poder ser definido solo por las carencias. Se trata de un asentamiento que creció y se consolidó como barrio, en buena parte gracias al pulso de trabajo de sus habitantes. Consultados sobre los recuerdos de esos años, éstos se refieren a un “tiempo de lucha”, en el que las mejoras “no se conseguían por la decisión política de los gobiernos, sino las decisiones políticas de los vecinos [lxs vecinxs].¹⁴”: la gestión para la construcción de un centro de salud, la instalación de una canilla para abastecerse de agua potable, e incluso la realización de las cámaras sépticas para preservar la salud de lxs niñxs. Sin ir más lejos, la conexión a la red eléctrica de un sector (manzanas 101 y 102) se dio a partir del esfuerzo de lxs vecinxs que hicieron los pozos y colocaron los postes, para abaratar unos costos que se presentaban como inaccesibles. De igual modo, las viviendas que se erigieron en las manzanas 1 a 9 fueron construidas por las mismas personas que las iban a habitar, con materiales provistos por el gobierno que tenía a su cargo la gestión del Estado municipal. Para ello, se coordinaron las tareas de construcción comunitaria entre

¹² Archivo Histórico de la Municipalidad de Neuquén (en adelante AHMN) Asesoría Técnica de normalización de asentamientos ilegales, Secretaría de Obras Públicas de la Municipalidad de Neuquén, 1983.

¹³ División Ordenamiento Urbano, Municipalidad de Neuquén, Informe Nro. 35/98, junio de 1998.

¹⁴ Testimonio en la muestra fotográfica “Contá tu barrio”, organizada por el Grupo Son Miradas y el Grupo por el Hábitat Neuquén, 13 de diciembre de 2019.

personal del municipio, la Comisión Vecinal y lxs futurxs propietarixs (en todos los casos, vecinxs del lugar). Las palabras de Gustavo, uno de lxs primeros pobladores, resultan elocuentes:

“Nosotros [nosotrxs] éramos de un barrio privado. Privado de luz, de agua, de teléfono, de colectivos. Pero salimos adelante. Y ahora los chicos [lxs chicxs] podrán hacer otra historia, ahora tienen un barrio ya puesto y con todos los servicios. Pueden hacer una historia que ya no va a ser de ‘toma’, será de otra cosa”¹⁵

Este tipo de narrativas dan cuenta de un conjunto de experiencias compartidas que fueron definiendo un sentido de comunidad. El esfuerzo conjunto y las gestiones colectivas frente al Estado se tradujeron, con el paso del tiempo, en mejoras en la infraestructura urbana de Villa Ceferino. Aunque no podemos dejar de señalar que, a comienzos del nuevo milenio, el contraste con las áreas más ricas de la ciudad persistía inmutable.

Perfil socio demográfico de sus habitantes

Tal como se advirtió en los capítulos precedentes, Neuquén fue uno de los escenarios urbanos más dinámicos de la Argentina, con un impresionante crecimiento relativo durante la segunda mitad del siglo XX. La estructura demográfica surgida de tal proceso fue moldeada por distintos grupos migratorios, entre los cuales se registraron profundas brechas en materia de calidad de vida. Dentro de esta población “no nativa”, quienes migraron desde Chile exhibieron una marcada concentración espacial, con un patrón de asentamiento que los ubicaba en las áreas de mayor pobreza de la ciudad. En efecto, en el capítulo 5, constatamos la correlación negativa entre los porcentajes de migrantes provenientes de Chile y el índice que mide la calidad de vida de la población (Mapa 10). La historia de Villa Ceferino (y la de sus habitantes) está atravesada por estas conclusiones. La composición de la población de acuerdo con su origen permite observar que la tendencia de fuerte presencia de personas de origen chileno en la ciudad se refuerza, e incluso duplica, en este barrio (Tabla 10). En el sentido inverso, el peso relativo de quienes arribaron desde otras provincias argentinas es un 50% menor que en el conjunto urbano. Si en Neuquén unx de cada quince habitantes provenía de Chile, en

¹⁵ Testimonio en la muestra fotográfica “Contá tu barrio”, organizada por el Grupo Son Miradas y el Grupo por el Hábitat Neuquén, 13 de diciembre de 2019.

nuestro caso de estudio ese cociente aumenta hasta llegar prácticamente a un quinto de la población (Tabla 10).

Tabla 10
**Composición de la población por origen (porcentaje).
Villa Ceferino y Neuquén, 2001**

País de nacimiento	Ceferino	Neuquén
Argentina	80,5	91,1
Chile	18,3	7,5
Bolivia	0,7	0,4
Otros	0,5	1,0
Total	100	100

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001).

Veamos ahora la distribución de la población de acuerdo con su nivel de instrucción. Los datos de la Tabla 11 muestran cuánto se aleja Villa Ceferino de la tendencia general, sobre todo si nos detenemos en los extremos de la grilla. La proporción de personas jefas de hogar que no habían concluido sus estudios primarios permiten ver una fuerte asimetría: a escala urbana, ese indicador apenas llega al 18%; mientras que, para el barrio que ocupa nuestras reflexiones, ese valor prácticamente se duplica, y supera con creces el tercio del total. Para comprender las causas de la mayor presencia relativa de población que presentaba un bajo nivel de instrucción debemos atender al origen rural de quienes protagonizaron el poblamiento del sector, independientemente de su lugar de nacimiento. Los ámbitos donde predominan las actividades agropecuarias se caracterizan por desencadenar condicionantes al acceso y a las posibilidades de permanencia de la población en el sistema educativo formal (Toutoundjian. y Holubica, 1990). Entre las limitaciones más frecuentes se encuentra el grado de dispersión poblacional -que trae consigo la necesidad de recorrer amplias distancias para asistir a la escuela- y la superposición de los ciclos productivos con el escolar. El bajo nivel de instrucción deviene en bajos ingresos y, como el suelo urbano es una mercancía, en dificultades para acceder a una vivienda en las áreas más consolidadas de la ciudad.

Tabla 11
Máximo Nivel de Instrucción (porcentaje).
Villa Ceferino y Neuquén, 2001

Máximo Nivel de Instrucción	Ceferino	Neuquén
Hasta primario inc.	34	18
Primario comp.- secund. inc.	52	43
Secund. comp.- sup/univ. inc.	13	27
Sup/univ. Completo	1	12
Total	100	100

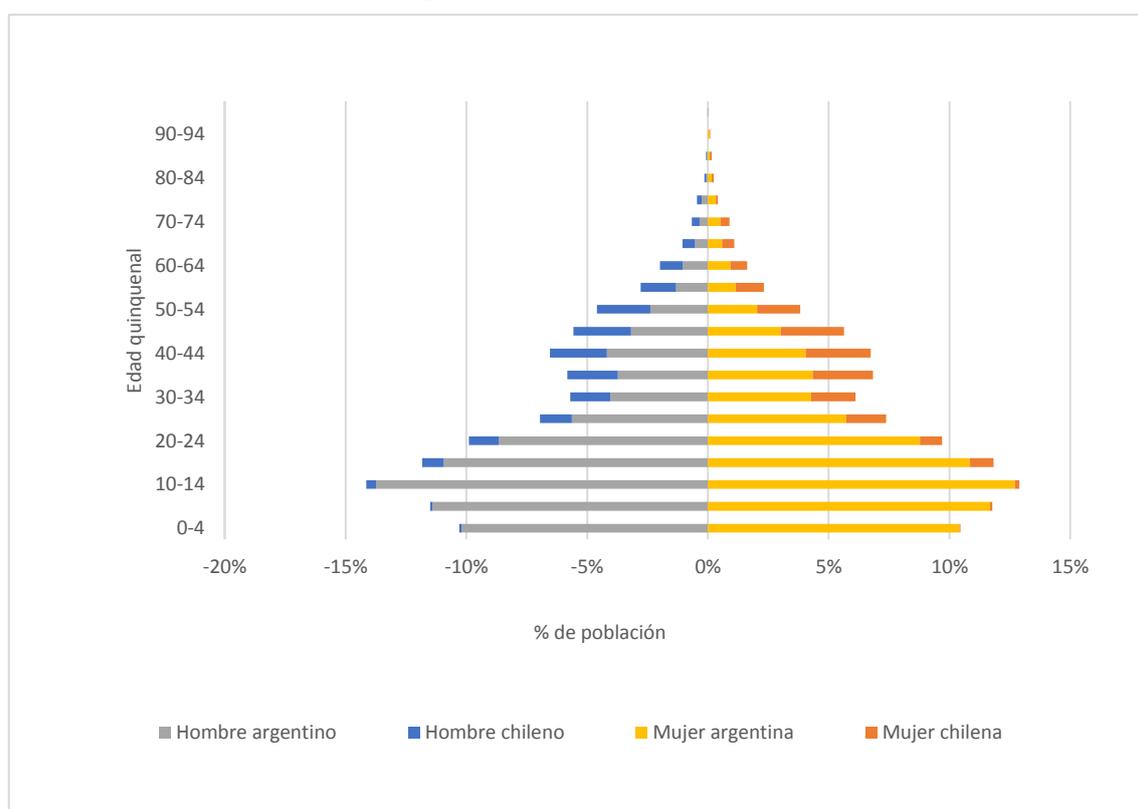
Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001).

Las desigualdades en la parte alta de la clasificación son todavía más profundas. Una de cada seis personas jefas de hogar que residía en Villa Ceferino había culminado, como mínimo, sus estudios secundarios. En la capital neuquina, en cambio, esa proporción abarcaba a más de un cuarto del total. Pero es en el casillero “universitario completo” donde apreciamos un virtual abismo: la proporción de hogares que reunían ese requisito en el conjunto urbano multiplicaba por doce a la correspondiente a Villa Ceferino. La línea argumental que usamos para entender la sobrerrepresentación de los segmentos menos instruidos en Villa Ceferino nos ayuda a comprender su mayor presencia relativa en otras áreas más cotizadas de la ciudad, que coincidían, en gran medida, con el macrocentro neuquino (Perren y Lamfre, 2015). Así, en el cruce de su elevado grado de instrucción y un origen mayormente urbano encontramos una llave explicativa para el comportamiento centralizado de quienes ocupaban las mejores posiciones socio ocupacionales.

El examen detenido del barrio continúa con la composición de su población por edades. Tal como permite observar el Gráfico 9, se trata de una estructura relativamente joven, con una base ancha, producto de una elevada natalidad, que se va afinando conforme nos aproximamos a la cúspide. A este esquema general debemos añadir una saliente que hace a la singularidad del caso estudiado. Por tratarse de una urbanización informal que tuvo su momento de mayor expansión en la década de 1980, vemos una clara sobrerrepresentación del grupo comprendido entre los 40 y 50 años, pero también un bache que involucra al resto de la población en edades activas. Esta particular silueta puede ser explicada a partir de una serie de fenómenos que, aunque distintos, poseen

múltiples puntos de contacto. En primer lugar, debemos destacar que el barrio alcanzó su consolidación hacia mediados de la década de 1990, tendiendo -a partir de allí- a estabilizar su población y a privilegiar el componente vegetativo del crecimiento. En segundo término, y en función de esto último, resulta apreciable un flujo intraurbano protagonizado por la población joven que, para garantizar su acceso al suelo y a vivienda, se trasladó a áreas de reciente ocupación, especialmente aquellas localizadas en el extremo occidental de la mancha urbana (Gallardo *et al.*, 2018). Por último, no podemos dejar de mencionar el fin del ciclo migratorio proveniente de Chile; ese que, en función de las reformas estructurales que experimentó la economía de dicho país hacia comienzos de los ochenta, había convertido a Neuquén en un destino migratorio masivo (Muñoz Villagrán, 2005; Perren, 2009b).

Gráfico 9
Estructura por edades (Villa Ceferino, 2001)

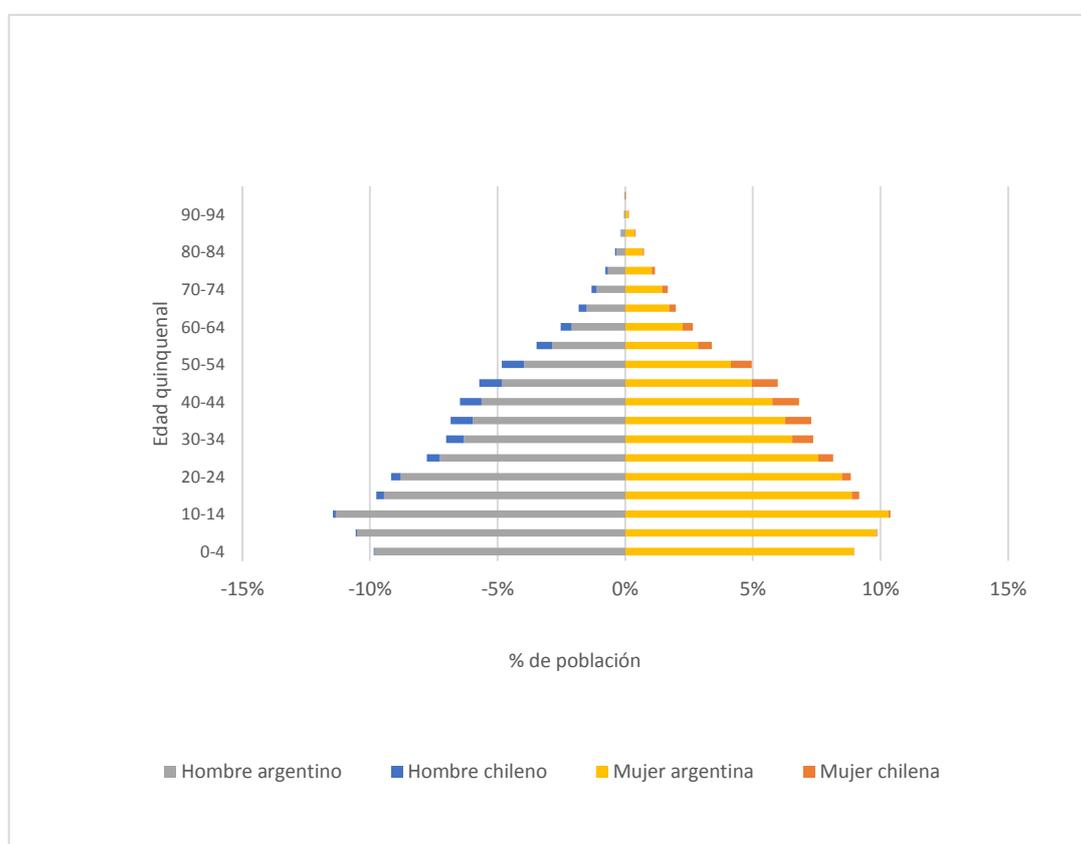


Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (2001).

Esta estructura contrasta con la exhibida por la ciudad en su conjunto (Gráfico 10). Si bien Neuquén mostraba, a comienzos del siglo XXI, una población persistentemente joven, advertimos una pirámide bastante más uniforme en su parte media. La ausencia de los baches que detectamos en el caso estudiado puede explicarse a partir del impacto

diferencial del crecimiento migratorio: en Villa Ceferino se registra una falta de renovación de la población de origen chileno; mientras que, en la ciudad en su conjunto, notamos una inercia receptiva que involucró especialmente a quienes arribaban desde otras provincias argentinas (Perren, 2011). En la capital provincial predomina una configuración acampanada, con una importante base, aunque con tendencia a afinarse en las franjas inferiores producto de la menor natalidad. A inicios de la década del 2000, Neuquén, como muchas ciudades intermedias de crecimiento explosivo, está comenzando a reducir su fecundidad, recortando las distancias que aún mantenía con las áreas urbanas más tradicionales de la Argentina (Perren, 2009b).

Gráfico 10
Estructura por edades (Neuquén, 2001)



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (2001).

En términos de la composición familiar, Villa Ceferino, al igual que la ciudad en su conjunto, muestra el predominio de los hogares nucleares. La mayoría de la población vivía en pareja (con o sin hijxs), o en el marco de arreglos monoparentales. Hasta allí llegan las similitudes y aparecen algunas diferencias que merecen ser puestas bajo la lupa. Lo que se observa primero es que, en tanto mantuvo su carácter receptivo en los

noventa, Neuquén preservó una proporción relativamente elevada de hogares unipersonales. Por el contrario, Villa Ceferino exhibió un porcentaje más bajo, a tono con su menor crecimiento relativo y con la relevancia que adquirió el componente vegetativo al interior de este último. Una brecha cercana al 60% indica la pertinencia de los juegos de escala, a fin de captar las distintas piezas que conforman el rompecabezas urbano de comienzos del siglo XXI (Tabla 12).

Tabla 12
Composición de los hogares (porcentaje)
Villa Ceferino y Neuquén, 2001

Tipo de hogar	Ceferino	Neuquén
Unipersonal	8,3	13,8
Nuclear	69,1	66,9
Extenso/compuesto	19,4	15,1
No conyugal	3,1	4,2
Total	100	100

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001)

Otra de las grandes diferencias que notamos es la que corresponde a los hogares extensos y compuestos. Si el primero de los rótulos identifica estrategias habitacionales que incluyen el allegamiento de otrxs parientxs, el segundo se refiere a realidades en las que conviven personas que no están unidas por lazos de parentesco. Esta configuración puede remitir a un sinfín de situaciones, tales como adultxs mayores que requieren del sostén familiar, hijxs que incorporan a sus parejas al hogar de sus padres/madres o bien personas cercanas que requieren de algún tipo de apoyo para resolver su residencia. Más allá de esta heterogeneidad, muy difícil de asir en términos estadísticos, el porcentaje de hogares compuestos y extensos constituye un indicador fiable de dificultades en el acceso a la vivienda, que terminan por resolverse apelando a activos sociales, sean estos intra o extra familiares. No es casual, entonces, que veamos una mayor incidencia de este tipo de hogares en Villa Ceferino que en el total de la ciudad. Después de todo, se trata de un territorio en el que se acumulan una serie de desventajas, desde la ausencia de credenciales educativas hasta la informalidad en el empleo, que complican sustancialmente las posibilidades de hacerse de un techo propio.

Para saturar la hipótesis de la cohabitación en Villa Ceferino es suficiente prestar atención al índice de hacinamiento, instrumento que refiere a la relación entre el tamaño de las viviendas y la cantidad de ambientes disponibles. Que uno de cada diez hogares

haya perforado la barrera de dos personas por cuarto es una evidencia del desajuste sufrido entre oferta y demanda de vivienda. Pero estos datos solo cobran dimensión si los comparamos con los presentados por la ciudad en la misma ronda censal: en 2001, Villa Ceferino duplicaba el nivel de hacinamiento que presentaba el conjunto urbano, lo que da cuenta de la insuficiencia que exhibía el parque habitacional de nuestra área en estudio. Esa presión sobre la vivienda ayuda a entender la ocupación, a comienzos de los noventa, de nuevos espacios dentro del mismo barrio, muchos de los cuales estaban expuestos a riesgos ambientales evidentes; así como la importante presencia de jóvenes nacidos en Villa Ceferino en distintas “tomas”, especialmente de aquellas que estiraban los límites de la ciudad hacia el oeste (Soria y Perren, 2019).

El hacinamiento es la punta de un *iceberg* cuyo componente principal es la vulnerabilidad. En la parte inferior del témpano se advierte que las viviendas no solo eran insuficientes en tamaño, sino que también exhibían inocultables deficiencias. Si bien Villa Ceferino había avanzado en su proceso de consolidación, es notable el abismo que aún la separaba de las áreas más desarrolladas de la ciudad. Muestra de ello es la información disponible sobre la calidad de los materiales con los que se edificaron las viviendas. En la parte alta de la clasificación se encuentran aquellas unidades que presentaban, al momento del operativo censal, materiales resistentes en pisos, techos y paredes, y una adecuada aislación y terminación (CALMAT I). El porcentaje de viviendas que cumplían con estos requisitos rondaba el 70% en el caso de la ciudad; mientras que, para nuestra área de análisis, ese indicador no superaba el 45%. La desigualdad no hace más que recrudecerse en caso de detenernos en el segmento inferior de la clasificación. Es el caso de la categoría CALMAT IV, que agrupa a viviendas cuyos materiales no son resistentes ni sólidos, o bien son de desecho: el poco menos de 4% que advertimos en el caso del total se dispara en Villa Ceferino hasta superar el 9% (Tabla 13).

Tabla 13
Calidad de materiales de las viviendas (porcentaje)
Villa Ceferino y Neuquén, 2001

Calidad de materiales	Ceferino	Neuquén
CALMAT I	44,9	70,3
CALMAT II	32,6	19,6
CALMAT III	12,8	5,9
CALMAT IV	9,3	3,9
CALMAT V	0,2	0,1
Total	100	100

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001).

Como última parada dentro del análisis sociodemográfico del barrio que seleccionamos como caso de estudio, acercamos la mirada a aquello que Ana Falú (2020) daba en llamar *territorio casa*, y que tiene implicancias profundas en la manera en que se experimenta la vida en las urbes, condicionando su uso y apropiación, así como las formas de participación. En particular, buceamos en la información disponible sobre la jefatura de hogar femenina, lo que arrojó como resultado una paridad entre el porcentajes de mujeres a cargo de los hogares en la Neuquén ciudad y en Villa Ceferino (en el primer caso, el número de casos cada cien es treinta, mientras que en el segundo alcanza a veintisiete), aunque las diferencias comenzaron a aparecer cuando a ese dato le adicionamos el número de hijxs en los hogares, entendiendo a estxs como parte de la población que requiere de cuidados: encontramos que el barrio duplica al conjunto urbano cuando se trata de situaciones en las que las mujeres son reconocidas como las responsables y tienen más de tres hijxs a su cargo (Tabla 14).

Tabla 14
Porcentaje de hogares con jefatura femenina, de acuerdo a la cantidad de hijxs
(Villa Ceferino y Neuquén, 2001)

	Ceferino	Neuquén
Sin hijxs	6%	15%
Más de 3 hijxs	53%	29%
Más de 5 hijxs	24%	11%

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001).

Estos resultados permiten visibilizar la importancia de continuar esta senda de análisis. E incluso de profundizar en búsqueda de información respecto a la división sexual del trabajo, a las tareas de cuidado y al uso del tiempo por parte de estas mujeres que muchas veces tienen doble jornada laboral, ya que –además de sus empleos remunerados- suelen tener a su cargo los quehaceres en su domicilio. La contrastación de la información estadística con la evidencia cualitativa que luego presentaremos invita a pensar que esta era una condición extendida en el barrio. Todas las referencias a trámites y gestiones respecto a la posibilidad de mejorar las condiciones de tenencia de los terrenos en donde se asientan sus viviendas, así como de los servicios, e incluso la construcción misma tienen a las mujeres como protagonistas. Mujeres que limpiaban, cocinaban, ordenaban, se ocupaban de la escolarización de sus hijxs, recorrían oficinas y dependencias del estado en busca de respuestas, hacían filas, largas esperas, a lo que se suma el tiempo de viaje desde el barrio al trabajo o al centro, que es donde se resuelve lo administrativo. Así como una “compatibilidad” en las tareas de producción y reproducción, por las que los cuidados sintetizaban buena parte de la vivencia de su trabajo. Claro que, al no asignar un valor monetario al tiempo que ellas destinaban a estas innumerables tareas puertas adentro, esto no se registró como una problemática a tratar.

Aunque excede a los propósitos de este trabajo, resultó evidente la importancia de ingresar en una dimensión de lo cotidiano desde donde captar la división sexual del trabajo, la feminización de las tareas de cuidado y el uso diferencial del tiempo. Por tratarse de una primera aproximación a esta capa de análisis, resta aún calibrar la mira sobre cómo esta realidad impactaba en la manera en que las mujeres cuidadoras de Villa Ceferino vivían la ciudad. Y viceversa, cómo la ciudad marcaba trazos sobre su cotidianeidad.

Calidad de vida como medida de la desigualdad. Brechas al interior del barrio

Dentro del juego de escalas, o de las comparaciones conjunto urbano-barrio propuestas, esta sección pondrá el acento en lo que denominamos “bienestar” de la población. Con ese propósito es que analizamos la distribución espacial del ICV en las rondas censales de 1991 y 2001. Una mirada sobre el conjunto urbano, permite observar con claridad el pasivo social que el neoliberalismo dejó a su paso: tal como exploramos en el capítulo 4, entre los años 1991 y 2001, este indicador transitó de una cifra cercana

71 a otra apenas superior 68 (Tabla 15). En Villa Ceferino, por su parte, se corrobora la misma tendencia a la baja, aunque bastante más significativa que la experimentada por la ciudad: si la calidad de vida en Neuquén tuvo una caída del 5%, la del barrio fue del orden del 15% (Tabla 15). Entre 1991 y 2001, el ICV pasó de una cifra cercana a 54 a 45. El descenso en esta jurisdicción se explica, principalmente, por el comportamiento de la dimensión educativa y de salud, por el porcentaje de la población con nivel de instrucción bajo y el de personas que no contaban con cobertura de salud.

Tabla 15
Índice de Calidad de Vida (ICV)
Neuquén y Villa Ceferino (1991-2001)

Unidad de análisis	1991 (a)	2001 (b)	Variación % (b/a-1)*100
Neuquén	71	68	-5%
Villa Ceferino	54	45	-15%

Fuente: elaboración propia en base a información de INDEC (1991 y 2001).

En el primero de los casos, se advierte una fuerte caída del aporte del porcentaje de personas jefas de familia que no lograron concluir el nivel primario, lo cual habla de un sistema educativo que, lejos de constituir un mecanismo de movilidad social, funcionó como herramienta de contención. En los diez años que ocupa la investigación ese indicador transitó de un considerable 63 a un 40 (Tabla 16). En la segunda de las dimensiones se destacaban quienes no realizaron aportes para el financiamiento de las obras sociales. Esta variable da cuenta de inequidades en materia sanitaria, al tiempo que evidencia cómo aumentó la incidencia de la informalidad laboral en la década neoliberal. Basta con decir que, entre 1991 y 2001, el aporte de este indicador en la conformación del ICV se redujo prácticamente a la mitad: pasó de 39 a 21 (Tabla 16).

Tabla 16
ICV. Villa Ceferino (1991-2001)

Dimensión	Indicador	Año	
		1991	2001
Educación	% Nivel de Instrucción Bajo	63	40
	% Nivel de Instrucción Alto	2	2
Salud	% Sin Cobertura Salud	39	21
	% Hogares con agua fuera de la vivienda	75	85
Vivienda	% más de 2 personas por cuarto	38	76
	% Hogares con baño exclusivo	95	67
Ambiental	Riesgo Frente de Barda	78	75
	Riesgo de Inundación	100	100

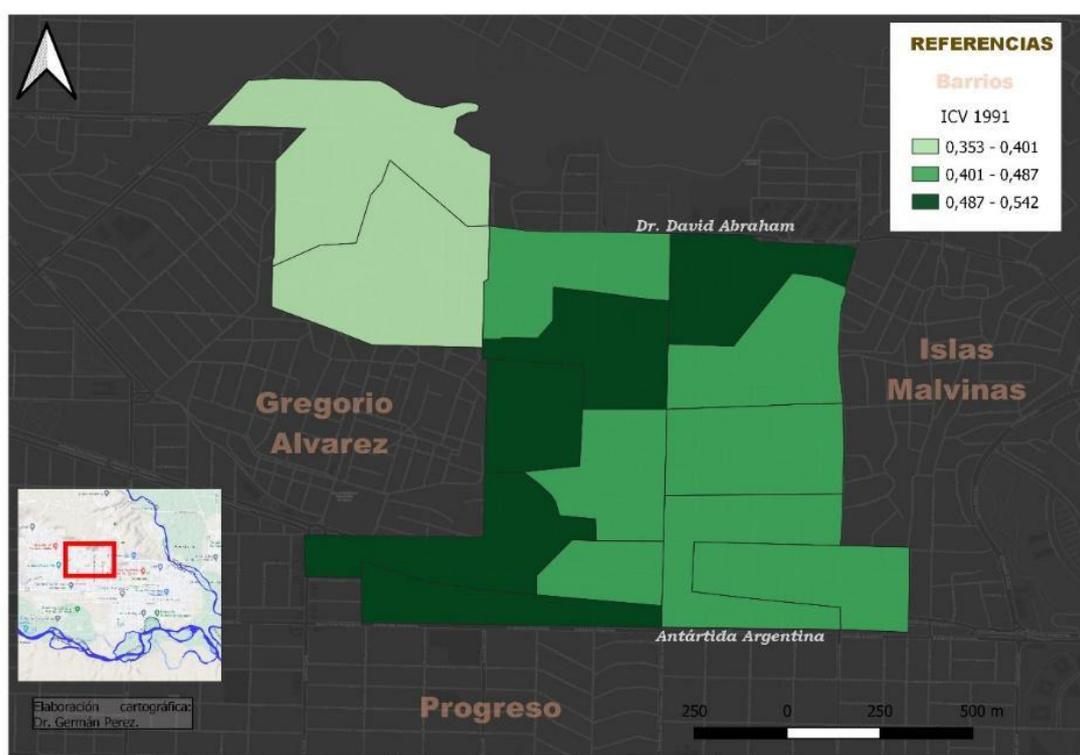
Fuente: elaboración propia en base a INDEC (1991 y 2001)

En la dimensión “Vivienda” encontramos dos fuerzas contrapuestas que bien podrían ser explicadas al observar la dinámica de ocupación del asentamiento. En primera instancia, la Tabla 16 nos devuelve una imagen de fuerte destitución infraestructural: en los diez años que comprende nuestra pesquisa, el porcentaje de hogares con baño exclusivo se redujo un tercio. Esta caída de la calidad de vida fue, en buena medida, resultado de la expansión del barrio registrado para el período estudiado. Es decir, que el crecimiento del parque habitacional aparejado al aumento de la población de Villa Ceferino, se dio bajo el formato de viviendas precarias que sólo ganaron en robustez y accesibilidad a los servicios a comienzos del siglo XXI. Al mismo tiempo, observamos una caída de los niveles de hacinamiento. A modo de hipótesis, podríamos sostener que la ocupación de nuevos sectores funcionó como una válvula de escape en términos demográficos. La disponibilidad de tierras permitió a los nuevos hogares acceder a la vivienda, independientemente de la calidad de sus materiales, impidiendo que, en el corto plazo, se acumularan situaciones de cohabitación. La búsqueda de nuevas áreas periféricas donde residir pareciera haber operado en el mismo sentido. Un estudio reciente de Gallardo, Perren y Lamfre (2018) demuestra que los habitantes más antiguos del sector “Los Hornos”, área localizada en el confín occidental de la ciudad y que comenzó a ser poblada en la década de 1990, procedían en buen número de Villa Ceferino.

La variación en la escala de análisis y el foco en el área estudiada permiten observar algunas desigualdades que resultaban imperceptibles desde la mirada panorámica de la

ciudad. Lejos de ser un espacio isomórfico, Villa Ceferino evidenciaba una profunda brecha en materia de bienestar, que no hizo más que incrementarse a lo largo del decenio 1991-2001 (Mapas 13 y 14). En ese sentido, una mirada a los valores extremos que el ICV registró en los radios que corresponden al barrio, resulta clarificadora: en 1991, el valor máximo era un 45% superior al valor mínimo; diez años después, esa proporción había trepado al 57% (Mapa 13). El ejercicio inverso permite llegar a la misma conclusión: si a principios de la década de 1990, el valor mínimo representaba un 68% del máximo, en 2001, ese porcentaje retrocedió hasta ubicarse en 63. El proceso de neoliberalización no solo profundizó el abismo que separaba a las áreas que conformaban la ciudad, sino también intensificó las desigualdades al interior de un barrio que, desde la década de 1980, presentaba un rezago en materia de calidad de vida.

Mapa 13
ICV a nivel de radio censal (Villa Ceferino 1991)

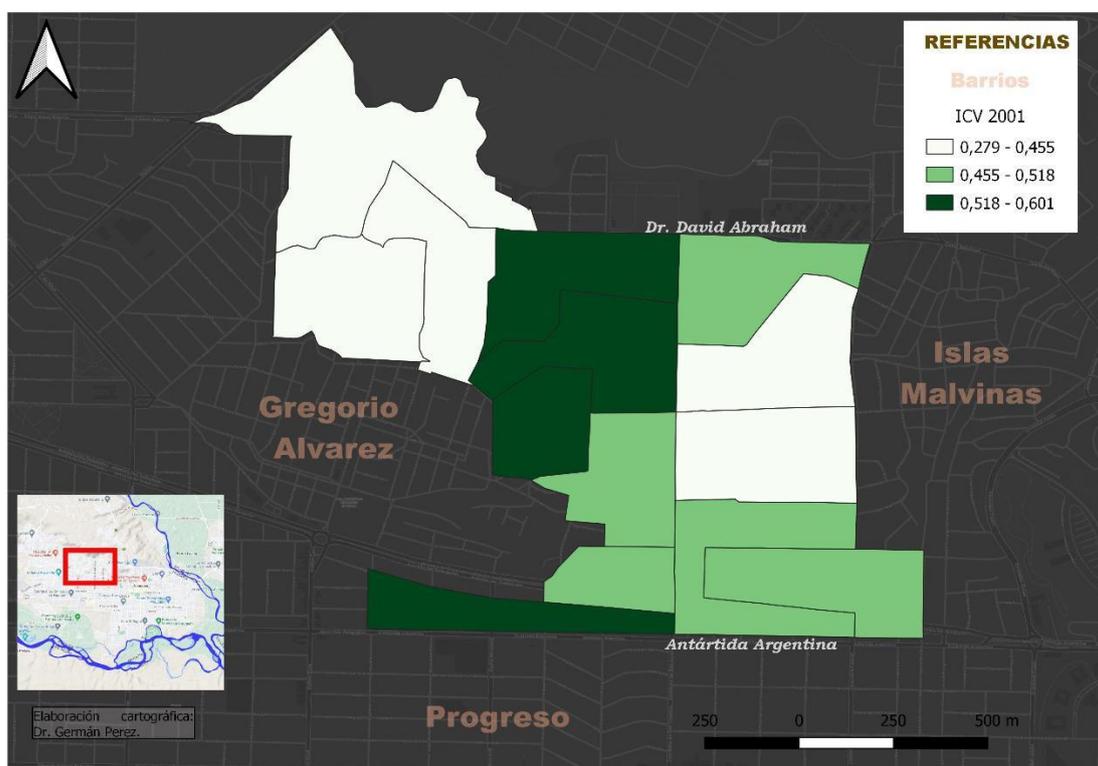


Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (1991).

Las asimetrías al interior de Villa Ceferino se distinguen con claridad mediante la utilización de Sistemas de Información Geográfica. Al seleccionar los radios censales que corresponden al barrio en las rondas censales de 1991 y 2001, vemos que los ICV más elevados se localizan en las áreas de antigua ocupación: en el sur, lindando con el barrio “El Progreso”, y en el norte, sobre la calle Abraham, donde se asentó la mano de

obra que construyó los complejos habitacionales conocidos como MUDON y MUTEN. Observamos, con toda claridad, un proceso de asentamiento que, en el primero de los casos, asumió una direccionalidad norte-sur y que, en el segundo, una sur-norte (Mapas 13 y 14). De ahí que la franja que se encuentra entre ambas zonas pioneras aparezca con puntajes mucho más bajos. En efecto, su aprovechamiento con fines residenciales fue tardío, su grado de consolidación fue sensiblemente inferior, su población era más joven y, por todo ello, resultó más afectada por la “epidemia de desempleo” de los noventa.

Mapa 14
ICV a nivel de radio censal (Villa Ceferino, 2001)



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (2001).

Algo similar podríamos decir en relación con el cuadrante noroccidental del barrio, en los sectores denominados Puerto Argentino, La Estrella, Nuevo Amanecer y Huertas Comunitarias. En todos ellos, a los problemas que traía aparejado el carácter reciente del asentamiento, debemos agregar la exposición a riesgos ambientales: se trataba de áreas que, por estar localizadas al pie de la barda, en las vías naturales de drenaje de la lluvia, debían enfrentar situaciones de deslave, máxime si tenemos en cuenta que muchas de las nuevas viviendas se construyeron en los diques de contención.

Desigualdad cotidiana en primera persona: el testimonio de Ximena

Los datos obtenidos como fruto del análisis estadístico permiten constatar la desigual distribución de la población, la infraestructura y los servicios urbanos en el Neuquén de fines del siglo XX, y la particular incidencia del proceso de neoliberalización en un barrio periférico de la ciudad. Aunque corremos el riesgo de que esta decisión metodológica redunde en una invisibilización la diversidad de experiencias, al basarse en un ideal de “ciudadano estandarizado”. Por ello, proponemos concentrar la atención en una nueva escala de análisis, la que involucra a una vecina de Villa Ceferino, cuya experiencia pudimos captar a partir de la utilización del enfoque biográfico. Gracias a esta perspectiva fue posible el cruce entre la información estadística y cartográfica con aquella obtenida por medio de una serie de entrevistas semiestructuradas a Ximena, quien vive en el barrio desde mediados de la década de 1980¹⁶.

Nuestra protagonista, es oriunda de Villarrica, en el sur de Chile. Siendo una niña, junto a su familia, abandonó su país natal. Llegó a Neuquén en 1986, cuando tenía tan solo doce años. La elección del destino no fue casual: la capital provincial, además de ser una persistente demandante de mano de obra, había acogido con anterioridad a sus tíxs y primxs. Al igual que sus parientes, se instaló en “Cordón Colón”, uno de los numerosos asentamientos que se abrían paso en la periferia de la ciudad. Sobre terrenos fiscales, y a mucha distancia del área central, la familia trasandina levantó una precaria casilla. Al narrar ese tiempo, ella señala cómo todo parecía ser provisorio. Estaba siempre latente el riesgo de ser desalojadxs. El entorno era hostil. En su relato aparece con frecuencia la palabra “peladero” para referirse al riguroso paisaje de barda, en el que hasta el trazado de las calles era una tarea pendiente¹⁷. De estos primeros años en Neuquén, nuestra entrevistada recuerda y valora la amabilidad de lxs vecinxs. Sin su auxilio no hubiera sido posible la construcción de su vivienda, el cuidado de la casilla cuando su familia salía a trabajar, o el traslado de los pesados recipientes con agua desde el lugar donde se localizaba la canilla comunitaria.

Luego de vivir allí por poco más de dos años, dejó “Cordón Colón” y comenzó su vida independiente. Inició para ella un tiempo de incertidumbre y de trabajo duro para sobrevivir. Como muchas de sus compatriotas, se desempeñó como empleada

¹⁶ El dispositivo consistió en la realización de un total de tres entrevistas semiestructuradas, con una guía de preguntas predefinida, en las que profundizó en torno a los siguientes tópicos: 1-Trayectoria vital de la entrevistada; 2-La ciudad y el barrio en los noventa; 3- Relaciones e identidades de lxs vecinxs.

¹⁷ Ximena, entrevista personal, 12 de diciembre de 2018.

doméstica, inaugurando una trayectoria residencial que abarca al barrio San Lorenzo, junto al padre de su primer hijo, una vuelta a “Cordón Colón” ya separada y, finalmente, la mudanza, en el año 1995, al sector Puerto Argentino de Villa Ceferino. En esta última parada, que es en donde reside hasta la actualidad, llegó acompañada por su hermana, con quien levantó una casilla en la que compartieron la vida junto a los hijos de ambas. Aquí también atravesó la tragedia de perder a su hijo, quien falleció siendo un bebé, luego de quedar atrapado en un incendio en la precaria vivienda. Según nos relata, este terrible episodio le generó un fuerte sentido de pertenencia y arraigo a ese suelo, por lo que nunca pensó en dejar el barrio. Su trayectoria echa luz sobre las desigualdades, como rasgo estructural y estructurante de la vida urbana, con sus manifestaciones materiales cuantificables, pero también con impactos en el orden de lo subjetivo, más sutiles y solapados, pero también susceptibles de ser captados.

Con Ximena aprendimos que la desigual distribución de los bienes, servicios e infraestructura genera sentidos y significados particulares que se imprimen en la experiencia, moldeando las prácticas, usos y modos de apropiación del espacio por parte de sus habitantes. Si los cambios a escala socioeconómica que apareja el neoliberalismo impactan en la estructura urbana, esta relación no es unilineal: lo espacial también penetra los mecanismos sociales y opera componiendo sociabilidades y subjetividades particulares. El desafío, en este punto estriba en pensar desmoralizadamente ciertas experiencias, en poder abordar situaciones ambivalentes, desde una mirada que trascienda a los enfoques victimistas o a la idea de barrios populares como reservorios de dignidad. A ese fin encontramos oportunos los aportes de Verónica Gago (2014), quien, desde una perspectiva tributaria a Foucault, se refiere al modo en que las mutaciones del neoliberalismo hunden sus prácticas en las economías populares. Su trabajo se propone hallar un tipo de *razón* que, entiende la autora, dinamiza los modos de *gubernamentalidad* al tiempo que implica múltiples formas en que las fuerzas vivas de lo comunitario en ocasiones los aprovechan, resisten, tensionan y/o transforman.

Aunque no refiera específicamente a la dimensión espacial, sino al mundo del trabajo, su obra invita a pensar en los rasgos polimórficos, en la multiplicidad de niveles en los que opera el neoliberalismo. Aporta elementos para pensar en unos modos de vida sujetos a la racionalidad neoliberal, que se reproduce en una red múltiple caracterizada por “la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de libertad, cálculo y obediencia, proyectando una nueva racionalidad y afectividad

colectiva” (Gago, 2014: 10). O, dicho de otro modo, una racionalidad que excede a la mirada macro sobre el proceso de modificación del régimen de acumulación global, para incidir en las subjetividades y tácticas de la vida cotidiana, aquellas que se despliegan al ras del territorio. Situar nuestro análisis en estas coordenadas, puede contribuir a una explicación sobre algunas de las aristas que señala nuestra entrevistada respecto a los modos de habitar populares en el Neuquén de los noventa.

Consultada sobre uno de los sectores del barrio en el que se registraba que la calidad de vida había caído con más fuerza, Ximena nos aclara con cierto desdén, “ah, sí, eso es en la toma. No los [lxs] conozco, no sé quiénes son, porque están arriba de lo mío, en la barda”¹⁸. Con esta sutil operación deja establecido un contraste que no sería factible realizar desde la mirada de la “ciudad formal”. Desde ésta, solo notaríamos familias vulnerables que construyeron sus viviendas en terrenos fiscales, aunque ella sea enfática en establecer un criterio de demarcación que opera dentro del asentamiento; uno en el que se solapan la antigüedad y la espacialidad. Quienes llegaron *a posteriori* no formaban parte de su red de contactos, no integraban esas tramas que le permitieron introducir mejoras en su entorno más cercano, ya sea robusteciendo su vivienda, desmalezando o inaugurando precarias vías de comunicación. Y esa caracterización tenía un costado espacial que la justificaba (y reforzaba): lxs ocupantes localizadx en el norte del barrio no solo eran personas desconocidas, sino que además estaban lejos.

Cuando le pedimos a Ximena recordar la historia del barrio, una experiencia que hizo las veces de parteaguas: un desalojo. No se trataba de uno perpetrado por las autoridades, sino, por el contrario, uno ejecutado por lxs propios vecinxs. La creciente presión sobre la tierra, tan propia del Neuquén de los noventa, llevó a que algunxs ocupantes acapararan un recurso crecientemente escaso, esperando el mejor momento para vender. Frente a esta situación, ella se reconoce como una de las perjudicadas por este comportamiento especulativo, lo que motiva que convoque a las personas con las que tenía un vínculo más estrecho, para desplazar compulsivamente a quienes, siempre desde su óptica, pretendían beneficiarse a costa de su propia necesidad. Lo interesante de su descripción radica en que las personas desalojadas, además de no portar un sentido moral de la economía (Thompson, 1979), eran identificadx con su país de origen. Quienes “vendían los terrenos eran los bolivianos [lxs bolivianxs], por eso con

¹⁸ Ximena, entrevista personal, 12 de diciembre de 2018.

mis vecinos [vecinxs], les sacamos la casilla y pusimos la mía en su lugar”¹⁹. Las palabras de nuestra protagonista nos ponen frente a otro criterio de demarcación que operaba en el sentido común de lxs habitantes: la etnicidad se asociaba a prácticas reñidas con el bien común. Quedaba conformado un “nosotrxs” que partía del reconocimiento de una necesidad (la tierra) y un procedimiento (la ocupación). Y, a la inversa, se delimitaba un “otrx” que mercantilizaba un recurso vital y que ponía un interés particular por sobre el colectivo.

Un tercer criterio de demarcación es el que funciona como una representación misma de la ciudad. Consultada sobre sus sucesivas mudanzas, por su trayectoria al interior de ese Neuquén que no dejaba de expandir su población y mancha urbana, Ximena explica que en su juventud había realizado “un recorrido por todo el oeste”²⁰. Hace referencia a un trayecto que incluye barrios que, en nuestro estudio de la distribución espacial del ICV, habíamos colocado en casilleros muy distintos. “Cordón Colón” era en los ochenta un espacio de relegación extremo, “San Lorenzo” era parte del área de acrecentamiento *in situ* y Villa Ceferino un asentamiento en vías de consolidación. Lo que amalgamaba a zonas tan diversas no era un criterio jurisdiccional: cada una de estas zonas se habían constituido en barrios, con sus propias comisiones vecinales, o bien en el transcurso de los noventa alcanzaron ese estatus. El “Oeste” adquiría sentido para Ximena en oposición al área centro. Sus privaciones, que eran muchas y se habían profundizado a lo largo de la década, cobraban mayor dimensión cuando observaba el cuadrante más privilegiado de la ciudad. Nuestra entrevistada conocía el centro, pero nunca lo consideró propio. Era un espacio en el que se sentía una visitante ocasional, que solo exploraba en sus paseos de fines de semana. En esas visitas construía el “oeste” como espacio reconocible desde un punto de vista social, por medio de los consumos que el centro le proponía y a los que ella no podía acceder. La manera en la que narra esas salidas, resulta oportuna para ilustrar este punto:

“El centro era la parte más barata que tenías para ir a hacer las compras... [Iba] por la necesidad de hacer las compras de los niños, las zapatillas... y para pasear. Cuando cobrábamos íbamos al centro, a tomar un helado, porque heladería allá arriba no había. Iba de vez en cuando, para sacar al niño, cuando tenía una moneda, porque el niño se ponía a llorar y ¿qué le daba?

¹⁹ Ximena, entrevista personal, 12 de diciembre de 2018.

²⁰ Ximena, entrevista personal, 4 de abril de 2019.

Nunca salía con ellos, más con el más chico, que me hacía horrores. Se me cruzaba con el panchero y no había cómo sacarlo... subía al cole para volver y seguía llorando, lloraba hasta llegar a la casa”²¹

En este tipo de relatos aparecen referencias que permiten reconstruir una serie de tipificaciones que organizan (y producen) distancias sociales y espaciales. En este sentido, las escalas pensadas “desde abajo” permiten agregar una capa de complejidad a los señeros estudios de Daniela Soldano (2014) para el conurbano bonaerense. La cientista social hablaba de una serie de contrastes que diferenciaban entre “compradores genuinos” del suelo y quienes se hacían de la tierra por medio de una “usurpación”, así como entre “antiguos y recién llegados”. Si bien reconocemos este último clivaje en el caso de Villa Ceferino, en nuestra exploración notamos, debido a su precariedad, una contraposición entre “ocupantes” y “especuladores”. Estas ideas nos devuelven una imagen compleja de los asentamientos. La producción del hábitat popular implicó la puesta en valor de lazos solidarios, nacidos de una experiencia común de privación y condicionados por la cercanía espacial, pero también involucró aquello que Gago da en llamar el “cálculo como matriz subjetiva primordial” (2014: 12), dando forma a una cartografía social en la que solidaridades, distancias y conflictos (operando en simultáneo) parecieran ser más que norma que la excepción.

En esa misma senda, es dable realizar una lectura en clave interseccional del *racconto* de Ximena, que permita comprender la complejidad del entrecruzamiento de las clasificaciones sociales de las que venimos dando cuenta- género, clase y origen nacional-, su incidencia en la vida cotidiana y cómo influyen en el acceso a derechos y oportunidades, modelando las decisiones y formas de habitar el espacio urbano. Una interpretación que de cuenta de las interrelaciones e imbricaciones, que contemple su condición de mujer, migrante, chilena, de escasos recursos, no como atributos, sino en tanto dimensiones performativas, como formas de ordenamiento de las prácticas y representaciones sociales que le dan significado a su vida o, en palabras de Mara Viveros, “la consustancialidad de las relaciones sociales” que la atraviesan (Pontón Cevallos, 2017). Adoptar una mirada que permita responder a las preguntas de Floya Anthias por: “¿cómo nos identificamos colectivamente? ¿Dónde nos colocamos cuando nos situamos colectivamente?” (2005: 54-55), para referirse al complejo asunto de la pertenencia como producto social, que “es contextual, situacional, y [que] puede ser

²¹ Ximena, entrevista personal, 21 de febrero de 2019.

vista como un acto político, así como una manera de ubicar quiénes somos de un modo afectivo y emocional” (Anthias, 2005: 56). Y es que esa pertenencia no trata sólo de con quiénes nos identificamos, sino que es relacional y tiene múltiples dimensiones, que se construyen en base a experiencias de exclusión y pertenencia, a las diferentes localizaciones que se ocupan, por lo general, al mismo tiempo.

Pensar la experiencia de Ximena desde un enfoque interseccional impone algunos cuidados a la hora de conectar las divisiones y las identidades de género, nacionalidad y clase. Es que no se trata de pensar en una serie de subordinaciones como proceso aditivo, ya que éstas no se vivencian personalmente de manera separada, como si se tratara de cargas que se suman o situaciones que la interpelan en diferentes facetas de su vida. Lo que importa es el modo particular en que se entrecruzan estas divisiones sociales, cómo se intersectan y la fisonomía singular que asume entonces la desigualdad y las estrategias que ella despliega frente a los desafíos de su vida cotidiana.

Recapitulando (Parte 6)

En este capítulo se han caracterizado los trazos gruesos del devenir de un barrio de la ciudad de Neuquén en tiempos de neoliberalismo: Villa Ceferino, en la década de 1990. Se propuso aquí, un repaso por algunas de las principales características sociodemográficas de este *territorio barrio* y de sus habitantes, tomando para ello los datos proporcionados por los censos de los años 1991 y 2001. De esta manera, se arribó a una primera descripción que indica que esta era una zona de concentración de población proveniente de Chile, con una estructura relativamente joven, en donde se encontraban sobrerrepresentados los segmentos con bajo nivel de instrucción (este indicador se utilizó como *proxy* de nivel de ingresos). De igual modo, se dijo que una mirada a las características constructivas de los hogares evidenciaba la precariedad extendida en este territorio. Claro que los promedios estadísticos ocultaban una serie de situaciones particulares sobre las que se intentó echar luz. Nos referimos a la heterogeneidad que se hace visible al poner en juego el análisis en diferentes escalas. En particular, la comparación entre el comportamiento del índice de calidad de vida en el conjunto urbano y en Villa Ceferino, y al interior del barrio, para el período 1991-2001. El ejercicio develó una realidad de caída del bienestar, aunque esta no fue experimentada de la misma manera por todos lxs habitantes de la ciudad. La tendencia a la baja se profundiza en nuestro caso de estudio (aquí la caída es del 15%), traccionada principalmente por el impacto del desempleo entre su población. En el mismo sentido,

el análisis a nivel de radio censal, permitió echar por tierra la concepción de espacio isomorfo, para traer a este trabajo la idea de brechas al interior del barrio, que también se enlazan con su historia y con los distintos momentos de poblamiento.

Si a la mirada de la ciudad sumáramos Villa Ceferino como caso de estudio, una nueva parada, en el *territorio casa*, permitió ampliar las fronteras de este estudio, al incluir en el cuadro a lxs sujetxs de la desigualdad. En particular, se tomó el testimonio de Ximena, una vecina que narra en primera persona la intersección entre las desventajas acumuladas por vivir en el barrio y la manera particular en la que experimenta las inequidades en la vida cotidiana una mujer migrante a cargo de su hogar. A la desigualdad socioespacial ya constatada, sumamos una nueva capa de complejidad: la de la diversidad con la que se vive. Es que el espacio urbano no es neutro ni es vivido de igual manera por quienes lo ocupan y transitan. Aunque haya temas generales comunes, también hay situaciones y demandas específicas. Por tratarse de una primera aproximación a esta capa de análisis, resta aún calibrar la mira sobre cómo su día a día impactaba en la manera en la que las mujeres de Villa Ceferino vivían la ciudad y viceversa, cómo la ciudad marcaba trazos sobre su cotidianeidad.

Postfacio

A modo de epílogo... o de pensar nuevos inicios

Construir nuevas cartografías en el mapa argentino, transitar de norte a sur, pero sin pasar por el eje metropolitano o las supuestas ‘zonas núcleos’, o recorrer trayectos sur-sur o norte-norte, al modo de las históricas trashumancias que construyeron muchas de las rutas que aún conectan nuestros territorios en la actualidad.

Rebelarse así contra los mandatos del capital, contra un neoliberalismo que imponía un ‘único mejor camino’, sendero que siempre, indefectiblemente, debía terminar en el centro financiero del país y en su conexión (muchas veces más supuesta que real) con el mercado internacional. Este libro postula y señala esas nuevas y rebeldes perspectivas, sin declamar falsas pretensiones, sin afirmarlo vociferando y sin sacar cartas de insubordinaciones impostadas. Lo realiza desde un posicionamiento inequívoco: es un estudio que viene a desmontar el fetichismo de la ciudad convertida en mercancía. Llega, por ello, para evidenciar nuestro olvidado derecho a la ciudad, el ocultado derecho a habitar, a transitar, a coexistir, a construir comunidad.

Este epílogo no pretende ser una reseña. No tendría sentido serlo, quien aquí llegue ya ha transitado el libro, ya ha recorrido ese Neuquén construido y reconstruido desde distintos idearios. Y ha podido ver, como si caminase esas mismas calles (en gran medida todxs quienes habitamxs la Patagonia, y tal vez la Argentina, también lo hacemos), cómo la ciudad neoliberal fue profundizando las desigualdades ya previamente existentes, de acuerdo con el ideario programático propugnado por esa perspectiva ideológica. Se ampliaron varias características ya moldeadas por la ciudad desarrollista, ampliando los niveles de dispersión, de distancia y de desconexión entre sus habitantes. Una ciudad donde se empeora la calidad de vida para las mayorías, mientras se pretende destruir toda noción de encuentro comunitario.

Construir ciudades conurbanizadas, desiguales, distantes, dispersas y desconectadas entre sí. Ciudades que funcionan a modo de archipiélagos sin vínculos, donde un/x vecin/x de una barriada es un/x extrañ/x en el centro o en un barrio que ‘pertenece’ a otra clase social. Una ciudad que ya no es un ámbito compartido, sino un campo de disputa, pero con reglas absolutamente injustas: quienes viven en las lejanías compiten en total desventaja. La ciudad neoliberal se edifica como una cancha inclinada, y el arco hacia el

que sopla el viento y para donde lleva el desnivel siempre es el de las barriadas más alejadas, más empobrecidas y con menor calidad de vida.

Ese último concepto es clave para estructurar la reflexión del libro y de sus autorxs, y, creo, implica un abierto desafío a las perspectivas tecnocráticas que aún siguen alimentando el sentido común dominante en la media de quienes ejercen los cargos de gestión (y, si la hubiera, de planificación) en Argentina y en sus diferentes niveles de jurisdicción (provincial, municipal, etc.). Si bien en el plano científico ya es claro que la simplificada referencia a la igualación de crecimiento económico con desarrollo social ha sido ampliamente superada, en los ámbitos del ejercicio de las funciones públicas de gobierno aún parece seguir siendo la matriz dominante, más allá de los coyunturales cambios de signo político.

Incluir esa matriz diversa implica complejizar nuestro abordaje sobre el estudio del pasado y el presente, y, especialmente, acerca de nuestros proyectos hacia el futuro, Pensar, problematizar y preguntar sobre la calidad de vida, sobre cómo vivir mejor (algo tan simple de decir, tan bello en su sonoridad y tan difícil de proyectar y/o de medir o cuantificar) es uno de esos hermosos desafíos que realmente valen la pena, y a los que este libro (en verdad sus valientes autorxs) se han animado a afrontar.

Y lo hacen sin ningún tipo de simplificación, sin escaparse por atajos, sin buscar senderos ya pavimentados. Lo transitan, al modo de quienes recorren esas barriadas populares hacia donde crecen nuestras ciudades patagónicas, por las calles de tierra y piedra, por las escarpadas laderas de las bardas, entre derrumbes y cauces fluviales, atravesando todo tipo de obstáculos, peleándole al viento y al frío.

Son tantas las claves abordadas en esta investigación, que implican un sistema de problemas/preguntas a seguir. Calidad de vida, segregación, clase social, migraciones, adscripción barrial, condición étnica, origen nacional, género, desempleo, informalidad laboral, desigualdad... Todo ello se entretije en una compleja red, que lxs autorxs despliegan y evidencian, sin ejercer ni una mirada simplificada o romantizada de algún aspecto de la sociedad. Las desigualdades y segregaciones urbanas, por ejemplo, se patentizan en su capacidad de permear hasta la sociabilidad de las barriadas más humildes: hay segregación hasta entre lxs segregadxs, y eso es una parte clave del problema a resolver.

La dimensión generizada e interseccional desarrolla aportes centrales. Los roles socialmente asignados a las mujeres y su cuasi monopolio, obviamente no elegido, de las tareas de reproducción social, es una perspectiva indispensable para nutrir los estudios de lo urbano. Incorporar en los estudios urbanísticos una mirada ‘a ras del suelo’, que incluya el cotidiano acontecer de esas mujeres de carne y hueso que construyen las barriadas populares del país, obliga también a integrar variables que permitan comprender los impactos de la división sexual del trabajo, de la feminización de las tareas de cuidado y del uso diferencial del tiempo (y de la carencia de tiempo libre para ellas).

Ello sólo podía extraerse desde un abordaje molecular, y a partir de la construcción de fuentes alternativas: la historia oral, el testimonio en primera persona de las mujeres que habitan esos territorios, se constituye en un insumo clave para adentrarse en las complejidades de los entrecruzamientos de barriadas, género, origen nacional y clase social. A ello se le suma la experiencia concreta de la segregación urbana, el cómo ésta es vivenciada en términos materiales y morales, y los impactos que provocan las problemáticas ambientales. Esa perspectiva, tan poco habitual en estudios sobre las ciudades y la calidad de vida, aporta una gama de colores y texturas inusual en otros abordajes, más tradicionales, que se limitan a niveles escalares más generales o que no intentan mirar con los ojos, y desde la misma plataforma, de la ‘gente común’.

Esto no implica, bajo ningún aspecto, que el libro limite su escala a lo micro. De hecho, el problema centralmente abordado responde a la constatación de un dilema general, global: la desigualdad se ha acrecentado a nivel mundial durante los últimos cuarenta o cincuenta años, construyendo una sociedad más injusta y atroz que nunca en la historia. Desde esa dimensión global se buscan las respuestas particulares, locales, situadas, recorriendo distintos niveles escalares. Esa desigualdad general se plasma, de modo brutal, en las ciudades, allí donde vivimos día tras día. En esos sitios concretos es donde la vida entera se transforma en mercancía: el lugar donde pararnos, la cama para dormir, los sitios para criar y amar... todo se nos transforma en ajeno, en enemigo, en una fuerza centrífuga que nos segrega y expulsa. ¿Cómo construir comunidad cuando hasta lo más cercano se nos convierte en ajeno y hostil?

Ante ello el Estado no da respuestas válidas, y hasta parece profundizar lo diagramado por el mercado. Esa ‘gran transformación’ que nos impuso el neoliberalismo aún se enseñorea sobre nuestro diario acontecer en las urbes. La

diagramación neoliberal de las ciudades prácticamente no ha sido puesta en cuestión en ningún territorio de Argentina, ni siquiera durante las fases de mayor enfrentamiento a esa atroz matriz societaria.

Es tiempo de hacerlo. Son etapas de iniciar otra transformación, ahora en un sentido progresivo, recuperando la planificación urbana, quebrando la lógica mercado-céntrica, cuestionando el capital financiero-inmobiliario que transforma el habitar en mercancía, y construyendo ciudades que sean sitios del habitar y el transcurrir, y no enclaves dispersos en un triste archipiélago de la pobreza.

El conjunto de este libro fija así una agenda clave para el estudio de las ciudades en Argentina, para su análisis y su proyección a futuro. Y, especialmente, lo hace para aquellas ciudades intermedias que podemos pensar (o tal vez, soñar) que aún están ‘a tiempo’ de construir resoluciones a las problemáticas sociales que hoy nos agobian. Dilemas que, de seguir dejando la planificación urbana en manos del mercado, no harán más que profundizarse.

Los niveles de conurbanización, desigualdad, dispersión, desconexión y segregación urbana se seguirán ampliando si el Estado, en sus diferentes instancias, no genera políticas de planificación que le quiten el poder absoluto al mercado y el capital financiero-inmobiliario. Esa es la llave para comenzar a reconstruir territorios comunitarios, y dejar de ampliar negociados privados que crecen al costo de ahondar las grietas sociales.

Estudios como el que este libro desarrolla deberían ser impulsados en todas las ciudades intermedias de nuestro país (o al menos de nuestra Patagonia), desde matrices inter y transdisciplinarias, como las aquí plasmadas. Desde allí se hace posible (me animaría a afirmar ‘imprescindible’) proyectar políticas de planificación desde el Estado y las comunidades, que reformulen la construcción de estas ciudades y comiencen a edificarlas sobre nuevas bases.

No hay posibilidad de avanzar hacia otra sociedad, más justa y equitativa (u, ojalá, simplemente justa y equitativa), sin saberes situados y concretos. No existen, por ello, alternativas para impulsar que nuestro pueblo adquiriera mejores niveles de calidad de vida más que partiendo desde el territorio que habitan, reformulando sus matrices y volviendo a apostar por la comunidad allí donde hace décadas se viene fomentando el individualismo más exacerbado. Contra las ciudades segregadas, conurbanizadas,

distantes, desiguales y desconectadas, proponer un territorio que recupere valores comunitarios, construyendo redes, puentes, igualdades y conexiones.

Este libro es, por todo ello, mucho más que un producto de investigación. Es una plataforma desde donde deberíamos posicionarnos para exigir la recuperación de las ciudades como territorios que puedan ser considerados ‘nuestrxs’. Hacia ese horizonte nos invitan lxs autorxs, y se trata de una invitación que, por nuestro futuro, todxs deberíamos escuchar.

Dr. Gonzalo Pérez Álvarez

Director Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales
Universidad Nacional de la Patagonia - CONICET

Bibliografía

Aiziczon, F. (2005). “Neuquén como campo de protesta”. En Favaro, O. (Coord.), *Sujetos sociales y política. Historia reciente de la norpatagonia argentina*, Neuquén, Colmena.

Allen, R. C. (2001). “The great divergence in European wages and prices from the Middle Ages to the First World War”, *Explorations in Economic History*, Vol. 38, N°4, pp. 411–447.

Alvaredo, F., Chancel, L., Piketty, T., Saez, E. y Zucman, G. “Informe sobre la Desigualdad Global 2018. Resumen Ejecutivo”. 2018. Berlín: Word Inequality Lab. Recuperado de wir2018.wid.world [Consulta: 17/01/2021].

Amin, A., y Graham, S. (1997). “The Ordinary City”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol.22, N°4, pp. 411–429.

Anderson, P. (2003). “Neoliberalismo: un balance provisorio”. En Sader, Emir y Gentilli, Pablo (Comps.), *La Trama del Neoliberalismo: Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, CLACSO/Eudeba.

Anthias, F. (9 de mayo de 2005). *Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizacional*. Conferencia impartida a la Cátedra de Sociología de la Oxford Brookes University, en el Seminario Sexo, clase y raza, Universidad de Almería.

Arriagada Luco, C. (2000). *Pobreza en América Latina. Nuevos escenarios y desafíos de política para el hábitat urbano*, Santiago de Chile, CEPAL.

_____ y Rodríguez Vignoli, J. (2003). *Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política*, Santiago de Chile, CELADE.

Arrow, K. (1951). *Social Choice and Individual Values*, New York, Wiley and Sons.

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial.

_____ y Burbano de Lara, A. (2012). Peligro en los márgenes urbanos, *Ethnography*, Vol. 13, N°4, pp. 532–557.

_____ (2015). Peligro en los márgenes urbanos. *Estudios Del ISHiR*, Vol.5, N°11, pp. 53–81.

_____ y Hobert, R. (2003). “¿Y esto es Buenos Aires? Los contrastes del proceso de urbanización”. En James, D. (Comp.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana.

Bandieri, S. (2005). *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana.

_____ y Angelini, M. (1983). Bases estadísticas para el estudio histórico de la evolución y distribución de la población neuquina. Ponencia presentada en *V Jornadas de Historia Económica Argentina*, San Juan, Argentina.

Bankirer, M. (2005): “Trayectorias migratorias e inserción laboral de los migrantes bolivianos a la ciudad de Neuquén”, *Actas de las VII Jornadas Nacionales de Estudios de Población*, AEPA, Tandil.

Banco Mundial. “Desarrollo urbano”. 2020. Recuperado de Desarrollo urbano: Panorama general www.bancomundial.org [Consulta: 17/01/2021].

Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Bellini, C. y Korol, J. C. (2012). *Historia Económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Bercovich, P. y Correa-Skiba, D. (1995). “Asentamientos marginales en el Gran Neuquén. Una propuesta de ordenamiento para Villa Cordón Colón”. En N. Maurice, G. Solinis y A. Collin Delavaud (Coords.), *Estado, espacio y sociedad en Neuquén*, París, CREDAL-ARCI, pp. 109-119.

Blalock, H. M. (1964). *Causal Inferences in Non-Experimental Research*, Chapel Hill, University of North Carolina.

Blanco, G., Gentile, B. y Quintar, J. (1999). *Neuquén: 40 años de vida institucional*, Neuquén, CEHIR-COPAIDE.

Bobbio, N. (1993). *Igualdad y libertad*, Barcelona, Paidós ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Bodenhamer, D., Corrigan, J. y Harris, T. “Spatial Humanities”. 2010. [https://www.iupress.indiana.edu/index.php?cPath=1037_3130_5879][Consulta: 04/01/2019].

Bohoslavsky, E. (2008). *La Patagonia (de la guerra de Malvinas al final de la familia ypefiana)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Bolsi, A. y Paolasso, P. (2009). *Geografía de la pobreza en el norte grande argentino*, Tucumán, CONICET-PNUD UNT.
- Borsdorf, A. (2003). “Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana”, *EURE. Revista latinoamericana de estudios urbano-regionales*, Vol. 29, N°86.
- Bourdieu, P. (1989). “La ilusión biográfica”, *Historia y fuente oral*, N°2, pp. 27-33.
- _____ (1999). *La miseria del mundo*, Madrid, Akal.
- Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- Burgess, E. (1924). “The Growth of a city: an introduction to a research project”, *Publications of the American sociological society*, N° 18.
- Burnett, D. (2006). “Análisis demográfico y social de la población de origen chileno residente en Argentina”, *Estadística y Economía*, N°25, pp. 96-134.
- Buzai, G. (2003). *Mapas Sociales Urbanos*, Buenos Aires, Del Lugar Editorial.
- _____ y Baxendale, C. (2004). “Distribución espacial socioeducativa y localización de escuelas polimodales en la ciudad de Luján. Una aproximación exploratoria bivariada”, *Huellas*, N°9, Santa Rosa, pp. 66-86.
- _____ (2006). *Análisis socioespacial con sistema de información geográfica*, Buenos Aires, Editorial-GEPAMA.
- Cabrales Barajas, L. (2002). *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-UNESCO.
- Calcagno, E. y Calcagno, A. (2004). “Cómo crear trabajo en la Argentina”, *Le Monde Diplomatique*, Vol.5, N°56, Buenos Aires, pp. 13-16.
- Camargo Mora, M. (1997). “Calidad de vida y capacidades humanas”, *Revista Geográfica Venezolana*, Vol.40, N°2, pp. 247-258.
- Camino Vela, F., Casullo, F., Gallucci, L., Mases, E., Perren, J., Rafart, G., y Taranda, D. (2007). *Un conflicto social en el Neuquén de la confianza*, Neuquén, EDUCO.
- Campbell, A., Converse, P. E., y Rodgers, W. L. (1976). *The quality of American life: Perceptions, evaluations, and satisfactions*, Russell Sage Foundation.
- Casullo, F. (2005). “En la empresa somos todos una gran familia. Transformaciones de la ideología del trabajo en la Argentina: ¿nueva simbiosis con el capital?”. En Aliverti,

O. (Comp.) *Historia, ficción y trabajo. Relatos e ideología en la Argentina actual*, Neuquén, Manuscritos.

_____. Cortés, L., Gallucci, L. y Perren, J. “Identificando al enemigo. Entrevista a Giovanni Levi”. 2005. <http://revele.uncoma.edu.ar/index.php/historia/article/view/224> [Consulta: 04/06/2019].

Celemín, J. P. (2007). “El estudio de la calidad de vida ambiental: definiciones conceptuales, elaboración de índices y su aplicación en la ciudad de Mar del Plata, Argentina”. *Hologramática*, Vol. 7, N°1, pp. 71–98.

_____, Mikkelsen, C. A., Velázquez, G. A. (2015) “La calidad de vida desde una perspectiva geográfica: integración de indicadores objetivos y subjetivos”, *Revista Universitaria de Geografía*, Vol.24, N°1, pp. 63–84.

Cuenya, B. (2018). “Consensos y puntos de debate en torno a los conceptos de segregación y fragmentación urbanas”, *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, N°14.

Cummins, R. (1997). “Assessing quality of life”. En Brown, R.I. (Ed.) *Quality of life for people with disabilities. Models, research and practice*, United Kingdom, Stanley Thornes.

De Jong, G.; Mare, M. (2007). “Regulación de caudales, ecosistemas y asentamientos humanos en el Alto Valle del río Negro”, *Boletín Geográfico* N° 29, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue.

Diario Río Negro, General Roca, 04.08.2009

_____. 02.01.2010.

Di Virgilio, M. (2018). “Construyendo una lupa para mirar la división social del espacio en la ciudad de Buenos Aires. La segregación residencial revisitada en diferentes escalas”, *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, N°14, pp. 59-78.

Domeett, G. y Kopprio, S. (2007). “Análisis de la dinámica del ingreso y su relación con la pobreza. El caso del Aglomerado Neuquén Plottier, Período 1993-2005”, *Actas de las IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población*, Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande.

Dubet, F. (2016). *¿Por qué preferimos la desigualdad? (Aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

_____. (2020) *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Easterlin, R. (1974) "Does Economic Growth Improve the Human Lot?". En David, P. y Reder, M. (Eds.), *Nations and Households in Economic Growth: Essays in Honor of Moses Abramovitz*, New York, Academic Press Inc.

Edelman, A. (1954). *Recuerdos territorianos. Los primeros años de Neuquén Capital*, Neuquén, Editorial del autor.

Engels, F. (1845 [2002]). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Santiago, CEME.

Falú, A. (24 de junio de 2020). *Reproducción de desigualdades en la pandemia: Mujeres y diversidades en los territorios*. Séptima sesión de las Conferencias Permanentes "Repensando la Ciudad" realizadas por el equipo de POLIS.TIC - Flacso-Ecuador.

Favaro, O. y Vaccarisi, M. (2005). "Poder político y políticas sociales en Neuquén, 1983-2003", *Revista de Historia*, N° 10, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, pp. 123-139.

Felce, D y Perry, J. (1996). "Assessment of quality of life". En Schalock, R.L. *Quality of life*, Vol I. Washington, AAMR, pp. 63-72

Fernández, G. y Guzmán, A. (2000). "La calidad de vida desde la perspectiva latinoamericana. Un análisis de las ponencias presentadas al IV Seminario Latinoamericano de Calidad de Vida Urbana", *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, N°242, Universidad de Barcelona .

Ford, L. (1996). A new improved model of latin american city structure. *Geographical Review*, Vol. 86, N° 3, New York.

Formiga, N. (2007). Una aproximación a la pobreza urbana. Ponencia presentada en *IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande, Córdoba.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón.

Gallardo, C., Perren, J. y Lamfre, L. (2018). Analizando las desigualdades sociales en Neuquén. Caso de estudio: Asentamiento los hornos. Trabajo presentado en *I Congreso Nacional en Ciencias Sociales: "Las ciencias sociales a los 100 años de la Reforma Universitaria"*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.

Gallucci, L. (2007). "Los trabajadores en un lugar de la República posible. Prácticas electorales y sectores subalternos en Neuquén a comienzos de la década de 1920". En

Mases, E. y L. Gallucci, L. *Historia de los trabajadores en la Patagonia*, Neuquén, EDUCO.

García, M. (1996). *Calidad de vida y desigualdad social en ciudades intermedias latinoamericanas. Un análisis de Tandil (Buenos Aires, Argentina)*, Tandil, CIG-UNCPBA.

García Vargas, A. (2009). “La desigualdad a la vuelta de la esquina. Los 90’ en San Salvador de Jujuy”. En Lagos, Marcelo (Dir.) *Jujuy bajo el signo neoliberal. Política, sociedad y cultura en la década del noventa*, Jujuy, Ediunju.

García Vega, J. (2011). “Hacia un nuevo sistema de indicadores de bienestar”, *Realidad, datos y espacio. Revista Internacional de Estadística y Geografía*, Vol. 2, N°1, pp. 78-95.

Gelman, J., y Santilli, D. (2013). “Mar de fondo. Salarios, precios y los cambios en las condiciones de vida de los pobladores de Buenos Aires en una época convulsa, 1810-1870”. En D. Santilli, J. Gelman y R. Fradkin (Comps.) *Rebeldes Con Causa. Conflicto y Movilización Popular En La Argentina Del Siglo XIX*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 21–147.

Gómez Lende, S. (2005). “La fragmentación de la calidad de vida en el conurbano bonaerense (1991-2001). Modernización y desigualdad”. En Velázquez, G. y Gómez Lende, S. (Eds.). *Desigualdad y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). Aportes empíricos y metodológicos*, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Centro de Investigaciones Geográficas.

Gómez, N. y Velázquez, G. (2014). “Calidad de vida y crecimiento demográfico en el Gran Santa Fe”, *Cuaderno de Geografía*, Vol 24, N°42.

González, H. (1997). “El sujeto de la pobreza: un problema de la teoría social” En A. Minujín (Ed.). *Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: Efectos de La Crisis En La Sociedad Argentina*, Buenos Aires, UNICEF-LOSADA, pp. 285–297.

Gorelik, A. (2004). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, UNQ.

Griffin, E. y Ford, L. (1980). “A model Of Latin American City Structure”, *Geographical Review*, Vol. 70, N °4, pp. 397-442.

_____ (1993). "Cities of Latin America". En Brunn, S. y J. Williams (Eds.) *Cities of the World. World Regional Urban Development*, New York, Happer Hollins, pp. 225-265.

Groisman, F. (2010). La persistencia de la segregación residencial socioeconómica en Argentina. *Estudios demográficos y urbanos*, Vol. 25, N°2 (74), pp. 429-460.

_____ y Scofiencia, M. “La segregación espacial”. *Página 12*. 9 de febrero de 2014. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7443-2014-02-09.html> [Consulta: 22/06/2020].

Harvey, D. (1985). *Consciousness and the Urban Experience*, Oxford, Blackwell.

Hayek, F. (1996). *Los Fundamentos de la Libertad*, Tomo I, Barcelona, Unión Editorial, pp. 62- 63.

Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.

Howell, D. (1989). “A model of argentine city structure”, *Revista geográfica*, N°109.

Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS) (2018). La (re)producción de la desigualdad en la Patagonia norte. Una mirada multidimensional, Proyecto de Unidad Ejecutora, Neuquén, CONICET.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (1991). Censo Nacional de Población y Vivienda 1991. Buenos Aires, INDEC.

_____ (1991). Encuesta Permanente de Hogares. Buenos Aires, INDEC.

_____ (2001). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. Buenos Aires, INDEC.

_____ (2001). Encuesta Permanente de Hogares. Buenos Aires, INDEC.

Janoschka, M. (2002). “Urbanizaciones privadas en Buenos Aires: ¿hacia un nuevo modelo de ciudad latinoamericana?”. En Cabrales Baraja, L. (Ed.) *Ciudades cerradas - países abiertos*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/UNESCO.

Jelin, E., Motta R. y Costa, S. (2020). *Repensar las desigualdades. Cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales (y qué hace la gente con eso)*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Katzman, R. (1999). *El vecindario importa, en activos y estructura de oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*, Montevideo, CEPAL.

Kessler, G. (1997). “Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia”. En Beccaria, L. y López, N., *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.

_____ (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Lahera Sánchez, A. (1999). “La crítica de la economía de mercado en Karl Polanyi. El análisis institucional como pensamiento para la acción”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* N°6, pp. 27-54

La Revista de CALF, (1986). “Informe especial: Villas emergencias”, N° 86, año 8, pp. 4-5.

_____ (1997). “Vivir al margen”, N° 212, pp.14-15

Lepenes, P. "William Petty and Political Arithmetic: The Origins of GDP". 2016. *The Power of a Single Number: A Political History of GDP*, New York Chichester, West Sussex: Columbia University Press, pp. 9-30. <https://doi.org/10.7312/lepe17510-003> [Consulta: 22/02/2021].

Leva, G. (2005). *Indicadores de calidad de vida urbana*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes-Hábitat Metrópolis.

Levi, G. (1990). *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea.

Lévy, J., y Brun, J. (2002). “De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad”. En F. Dureau, V. Dupont, É. Lelièvre, J. P. Lévy y T. Lulle (Coords.) *Metrópolis en movimiento: Una comparación internacional*, Bogotá, Alfaomega Colombiana, pp. 147-161.

Liberali, A. M. y Massa, C. (1986). *Los indicadores de calidad de vida en la Argentina. Aportes para el estudio del espacio socio-económico (I)*, Buenos Aires, El Coloquio.

López-Morales, E. (2013). Gentrificación en Chile: aportes conceptuales y evidencias para una discusión necesaria. *Revista de Geografía Norte Grande*, N° 56, pp.31-52.

Lucero, P. I., Mikkelsen, C. A., Sabuda, F., Ares, S. E., Aveni, S., y Ondartz, A. (2007). Calidad de vida y espacio: una mirada geográfica desde el territorio local. *Hologramática*, Vol. 7, N°1, pp. 99–125.

Machado Barbosa, E. (2001). *Urban Spatial segregation: foundation for a typological analysis. International Seminar on segregation in the city*, Cambridge, Lincoln Institute of Land Policy.

Marcos, M. y Mera, G. (2009-2010) “Pobreza Estructural y migración limítrofe: aportes para pensar su articulación espacial en la aglomeración Gran Buenos Aires”, *Estudios Socioterritoriales*, N° 8, Tandil, CIG, pp. 157-175

Marcuse, P. y Van Kempen, R. (Eds.). (2000). *Globalizing Cities. A New Spatial Order*, Oxford, Blackwell Publishers.

Mases, E., Frapiccini, A., Rafart, G. y Lvovich, D. (1994). *El mundo del trabajo, Neuquén, 1884-1930*, Neuquén, GEHISO.

_____ y Montes Le Fort, L. (2001). *La ciudad del viento... Historias, Arquitectura y Sociedad en el núcleo urbano de Neuquén Capital*, General Roca, Publifadecs-UNCo.

_____, Gentile, B. y Rafart, G. (2004). *Neuquén. 100 años de historia*. General Roca, Editorial del Diario Río Negro.

Massey, D. y Denton, N. (1988). The Dimensions of Residential Segregation. *Social Forces*, Vol.67, N°2, pp.281-315.

McFate, K. (1996). *Making welfare work: The principles of constructive welfare reform*, Washington, Joint Center for Political and Economic Studies, p. 12.

Mertins, G. (2003). “Transformaciones recientes en las metrópolis latinoamericanas y repercusiones espaciales. Transformaciones regionales y urbanas en Europa y América Latina”, *Perspectiva Geográfica*, N°10, pp. 109-126.

Molinatti, F. (2013). Segregación residencial e inserción laboral en la ciudad de Córdoba. *Revista EURE*, Vol.39, N°117, pp. 117-145.

Molpeceres, M. “Métodos de aproximación a la medición del bienestar: Una panorámica. Madrid, FOESSA” 2008. Resource Document: [Http://Www. Foessa. Org/Componentes/Ficheros/File_view. Php](http://www.foessa.org/componentes/ficheros/file_view.php). [Consulta: 22/02/2021].

Moya, J. (2003). *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé.

Munck, R. (2008). *Globalización y trabajo: la nueva "gran transformación"*, Madrid, Intervención cultural.

Muñoz Villagrán, J. (2005). *Los chilenos en Neuquén (Argentina)...idas y venidas*, Neuquén, EDUCO.

Murmis, M. y Feldman, S. (1992). “La heterogeneidad social de las pobrezas”. En Minujin, A. (Comp.) *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/LOSADA, pp. 45-92.

New Economic Foundation (2016). Happy Planet Index Methods Paper, Zugriff vom, N°18.

Negri, A. (2020). *De la fábrica a la metrópolis. Ensayos 2*, Buenos Aires, Editorial Cactus.

Nussbaum, M. y Sen A. (1996). *La Calidad de Vida*. México, Fondo de Cultura Económica.

OCDE “¿Qué es la OCDE?” 2017.

[https://www.oecd.org/centrodemexico/publicaciones/Qué es la OCDE 2017 \(2\).pdf](https://www.oecd.org/centrodemexico/publicaciones/Qué%20es%20la%20OCDE%202017%20(2).pdf) [Consulta: 22/02/2019].

Orsatti, A. (1982). “Las migraciones internacionales en Argentina”, *Seminario Técnico sobre las Migraciones Laborales*, Informe parcial N° 6, Buenos Aires, OEA/IDES.

Palomba, R. (2002). *Calidad de Vida: Conceptos y medidas*. Roma, Italia, Institute of Population Research and Social Policies.

Patrucci, María “El laberinto de la coparticipación y el crecimiento de las asimetrías regionales en la Argentina (1990-2005)”. 2005. Recuperado de <http://webiigg.sociales.uba.ar/sepure/Publicaciones/Patrucci%20%282005%29%20Laberinto%20de%20la%20coparticipacion.pdf> [Consulta: 8/02/2020].

Peck, J., Theodore, N. and Brenner, N., Debate. Int J Urban Reg Res, 37: 1091-1099. 2013. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12066> [Consulta: 22/08/2020].

Pérez, G. (2010): “Teoría social del riesgo y cartografía aplicada a la ciudad de Neuquén”, *Boletín Geográfico*, N°32, Neuquén, pp. 115-124.

Pérez Sáinz, J. P. (2016). *Una historia de la desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Perren, J. (2009a). “Mercado laboral y migraciones en la ciudad de Neuquén (1960-1990)”, *Historia Regional*, N° 27, Villa Constitución, pp. 91-127.

_____ (2009b). “Una transición demográfica en el fin del mundo. La población de la provincia de Neuquén (Patagonia, Argentina) durante el siglo XX tardío”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 13, N°282. <https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/1589/0> [Consulta: 26/07/2020].

_____ (2010). “Estructura urbana, mercado laboral y migraciones. Una aproximación al fenómeno de la segregación en una ciudad de la Patagonia (Neuquén: 1960-1990)”, *Miradas en Movimiento*, N°4.

_____ (2011). “Segregación Residencial Socioeconómica en una ciudad de la Patagonia. Una aproximación al caso de Neuquén (1991)”, *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, N°10, pp. 65-101.

_____ (2012). *Las migraciones internas en la Argentina contemporánea. Una mirada desde la Patagonia (Neuquén, 1960-1991)*, Buenos Aires, Prometeo.

_____ (2014). “Diferenciación socio-residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén hacia comienzos de los noventa”, *Revista Geográfica Digital*, N° 11, Resistencia, pp. 1-18.

_____ (2017). *Segregación residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén (1980-1991)*, Neuquén, EDUCO.

Perren, J. y Lamfre, L. (2015). “La segregación residencial en tiempos de la gran transformación neoliberal. Una aproximación al caso de la ciudad de Neuquén, 1991-2001”, *Cuadernos de Economía*, Vol. 34, N°66, pp. 569-603.

Perren, J. y Soria, M.E. (2020) “Juegos de escala en la Patagonia norte: Neoliberalismo, calidad de vida y hábitat popular en una ciudad intermedia (Neuquén, 1991-2001)”. En Carbonari, M. y Carini, G. (Comp.) *Historia local y regional: Balances y agenda de una perspectiva historiográfica*, Río Cuarto, UniRío.

Petrucelli, A. (2005). *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*, Buenos Aires, El Fracaso-El cielo por asalto.

Pigou, A. C. (1952). *Essays in economics*, London, Macmillan & Co. Ltd.

Piketty, T. (2014). *El Capital del siglo XXI*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

Polanyi, K. (1991 [1944]). *La gran transformación*, México, Fondo de Cultura Económica.

Pontón Cevallos, J. (2017). “Intersecciones de género, clase, etnia y raza. Un diálogo con Mara Viveros”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, N° 57, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 117-121.

Portes, A. y Roberts, B. (2005). “La Ciudad Bajo el Libre Mercado”. En Grimson, A. (Ed), *Ciudades latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires, Prometeo.

Prieto, M. (2009). Desigualdades socio-territoriales asociadas a la calidad de vida urbana. Una aproximación al estudio de las condiciones de vida de la población en Bahía Blanca. Ponencia presentada en las *X Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Catamarca.

Recchini de Lattes, Z. (1973). “El proceso de urbanización en la Argentina: distribución, crecimiento y algunas características de la población urbana”. *Desarrollo Económico*, Vol. 12, N°48.

Revel, J. (2005). *Un momento historiográfico: Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial.

Ricoeur, P. (1995). “Le place du politique dans une conception pluralista des principes de justice”. En Affichard, J. y Foucauld, J. (Eds.) *Pluralisme et équité. La justice sociale dans les démocraties*, Paris, Esprit.

Riviere, I., Lucero, P., Mikkelsen, C., y Sabuda, F. (2005). Disparidades Territoriales en la Calidad de Vida de la población de Mar del Plata, en los tiempos de la Argentina Globalizada. Seminario Internacional de Población y Sociedad.

Robinson, J. (2002). “Global and World Cities: A view from off the map”, *International Journal of Urban and Regional Research*, N° 26, pp. 531-554.

Roca, J. (1981). “Acción pública y acción privada en la urbanización de la nueva capital del territorio del Neuquén. La sociedad anónima Nueva España”. En Maida, E., *La ocupación de La tierra pública en El departamento Confluencia después de la campaña del Desierto*, Neuquén, UNCo.

Rocagliata, J. (1993). *Geografía Económica Argentina. Temas*, Buenos Aires, El Ateneo y Regionales.

Rodríguez, G. (2008). “Segregación residencial socioeconómica en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dimensiones y cambios entre 1991-2001”, *Población de Buenos Aires*, Vol. 5, N°8.

Rofman, A. (1988). *Desigualdades regionales en la Argentina*, Buenos Aires, Centro de Estudios Urbano.

Roy, A. (2009 [2012]). “Las metrópolis del siglo XXI. Nuevas geografías de la teoría”, *Andamios. Revista de Investigación Social*, Vol. 10, N°22.

Sabatini, F. G. Cáceres y J. Cerda “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las últimas tres décadas y posibles cursos de acción”. 2001. En *revista electrónica EURE*, vol. 27, N° 82 Santiago. www.scielo.cl/revistas/eure/eaboutj.ht [Consulta: 26/07/2019].

Salvia, A. y Vera, J. (2004). “Cambios en las condiciones de inserción socio-ocupacional de los hogares 1991-2001. Estudio comparado de: Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, San Luis y el Chorrillo, Gran Tucumán y Tafí Viejo y Neuquén y Plottier” En Bonofiglio, N. (Dir.) *Trabajo, desigualdad y territorio. Las*

consecuencias del neoliberalismo, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, CEPED / FCE / UBA.

Santos, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*, Barcelona, Oikos-Tau.

_____ (2000). *La Naturaleza del Espacio: Técnica y Tiempo. Razón y Emoción*, Barcelona, Ariel.

Sassen, S. (1991). *The Global City. New York, London, Tokyo*. Princeton-New Jersey, Princeton University Press.

Segura, R. (2020). “El espacio urbano y la (re)producción de desigualdades sociales. Desacoples entre distribución del ingreso y patrones de urbanización en ciudades latinoamericanas”. En Jelin, E., Motta, R. y Costa, S. (Eds.) *Repensar las desigualdades. Cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales (y qué hace la gente con eso)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

_____ (2021). *Las ciudades y las teorías: estudios sociales urbanos*, San Martín, UNSAM EDITA.

Sen, A. (1982). *Choice, Welfare and Measurement*. Oxford y Cambridge, Mass, Blackwell-MIT Press.

_____ (1984) *Resources, Values and Development*, Oxford, Basil Blackwell.

_____ (1988). *The standard of living*, Cambridge University Press

_____ (2002). “¿Por qué la equidad en salud?”, *Revista Panamericana de Salud Pública*, Vol.11, N°5/6.

Sennett, R. (2019). *Construir y habitar. Ética para la ciudad*, Barcelona, Anagrama.

Silveira, M. (1988). *Estructura urbana de la ciudad de Neuquén en perspectiva diacrónica* (Tesis de Licenciatura). Departamento de Geografía – Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.

Sjoberg, G. (1960). *The pre-industrial city. Past and Present*, The Free Press, Glencoe.

Smith, A., & Volkswirtschaftler, M. (1931). *An Inquiry into the Causes of the Wealth of Nations*, Dent & Sons.

Soja, E. (2000). *Postmetropolis: Critical Studies of Cities and Regions*, Oxford, Basil Blackwell.

Soldano, D. (2014). “El conurbano bonaerense como expansión, desigualdad y promesa”. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*, UBA, N°86, pp. 12-17.

Soria, M. y Perren, J. (2019). “La división social del espacio desde una perspectiva multiescalar. Una aproximación a partir del análisis del índice de calidad de vida en el barrio Villa Ceferino (1990-2001)”, *Cuadernos FHyCS-UNJU*, N°56, pp.13-41.

Stiglitz, J., Sen, A. y Fitoussi, J. “Informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social”. 2008. Disponible en www.stiglitz-sen-fitoussi.fr [Consultado: 17/03/2016]

Subsecretaría de Indicadores Locales (2012). *El índice de calidad de vida (ICV) en Olavarría*, Municipalidad de Olavarría, Olavarría.

Therborn, G. (2016). *Los campos de exterminio de la desigualdad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Taranda, D. (2005). “Neuquén: las características de su producto bruto geográfico y la dinámica de la ocupación según los censos de 1991 y 2001”, *Revista de Historia*, N° 10, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, pp. 71-93.

_____ y Bonifacio, J. (2003). “Procesos de dualización social, distribución del ingreso personal total de los asalariados públicos y privados del conglomerado Neuquén-Plottier: 1998-2002”, Documento presentado en *VI Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires, ASET.

_____. y Mases, E. (2003): “Procesos de constitución de los movimientos piqueteros en la provincia de Neuquén”, *Estudios Sociales*, N° 25, pp. 169-187.

_____ y García, A. (2001). “Riqueza y pobreza anverso y reverso de una economía de tipo “enclave”. Actas del *V Congreso Nacional de Estudios del trabajo*, Buenos Aires, ASET.

Taylor, S. y Bogdan, R. (1996). “Quality of life and the individual’s perspective”. En Schalock, R. (Ed) *Quality of life*, Vol 1, Washington, AA MR.

Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.

Thompson, E.P. (1979). *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.

Toutoundjian, B. y Holubica, S. (1990). *Estudio de la inmigración interna e interna en la Provincia de Neuquén*, Consejo Federal de Inversiones.

Vapnarsky, C. (1983). *Los pueblos del Norte de la Patagonia 1789-1957*, General Roca, Editorial de la Patagonia.

_____ (1995). “La transformación del patrón de asentamiento humano en la Argentina”, *Desarrollo Económico*, Vol. 35, Nº 138, Buenos Aires, pp. 227-254.

Velázquez, G. (2001). “Calidad de vida y fragmentación en la Argentina. La herencia de los noventa”, *Revista Del CESLA. International Latin American Studies Review*, Nº2, pp. 162–194.

_____ (2004). “Calidad de vida en la Argentina. Elementos para una diferenciación socio-espacial”. En Otero, Hernán (Dir.) *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX-XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.

_____ (2005). “Población y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). La fragmentación de la sociedad y el territorio”. En Velázquez, G. y Gomez Lende, S. (Ed.) *Desigualdad y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). Aportes empíricos y metodológicos*, Tandil, CIG-UNCPBA.

_____ (2008). *Geografía y bienestar. Situación local, regional y global de la Argentina en el censo de 2001*, Buenos Aires, Eudeba.

_____ (2016). *Geografía y calidad de vida en la Argentina: Análisis regional y departamental*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

_____ y Gómez Lende, S. (2005). “Población y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). La fragmentación de la sociedad y el territorio”. En Velázquez, G. y Gómez Lende, S. (Ed.) *Desigualdad y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). Aportes empíricos y metodológicos*, Tandil, CIG-UNCPBA, pp. 63–86.

Velázquez, G. y Linares, S. (2014). “Calidad de vida y escala urbana en la Argentina. Análisis comparativo, 1991-2010”, *Caderno prudentino de geografía*, Nº36, pp. 60–82.

Velázquez, G., y Mesaros, G. (2015). “Geografía y calidad de vida en la Argentina”, *Ciencia Hoy*, Vol. 24, Nº143, pp. 27–31.

_____, Mikkelsen, C. y Linares, S. (2014). *Calidad de vida en Argentina: ranking del bienestar por departamentos: 2010*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Wacquant, L. (2008). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*, Cambridge, Polity Press.

Wallerstein, I. (1988). *El capitalismo histórico*, Ciudad de México, Siglo XXI.

White, A. (2007). "A Global Projection of Subjective Well-being: A Challenge To Positive Psychology?", *Psychtalk*, N°56, pp. 17-20.

Whitehead M. (2000). *The concepts and principles of equity and health*, Copenhagen, World Health Organization Regional Office for Europe.

Zanotti, Agustín (2014). "La cuestión urbana en pensamiento de Manuel Castells y David Harvey. Aportes para la discusión". En Boito, M. E. y Espoz, M. (Comp.) *Urbanismo estratégico y separación clasista. Instantáneas de la ciudad en conflicto*, Rosario, Puño y Letra, pp. 89-112.

Autorxs

Joaquín Perren

Es doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Ha realizado sus estudios postdoctorales en la Universidad de Coimbra (Portugal). Es profesor adjunto del Área de Historia Económica de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). Es investigador independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS). Dirige el proyecto de investigación «Producción de (des) igualdades en la conurbación de Neuquén. Una aproximación multidimensional» (UNCo). Es responsable científico del Proyecto de Unidad Ejecutora (pue) «La (re) producción de la desigualdad en la Patagonia Norte. Una mirada multidimensional».

Laura Lamfre

Es licenciada en Economía por la Universidad Nacional de Córdoba y Magister en Estadística Aplicada en la Universidad Nacional del Comahue. Es profesora adjunta del área de Macroeconomía de la Universidad Nacional del Comahue. Es Codirectora del proyecto «Producción de (des)igualdades en la conurbación de Neuquén. Una aproximación multidimensional». Forma parte del Centro Universitario de Estudios en Salud, Economía y Bienestar, de la Universidad Nacional del Comahue.

Germán Gabriel Pérez

Es doctor en Geografía por la Universidad Nacional de la Plata. Docente del Departamento de Geografía de la Universidad Nacional del Comahue en las cátedras de Geografía Urbana y Técnicas de Evaluación Ambiental. Es Investigador Asistente del CONICET con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS). Es integrante del Laboratorio Patagónico para el Ordenamiento Ambiental y Territorial (LIPAT), y del Centro de Estudios Ambientales y Sistemas de Información Geográfica (CEASIG).

María Emilia Soria

Es profesora de Historia por la Universidad Nacional del Comahue. Se desempeña como docente del área de Historia Económica de la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue. Realiza su Doctorado en

Historia en la misma casa de estudios. Es becaria de finalización de doctorado de CONICET con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS).

Paula Guinder

Es profesora de Historia por la Universidad Nacional del Comahue. Realiza su Maestría en Estudios de Mujeres y Géneros en la misma casa de estudios. Es becaria de perfeccionamiento de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional del Comahue. Se desempeña como docente de nivel medio en la ciudad de Neuquén.